Romania y América Latina

Arturo Ardao

CIALC
Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe

Universidad Nacional Autónoma de México

Rector
Dr. Enrique Luis Graue Wiechers

Secretario General
Dr. Leonardo Lomelí Vanegas

Secretario de Desarrollo Institucional
Dr. Alberto Ken Oyama Nakagawa

Coordinadora de Humanidades
Dra. Guadalupe Valencia García

Centro de Investigaciones
sobre América Latina y el Caribe

Director
Mtro. Rubén Ruiz Guerra

Secretaria Académica
Dra. Laura Hernández Ruiz

Encargado del Departamento de Publicaciones
Gerardo López Luna

Romania y América Latina

ARTURO ARDAO

Romania y América Latina

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
CENTRO DE INVESTIGACIONES SOBRE AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE
MÉXICO 2019

Preparación de archivos electrónicos: Beatriz Méndez Carniado
Cuidado de la edición: María Angélica Orozco Hernández
Diseño de portada: D.G. Marie-Nicole Brutus H.
Diseño de la colección: D.G. Irma Martínez Hidalgo

Primera edición en Caracas: 1980
Primera edición UNAM: diciembre de 2019
Fecha de edición: 7 de diciembre de 2019

D. R. © 2019 Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C. P. 04510, México, Ciudad de México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Torre II de Humanidades 8º piso
Ciudad Universitaria, 04510, México, Ciudad de México
Correo electrónico: cialc@unam.mx
http://www.cialc.unam.mx

ISBN 978-607-30-2745-8 (obra)

Impreso y hecho en México

Índice

Nota Preliminar 9

Primera parte
Romania y romanias
I. Romania, el concepto y el nombre 19
II. La Romania en la antigüedad 25
III. La Romania en la Edad Media 43
IV. La Romania en la Edad Moderna 77

Segunda parte
Renacimiento de la Romania románica
en el siglo XIX
I. Un segundo Renacimiento 99
II. Filología y arqueología románicas 127
III. Cimentación y proyecciones
de la romanística 159
IV. América Latina y la Romania
románica 197

Nota preliminar

Conforme al título general, las páginas que siguen se desdoblan en dos aspectos mayores: la idea de Romania y la idea de América Latina. Pero con el objetivo principal de establecer el origen de la segunda, en el siglo XIX, como resultado del conjunto de pensamientos y sentimientos que determinaron la exhumación de la primera, también en el siglo XIX.

El renacimiento románico de la primeras décadas de dicho siglo, infundió un sentido nuevo a las viejas nociones de romanidad y latinidad. Fue entonces que empezó a hablarse de una Europa latina, y rápidamente, como prolongación suya, de una América Latina. Llamadas así, una y otra, no por su condición de latinas en sentido estricto, sino por románicas; es decir, hablantes de lenguas derivadas del latín. En otros términos todavía: no por la antigua Romania latina sino por la medieval Romania románica, legataria cultural de aquélla.

Ha sido necesario reconstruir de algún modo el sorprendente trayecto de la idea y el nombre de Romania, para establecer la relación que con ella tiene la América Latina.

En tanto que realidad histórica, el punto de partida de esta última se remonta al día en que Colón sustituyó el nombre indígena Guanahaní de una pequeña isla de las Bahamas, por el románico San Salvador.

Tres siglos y medio de gestación y crecimiento debió esperar el organismo desarrollado desde aquella primerísima célula, para llegar al nombre sustantivo compuesto América Latina —o Latinoamérica— generador del gentilicio latinoamericano.[1]

Más tiempo, prácticamente un milenio de vida histórica real, había debido esperar la Europa de las lenguas románicas para asumir de una vez por todas su ascendencia lingüística, pero sin sobrepasar la calificación sólo adjetiva de "latina".

También la América de dichas lenguas comenzó en el mismo siglo XIX por ostentar la calificación sólo adjetiva de *latina*, con minúscula, antes de convertirse pronto este término, escrito más adelante con mayúscula, en parte de un nombre

[1] En cierto sentido, este volumen constituye una segunda parte de nuestro *Génesis de la idea y el nombre de América*, Caracas, 1980, pero llevado a cabo desde otro punto de vista o en otro plano. Se trata de dos estudios que se complementan entre sí, sin dejar de ser autónomos el uno respecto al otro.

sustantivo compuesto. En el caso de Europa, tal conversión no llegó a producirse entonces ni después: ni "Europa Latina", con mayúscula el segundo término, ni "Latinoeuropa", ni gentilicio "latinoeuropeo". A la hora decimonónica de la toma colectiva de conciencia de la nueva latinidad a uno y otro lado del Atlántico, distintas fueron —más allá de la obvias analogías y afinidades— las circunstancias concretas vividas por los países latinos de uno y otro continente. Lo que fue necesidad aquí, no lo fue allá.

Lo complejo, por momentos laberíntico, de todo el proceso, nos ha colocado en la necesidad de hacer hablar directamente por sí, a textos de las diferentes épocas, la nuestra incluida. Su reproducción, así sea fragmentaria, se nos ha impuesto como un conjunto de testimonios indispensables para la efectiva comprensión del proceso mismo.

Toda reflexión sobre la identidad de América Latina, tendría que tener bien en cuenta su pertenencia histórico-cultural a la Romania, a la que debe su nombre.

Por otro parte, sus sustratos y adstratos indígenas, muy valiosos algunos de ellos, así como sus tan diversas inmigraciones, forzadas o libres, antes y después del periodo colonial, reiteran una constante tradición de la Romania. Desde sus más lejanos tiempos ha sido ella, como se ha dicho, "una mezcla de hombres venidos de todos los horizon-

tes", incorporados por el lenguaje a una civilización común.

Siendo inseparables lenguaje y cultura, las páginas que siguen pueden servir de introducción a una filosofía de la cultura latinoamericana, en tanto que románica.

Muy especial agradecimiento expresamos aquí a la Universidad Simón Bolívar, de Caracas, bajo cuya inolvidable hospitalidad fue realizado este trabajo.

Mucho agradecemos, asimismo, a todos aquellos, colegas y funcionarios, que en distintos lugares y momentos, de un modo u otro estimularon o facilitaron nuestra tarea.

ARTURO ARDAO

Romania y Romanias

En el Nuevo Mundo la Romania se ha anexado inmensos territorios.

GASTON PARIS, 1872

[…] pertenecemos a la Romania, a la familia románica, que constituye todavía una comunidad, una unidad de cultura, descendiente de la que Roma organizó bajo su potestad.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, 1926

[…] pertenecemos a la Romania, a la familia latina, o, como dice la manoseada y discutida fórmula, a la raza latina: otra forma de raza, no real sino ideal.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, 1934

De hecho, los romanos no se pensaban como una raza, sino como un nombre, un nomen*: es decir, una realidad abstracta, de carácter esencialmente jurídico. Daban la misma calificación a los latinos que eran para ellos, "el nombre latino",* nomen latinum*. Y*

reconocían espontáneamente —se gloriaban aun de ello— que este nombre romano había surgido de una mezcla de hombres venidos de todos los horizontes. Pues bien, sus dichos se encuentran confirmados por los resultados más recientes de la arqueología. Y esto acarrea grandes consecuencias, válidas todavía hoy.

PIERRE GRIMAL, 1978

Roma, 15 de noviembre de 1991 (ANSA). El escritor uruguayo Juan Carlos Onetti resultó el ganador del Premio Internacional "Unión Latina de Literaturas Romances", según lo decidió hoy un jurado de escritores de lenguas de origen latino. El Premio fue adjudicado a Onetti por representantes de España, Francia, Rumania, Paraguay y Brasil, en nombre de 24 países.

[…] El jurado, presidido por el italiano Stefano Rolando, puso de relieve que Onetti "es un escritor en el que se expresa la creatividad de las culturas romances", esto es, de las culturas y lenguas modernas que derivan del latín.

[…] Para Roa Bastos, este premio latino "no puede asociarse a la simple idea de afinidad o identidad étnica o lingüística de naciones", dijo. "El mundo latino —agregó— es algo más que una agrupación de países o naciones vinculadas por denominadores comunes como la lengua, la historia,

la religión, las costumbres: es una verdadera constelación de pueblos, cuya red de lazos y de comunicaciones se debe a una particular sensibilidad histórica y cultural".

GABRIEL C. MILLET, 1991

I. Romania, el concepto y el nombre

…el bello nombre, desde hace mucho tiempo olvidado.

Gaston Paris, 1872

1. Vicisitudes históricas del concepto de Romania

Si no en los planos estrictamente científicos de la historia, la filología y la arqueología, un conjunto de malentendidos rodean al concepto de Romania en sus usos más corrientes. Tienen su fuente en polivalencias y equivalencias, ambigüedades y paradojas del propio concepto. El pasaje de un alcance a otro en el marco de un mismo texto, sin ninguna aclaración —a veces, aunque o siempre, por transición de los sincrónico a lo diacrónico, y viceversa— no es ajeno al hecho. Lo que en los especialistas resulta sobreentendido, más allá de

ellos —no siempre coherentes, por otra parte— se convierte en malentendido. Es en su relación con el concepto de América Latina que nos importan aquí las posibles aclaraciones, aunque ellas nos obliguen a remontarnos lejos, y a veces muy lejos.

A partir de la léxicamente unificadora raíz topónima *Roma*, vuelta cada vez más distante en el espacio y en el tiempo —en tanto que raíz— la variedad semántica del término *Romania* se insinúa ya en las sucesivas antinomias de que participa. Entre otras, Romania y Barbaria, Romania y Gothia, Romania y Longobardia, en los viejos tiempos, hasta la más enunciada desde el siglo XIX, Romania y Germania. Pero se expresa sobre todo en las diversas adjetivaciones que genera, formulables en parejas correlacionadas. Retengamos las fundamentales: Romania occidental y Romania oriental; Romania latina y Romania románica; Romania perdida y Romania nueva; Romania europea y Romania extraeuropea. Todas estas adjetivaciones contienen referencias a las dos grandes, a vez que inseparables, vertientes constitutivas del concepto en juego: la geográfica y la lingüístico-cultural. Pero ninguna de ellas es unívoca. La multivocidad, que es a menudo equivocidad, del término Romania, sin más, se reitera en todas y cada una de sus formas adjetivadas.

Necesario resulta, en consecuencia, un ensayo de ordenamiento, con todo lo perfectible que

llegue a ser. Puede emprendérsele conforme a distintos criterios, igualmente legítimos. Tomaremos aquí como hilo conductor los grandes periodos respectivos de la historiografía tradicional de Occidente: Antigüedad, Edad Media, Edad Moderna o Tiempos Modernos en sentido estricto, Edad Contemporánea, haciendo arrancar ésta, a nuestros efectos, del siglo XIX; apenas se impone anticipar el reconocimiento ulterior de subperiodos en cada uno de los periodos mencionados.

Es sólo al final del recorrido, cargado de vicisitudes, que el concepto de *Romania* podrá quedar establecido —o iluminado— en la diversidad de sus aspectos. Y en consecuencia, llevada a cabo una forma de aproximación a la naturaleza de su vínculo con el de *América Latina*.

2. Exhumación del nombre Romania en el siglo XIX

Antes de iniciar el mencionado recorrido, importa consignar que el amplio empleo contemporáneo, científico y no científico, del nombre Romania, es resultado de una exhumación sistemática —por lo que se refiere al nombre mismo— llevada a cabo en la segunda mitad del siglo XIX. Tenía siglos de olvido cuando en 1872 dos eminentes filólogos franceses, Paul Meyer (1840-1917) y Gaston Pa-

ris (1839-1903), fundaron en París la Revista *Romania*, "consagrada", decía su subtítulo, "al estudio de las lenguas y las literaturas románicas".

Por su parte, el propio concepto de *lenguas y literaturas románicas,* fue también en el siglo XIX que cobró vida, pero en su primera mitad; y no por exhumación, sino por creación, en tanto que concepto científico, aplicado entonces por primera vez a una vieja realidad histórica-cultural.

El primer número de aquella publicación, vuelta célebre muy pronto —mucho antes de su larga continuidad en nuestro siglo— tenía por pórtico el artículo no menos célebre de Gaston Paris, titulado "Romani, Romania".[1] Al finalizarlo, decía de la revista el autor: "le hemos dado el bello nombre, desde hace mucho tiempo olvidado, por el cual los *Romani,* de Italia, de Galia, de España y de Oriente designaban antes la gran nación en la cual habían entrado a su turno".[2]

Ese benemérito estudio, pionero en su época, es la piedra angular de todos los que después, hasta nuestros días, se han realizado en torno al concepto de Romania. En diversos aspectos se halla sobrepasado por tantas investigaciones posteriores. Pero los basamentos que él puso sobre el concepto mismo y el término correspondiente, siguen

[1] Revista *Romania*, núm. 1, París, 1872, pp. 1-22.
[2] *Ibid*., p. 22.

firmemente en pie, utilizándosele con frecuencia. A veces ocurre esto sin cita del autor —como clásico patrimonio común— o haciéndose su mención por el póstumo volumen en que discípulos suyos lo recogieron en 1909, con lo que queda inadvertida su fecha verdadera.[3]

En cualquier caso, parece obligado admitir que sin la revista *Romania,* fundada en 1872, el nombre que le sirve de título —novedoso entonces— hubiera tardado en alcanzar el universal reconocimiento que hoy lo rodea; y a la vez, que la revista misma hubiera tardado todavía más en cumplir esa misión, sin aquel inicial artículo de Gaston Paris. Independientemente de la formal fundación de la ciencia respectiva medio siglo atrás, ese artículo —con todo lo que encerraba de doctrina— clausuró una época e inauguró otra, de más comprensivo horizonte, en la historia de la filología románica.

De particular significación para nuestro asunto, es todavía la circunstancia de que en aquel escrito se registró por vez primera el hecho, a esa altura varias veces secular, en tanto que hecho

[3] Véase Gaston Paris, *Mélanges lingüistiques*, París, 1909. En realidad, aquel volumen de recopilación póstuma quedó integrado en 1909, al publicarse su cuarto y último fascículo, cada uno con trabajos del maestro. El fascículo I había aparecido en 1906 bajo el título de *Latin vulgaire et langues romanes*, siendo en éste que figuraba el artículo de 1872, "Romani, Romania".

—si bien hasta entonces innominado— de que "inmensos territorios del 'Nuevo Mundo' entraron a formar parte de la Romania después del Descubrimiento".[4] Lugar común en nuestros días de manuales, tratados y monografías de filología románica, tal inclusión temática de la América de lenguas neolatinas entre las áreas nuevas incorporadas a la vieja Romania, sólo a esa hora se estuvo en condiciones de hacer. Es un motivo más, desde otra óptica, para darle carácter de hito a la revista, el artículo y la fecha de 1872.

[4] Paris, *op. cit.*, p.19.

II. La Romania en la antigüedad

Los escritores de los siglos IV y V hablan con orgullo de esta nueva nacionalidad romana, de esta fusión de las razas en una sola patria […]. Se sacó de Romanus *el nombre* Romania *[…]. El advenimiento de este nombre indica de manera impactante el momento en que la fusión fue completa entre los pueblos tan diversos sometidos por Roma, y en que todos, reconociéndose como miembros de una sola nación, se opusieron en bloque a la infinita variedad de los Bárbaros que los rodeaban.*

Gaston Paris, 1872

1. Advenimiento de la Romania como realidad histórica

Producida la definitiva latinización del topónimo *Roma,* de probable origen etrusco,[1] desprendió des-

[1] Sobre el origen del nombre, véase Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, trad. de Juan Almela, México, FCE, 1981, p. 146, n. 4.

de muy temprano el gentilicio latino *romanus,* con su plural *romani*. Diversas aplicaciones étnicas, sociales, jurídicas, políticas y lingüísticas, fueron teniendo ellos, por encima de todo, su referencia al derecho de ciudadanía, circunscripto primero al círculo étnica y socialmente restringido de las primitivas *gens*, y extendido luego a todos los habitantes de la ciudad epónima, de las más diversas condiciones. Del punto de vista léxico, los términos *romanus* y *romani* —limitado su alcance a lo jurídico y político — coincidían entonces con el nombre de la propia ciudad. Pero con ese alcance de ciudadanía romana, se extendió pronto a los restantes habitantes del Lacio, luego a diversas ciudades itálicas, y al fin, en el año 49 a. C., prácticamente a toda Italia. Casi tres siglos después, en el año 212 d. C., la constitución de Caracalla universalizó el derecho de ciudadanía, y por consiguiente la condición de *romani,* atribuyéndola a todos los habitantes libres del *Imperium Romanum*, es decir, a la entera cuenca del Mediterráneo, europea, africana y asiática.

En el camino, los términos *romanus, romani,* habían perdido por completo significación étnica, lo mismo que social. En cuanto a la lingüística, no dejaba de ser convencional, por debajo de la cúpula jurídico-política de la ciudadanía. Desde luego, todos los habitantes libres eran ciudadanos y por lo tanto *romani*, aunque su lengua materna no fuera

el latín. Pero el latín, idioma oficial del poder militar y administrativo, a la vez que de comerciantes y colonizadores en lo económico y en lo cultural, va absorbiendo poco a poco a las lenguas nativas.

De tal suerte, la romanización política se convierte de modo paralelo en latinización idiomática. No en todas partes en el mismo grado. En algunas regiones imperiales, incluso, el latín no llegó a sobrepasar la condición oficial. Por supuesto, ocurre esto en zonas de frontera con los pueblos bárbaros, donde la resistencia de la lengua acompañaba a la resistencia de la fuerza. Pero hacia el opuesto extremo del punto de vista cultural, ocurre también en el mundo helénico y helenístico en sus áreas menos fronterizas o más centrales, donde en lugar de superior en tanto que vehículo de cultura, el latín resultaba inferior. En ambas situaciones, bien contrastantes, pueblos enteros políticamente sometidos, no llegan a serlo —como pueblos— en lo lingüístico.

Pero al margen de esas situaciones, aun en las regiones donde la latinización idiomática fue efectiva más allá de las esferas oficiales, mucho varió en su grado o nivel de penetración. Inseparable de ello fue la diversificación interna del latín mismo, como consecuencia de la gravitación, más o menos poderosa, de los heterogéneos antecedentes lingüísticos e históricos de cada país, desde Iberia a Dacia, desde Britania a África del Norte. No

obstante el conjunto de factores debilitantes, y en parte desarticulantes, de la latinización idiomática, la romanización política fue imponiendo una unidad espiritual cada vez más incontrastable. Consabida es su gran causa. Escribía G. Paris en 1872:

> Mucho tiempo después de la sumisión de Italia y de las otras provincias que compusieron su imperio, los *Romani* se distinguieron de los pueblos que vivían bajo su dominación. Éstos conservaban su nombre originario; eran Sabinos, Galos, Helenos, Iberos, y no tenían el derecho de llamarse Romanos, nombre reservado a aquellos que tenían el derecho de ciudadanía por su nacimiento o que lo habían recibido por un favor especial. Insensiblemente esta distinción se borró, sobre todo después que el edicto célebre de Caracalla hizo ciudadanos romanos a todos los habitantes del Imperio.

¿Por qué tal cambio? Continúa G. Paris:

> La vecindad amenazante de los Bárbaros, que presionaban al Imperio desde varios lados, volvió pronto más general el empleo del término *Romani* para designar a los habitantes del Imperio por oposición a los mil pueblos extranjeros que lo rodeaban y que ya comenzaban a franquear sus fronteras. Los escritores de los siglos IV y V hablan con orgullo de

esta nueva nacionalidad romana y de esta fusión de las razas en una nueva patria.

Y más adelante:

No se ve aparecer en ninguna parte para los habitantes de las provincias del Imperio denominaciones especiales que los vinculen a una nacionalidad anterior a la conquista romana. No hay en el conjunto de las leyes como de las historias de este tiempo, ni *Galli*, ni *Rhaeti*, ni *Itali*, ni *Iberi*, ni *Afri*: no hay más que *Romani* frente a conquistadores esparcidos en todas las provincias.[2]

En consecuencia, por lo menos desde el edicto de Caracalla, a principios del siglo III, aunque los gentilicios *Romanus, Romani,* no hayan generado todavía el nombre *Romania,* ésta empezó a existir y a consolidarse, más rápida que lentamente, como

[2] Gaston Paris, "Romani, Romania", en *Romania*, núm. 1, París, 1872, pp. 1, 2 y 4. Debemos al profesor Guido Zannier de la Universidad de la República, Montevideo, un testimonio corroborante de San Agustín, contemporáneo del mismo periodo final del Imperio e inicial de la Romania en su originaria forma latina: "¿Quién podrá conocer quiénes son las gentes que constituyen el Imperio Romano, del momento que todas se han vuelto romanas y todas se llaman romanas?". San Agustín, *Ad Psalmos*, LVIII, 4.

realidad histórica de sentido nacional, en ese siglo y en los inmediatos.

2. Advenimiento del nombre Romania aplicado a la nueva realidad

¿Cuándo el nombre Romania advino al fin, como denominación de esa realidad? Acudamos nuevamente a G. Paris:

> Sobre el nombre de los habitantes del Imperio, se hizo un nombre para el imperio mismo. Estaba en el espíritu popular sustituir los términos de *imperium Romanum, orbis Romanus*, por una designación corta y concreta. Se sacó de *Romanus* el nombre *Romania*, formando por analogía con *Gallia, Graecia, Britannia*, etcétera.

Agrega:

> El advenimiento de este nombre indica de manera impactante el momento en que la fusión fue completa entre los pueblos tan diversos sometidos por Roma y en que todos, reconociéndose miembros de una sola nación, se opusieron en bloque a la infinita variedad de los *Bárbaros* que los rodeaban.

Destaca a renglón seguido el origen popular del nombre, con la consiguiente imposibilidad de fechar su manifestación primera:

> Este nombre era popular y no tenía derecho de entrada en el estilo clásico; por eso, la época en que nos aparece por primera vez es evidentemente bien posterior a aquella en que debió formarse; los textos que lo presentan, lo emplean sólo por oposición al mundo bárbaro vuelto el objeto de todos los temores, la amenaza sin cesar presente en el espíritu.[3]

Debe entenderse que el nombre estaba ya popularmente consagrado de un extremo al otro del Imperio cuando se llega a los tiempos de Teodosio, a cuya muerte (año 395), el propio Imperio quedó definitivamente dividido en dos: el de Occidente y el de Oriente, con las respectivas capitales de Roma y Constantinopla. Desde el 330 esta última había sido erigida en capital del Imperio por Constantino, sobre la antigua Bizancio, lugar y hora de la mayor conjunción política heleno-romana, e idiomática greco-latina. De no haber existido tan extendida popularidad, no se explicaría la documentación, de hecho simultánea, del nombre *Romania* en textos de una y otra área —por lo mismo en latín y en griego— en el correr del siglo IV.

[3] *Ibid.*, pp. 12 y 13.

3. Primeros testimonios escritos del nombre Romania

En Occidente, de más está decirlo, se localiza su aparición en su lengua madre, el latín: *Romania*. En Oriente, en griego; desde luego, un griego léxicamente latinizado en cuanto a la palabra misma, pero además con la variante fonética de la acentuación en la *í: Romanía*.

Respecto al Imperio de Occidente, privó sobre el punto, durante mucho tiempo, la autoridad de G. Paris. "En mi conocimiento", decía en su mencionado escrito de 1872, "el más antiguo ejemplo de la palabra […] es al comienzo del siglo V" que pertenece. Se refería a un diálogo entre el hispano Pablo Orosio y San Jerónimo, en la gruta de Belén donde éste vivía, diálogo recogido por el primero en su obra *Siete Libros de Historia contra los paganos*, hacia el 418. En uno de sus pasajes había aludido Orosio, a la intención goda de sustituir la *Romania* por una *Gothia*.[4] Poco después se encuentra el nombre en palabras atribuidas a San Agustín por su biógrafo Posidio, encerrados ambos en Hipona, sitiada por los Vándalos.[5]

Pablo Orosio (Orosius), había nacido, según algunos en Braga, según otros en Tarragona, en cual-

[4] *Ibid*., p. 13.
[5] *Loc. cit*.

quier caso en la vieja Hispania. Convivió personal e intelectualmente en Hipona con San Agustín, quien lo alentó en su viaje a Belén, al encuentro con San Jerónimo, así como en la redacción de su mencionada obra. La supuestamente primera constancia latina del nombre Romania, estaría así rodeada de circunstancias hispanas, africanas y, en forma más ocasional, asiáticas. Se considera a Orosio un inmediato antecesor de San Agustín en la concepción providencialista de la historia universal del punto de vista cristiano, y aun un inspirador de Bossuet.

Como lejano embrión de categorías históricas de nuestros más actuales días, aplicadas ahora a todo el planeta, no carece de interés esta observación de su analista Francisco Elías de Tejada:

> Orosio ve hasta cuatro grandes reinos como polos del suceder histórico, añadiendo a las Babilonia y Roma agustinianas, las Cartago y Macedonia, según el cuadro de: Roma, O; Babilonia, E; Macedonia, N; Cartago, S. Con lo cual completa el dualismo agustiniano de Oriente-Occidente, dando a lo histórico un sentido mucho más dinámico y complejo.[6]

Sin embargo, al cabo de medio siglo de admisión de la prioridad de Orosio, testimonios latinos

[6] Francisco Elías de Tejada, "Los dos primeros filósofos hispanos de la historia: Orosio y Draconcio", en *Anuario de Historia del Derecho Español*, 1953, pp. 194 y 195.

del nombre Romania anteriores al suyo, han sido establecidos. En 1920, después de rendir homenaje al estudio de G. Paris, con tácita constancia de que era el único existente hasta entonces en la materia, decía Paul Monceau:

> Según Gaston Paris, la palabra *Romania* no aparecería en los autores latinos antes de comienzos de siglo V: el más antiguo ejemplo se encontraría en Orosio, hacia el 418. Ahora bien, el empleo de este término en latín es atestiguado ya por documentos más de un siglo antes […]. Se le encuentra por primera vez en la crónica conocida bajo el nombre de *Consularia Constantinopolitana*. Según las investigaciones de Mommsen, la primera parte de esta crónica fue redactada en Roma hacia el 330; en dos ocasiones, en noticias relativas a los años 261 y 295, son mencionadas las invasiones de los bárbaros *in Romania,* es decir, en país romano, sobre el territorio del Imperio.[7]

De este fundamental aporte de P. Monceau, se hizo eco expreso, sin dejar de rendir también homenaje al estudio de Gaston Paris, pocos años después, Jacques Zeiller. Lo hizo en 1929 en un

[7] Véase: *Bulletin de la Société Nationale des Antiquaires de France* (1920). Sesión del 17 de marzo, intervención de Paul Monceau sobre "Orígenes e Historia de la palabra Romania", pp. 152-157 (lo citado en el texto corresponde a la p. 153).

hermoso artículo titulado "La aparición de la palabra *Romania* en los escritores latinos".[8] Más de una vez ha sido a este texto de Zeiller que se ha atribuido dicho aporte, pasándose por alto a Monceau, pese a que desde el comienzo el propio Zeiller le dio el carácter de un comentario erudito al estudio de su antecesor.

Lo establecido en los trabajos de P. Monceau y J. Zeiller, en 1920 y 1929, relativiza la siguiente opinión de G. Paris respecto al Imperio de Oriente: "Por un singular azar, los ejemplos de la palabra *Romania* son más antiguos y más numerosos en griego que en latín".

Añadía:

> Cuando la capital del Imperio fue transportada a Bizancio (por Constantino, año 330) no dejó él de ser el imperio romano; Constantinopla fue llamada nueva Roma, o simplemente Roma, y la lengua latina siguió siendo durante mucho tiempo todavía la lengua oficial).
>
> Los escritores griegos parecen haber adoptado en esta época el nombre *Romania* para designar el conjunto del Imperio.[9]

[8] Véase *Revue des Etudes Latines*, t. VII, París, 1929, pp. 194-198.

[9] Paris, *op. cit.*, p. 14.

La verdad es que los ejemplos griegos que cita Paris, si bien son más antiguos que el latino de Orosio, son del mismo siglo IV a que corresponden los igualmente latinos aportados por Monceau, el primero de los cuales es del 330. En el 358, San Atanasio reprochaba en griego a los arrianos el haber olvidado que "Roma es la metrópoli de la Romania". Y a fines del mismo siglo IV, también en griego, dice San Epifanio que el espíritu de Satanás entró en Arrio para arrasar como un incendio "casi toda la Romania, especialmente sus partes orientales".[10]

Sobre los primeros pasos antiguos de la palabra, concluye Monceau:

> 1º El término *Romania* aparece primero en latín, en Roma, hacia el 330; 2º aparece en griego en el 358, en Atanasio de Alejandría; 3º a fines del siglo IV y en el V, reaparece frecuentemente en las dos lenguas y en las partes más diversas del Imperio: a orillas del Danubio, en España, en África, en Constantinopla, en Chipre, hasta en el desierto de Sinaí.[11]

[10] *Loc. cit.*; Monceau, *op. cit.*, p. 155; Tagliavini, *op. cit.*, p. 238, n. 21 y 22.

[11] Monceau, *op. cit.*, p. 154. Sobrepasando la Antigüedad, continuaba: "Desde el siglo VI se muestra un poco por todas partes, en griego o en latín, después, en la Edad Media, con algunas variantes ortográficas, hasta en las lenguas románicas".

En consecuencia, los más antiguos testimonios escritos del nombre Romania, occidentales y orientales del Imperio, es decir, latinos y griegos, registrados hasta ahora, son todos del siglo IV más o menos coetáneos. Es un fuerte indicio de que desde el siglo III —siendo un verdadero mojón el edicto de Caracalla del 212— el nombre debió haber empezado a extenderse, aunque con lentitud al principio, de un extremo al otro, en el habla popular. Comenta G. Paris: "La Romania había apenas tomado conciencia de sí misma, cuando iba a ser arruinada, por lo menos en su existencia material".

Y Tagliavini: "[…] es una ironía del destino la que la atestigua en una época en que esta misma *Romania,* en el sentido político, se estaba desintegrando.[12]

La ironía se desvanece si se tiene presente que Romania no fue un nombre surgido para designar al Imperio Romano como entidad política —existente como tal desde el siglo I a. C.— sino a la comunidad de civilización constituida por él. Fue sólo hacia el siglo II que esa comunidad alcanzó su plenitud, precisamente en virtud de su llegada a los variados topes del mundo bárbaro, con sus consiguientes resistencias, a la vez que reacciones y avances.

[12] Paris, *op. cit.*, p.13; Tagliavini, *op. cit.*, p. 238.

Por eso, no está desprovisto de significado el hecho de que entre los mapas lingüísticos que acompañan a la obra *La fragmentación lingüística de la Romania* de Walther von Wartburg, el de más antigua referencia sea el titulado "La Romania a principios del siglo III".[13] La mención de esta obra impone la advertencia de que el autor hace amplio empleo de la división entre Romania occidental y Romania oriental, con un alcance más restringido que el de la del Imperio que siguió a la muerte de Teodosio. Se refiere a las dos grandes zonas de la Romania de Occidente abarcada en su conjunto, más tarde llamada neolatina.

Aunque esta misma distinción limitada al ulterior mundo neolatino —de empleo no sólo por Wartburg— hunda lejanas raíces en la Antigüedad, la Romania, propiamente antigua, anterior a la caída de Roma en el 476, si políticamente fue romana, lingüísticamente fue latina, en el sentido del viejo latín. Lo fue con la consabida salvedad, ya hecha, de que en regiones fronterizas del Imperio el latín no pasó de lengua oficial, como tampoco muy es-

[13] Walhter von Wartburg, *La fragmentación lingüística de la Romania*, trad. de Manuel Muñoz, Madrid, Gredos, 1971, mapa núm. 9. Un excelente complemento de dicho mapa es el titulado "El Imperio romano (hacia el siglo III d. C.)", que figura en la obra de Lorenzi Renzi, *Introducción a la filología románica*, trad. de Pilar García Mouton, Madrid, Gredos, 1982, mapa II.

pecialmente, en el Mediterráneo del este, de indeclinable hegemonía lingüística y cultura helénica.

4. Comienzo antiguo de la fragmentación lingüística de la Romania

La fragmentación lingüística de la Romania —para atenernos a la consagrada formulación de Wartburg— con su singular desenlace histórico, es un fenómeno típicamente medieval. Pero tuvo su comienzo en la Antigüedad, en condiciones que han sido de tradicional reconocimiento en lo genérico, y que el mismo Wartburg ha pormenorizado, en especial bajo el aspecto fonético.

No siempre sus análisis han sido aceptados en el detalle. No obstante, parece quedar en pie lo más decisivo. Los orígenes de aquella fragmentación se remontarían a las etapas de constitución y expansión del Imperio, por lo que resultarían, en rigor, anteriores a la Romania misma, en su sentido propio, tal como advino bajo la forma de conciencia nacional hacia el siglo III. Uno al mismo tiempo que vario, el latín del Imperio llevó consigo su diversificación interna, debida, por un lado a razones socioculturales, por otro, a particularismos provinciales del mismo latín. De ahí, por lo pronto, la distinción desde el principio entre un latín del oeste y un latín

del este, entre una Romania occidental y una Romania oriental; sin alusión con estos términos, a la subsiguiente repartición mayor de la Romania entre el Occidente latinófono y el Oriente grecófono.

Privilegiando el factor social, establece Wartburg que la población de la Dacia, asiento de la actual Rumania:

> […] surgió en gran parte de las inmigraciones de colonos; la latinización de esta provincia fue llevada a cabo en lo esencial por las capas bajas de la población, que precisamente —y en especial los que venían de Italia— llevaron la pronunciación rústica del latín y la implantaron en el nuevo país.

En cambio:

> De manera distinta se verificó la latinización de la Galia y de Iberia. En ellas partió más bien de las ciudades y de las capas superiores de la población. La escuela y la administración extendieron la forma más literaria del latín entre la población indígena.

Por lo tanto concluye: "Así, en lo esencial, la diferencia social entre los portadores de la latinización fue la causa de la separación entre el latín oriental y el occidental".[14]

[14] Wartburg, *op. cit.*, pp. 31 y 32.

Por supuesto, el desarrollo es más complejo, en especial cuando como eje de la división se hace jugar el papel de Italia en su dualidad de noroeste y sudeste, junto a la de las islas Córcega y Cerdeña, con obvia repercusión en el África noroccidental. A cierta altura expresa Wartburg:

> Así, pues, la línea Spezia-Rímini [del Tirreno al Adriático] y su prolongación más allá del Adriático, es el límite de dos grandes bloques que se enfrentan: la Romania occidental y la Romania oriental. En la disgregación de la unidad latina, fue en esa línea en donde comenzó a formarse la más importante de todas las diferenciaciones.[15]

Más complejo todavía se vuelve el desarrollo cuando a la evolución interna del latín se añade la acción de los sustratos, y aun subsustratos, lingüísticos pre-romanos de los diversos países; acción que, con toda lógica, no deja de ser el punto de partida del propio Wartburg.[16]

[15] *Ibid.*, p. 74.

[16] *Ibid.*, p. 13 y ss. De ahí que el capítulo de "Conclusiones" comience en estos términos: "De esta manera, la formación de los espacios lingüísticos románicos aparece como el resultado de un largo y complejo proceso. En cierto sentido, estaba ya preparada por la variedad de los sustratos raciales (Iberia, bloque galo-alpino, itálicos, sustratos mediterráneo, etruscos, etc.); después se añadieron las diferencias sociales entre los transmisores de la lengua latina, los cuales en algu-

Después de esa diferenciación inicial, que encerraba subdiferenciaciones, un nuevo periodo se abre, todavía dentro de los límites históricos de la Antigüedad clásica. Ocurre hacia mediados del siglo III. Es cuando, al decir del mismo Wartburg: "En este lento desmoronamiento de la unidad latina va a soplar violentamente el vendaval germánico".[17]

Se hizo sentir primero en el Este, por intermedio de los visigodos, aislando definitivamente desde aquel silencio a la Dacia del resto de la Romania. Una segunda escisión se produjo al mismo tiempo en el Oeste por obra de los alemanes, al separar, también definitivamente, la Galia oriental y la Retia, de la Galia occidental. Sobre esta última se hizo sentir cada vez más desde entonces la presión en la frontera del Rhin. A mediados del siglo IV los francos comenzaron a atravesar el río en su parte baja, hasta la sucesión de las nuevas oleadas germanas —de vándalos, visigodos, ostrogodos, burgundos, longobardos— que culminan con la caída de Roma, y por tanto del Imperio de Occidente, en el preciso año inicial del último cuarto del siglo V.

El curso de los cambios lingüísticos de la vieja Romania, ya en la Edad Media, iba a asumir en adelante otras características.

---

nas provincias procedían preferentemente de las capas sociales bajas y en otras de las clases doctas. *Ibíd.*, p. 189.

[17] *Ibíd.*, p. 77.

III. La Romania en la Edad Media

En Oriente no hubo, por decir así, ninguna discontinuidad y el poder imperial bizantino sacó su vigor de las tradiciones ecuménicas heredadas de la Roma antigua: el Imperio de Oriente fue ante todo la Romania.

Freddy Thiriet, 1975

[En Occidente] la expresión Romania permaneció en uso hasta los tiempos carolingios, y retomó aún, sin duda, una nueva boga, cuando Carlomagno hubo restaurado el Imperium Romanun *[…]. Pero cuando el Imperio hubo pasado a los reyes de Alemania, la palabra Romania parece haber designado especialmente la parte de sus estados que no era germánica […]. Al fin, el nombre Romania terminó por no designar más que la provincia que lleva todavía el nombre Romaña, y que corresponde al antiguo exarcado de Rávena.*

Gaston Paris, 1872

1. Diversificación política y lingüística de la Romania medieval

Por debajo de la formal unidad latina que el Imperio le imponía, la Romania tuvo en lo lingüístico, como se ha visto, un principio de diversificación ya en su relativamente corto periodo de existencia en las postrimerías de la edad antigua: del siglo III al V; con precisión convencional, desde el edicto de Caracalla en el 212 hasta la caída de Roma en el 476. Un principio de diversificación política lo tuvo también en el mismo periodo al dividirse el imperio de Occidente y Oriente, a la muerte de Teodosio en el 395, con sus hijos Honorio y Arcadio a la cabeza de cada uno de ellos.

Pues bien, bajo ambos aspectos, la diversificación estaba llamada a extenderse y profundizarse —en otros términos, a manifestarse en toda su cabalidad histórica— a lo largo de los siglos medievales, abierto por la brusca caída de la parte occidental del viejo Imperio. Tal diversificación es ella misma diversa, si se permite decirlo así.

Por un lado, se acentúa la distinción entre Occidente y Oriente. Mientras en el primero el Imperio desaparece, para ser más tarde objeto de ensayos parciales de restauración, en el segundo se mantiene en perfecta continuidad hasta su tardía caída, a su vez, en el siglo XV. Aparte de otras

tantas consecuencias de primer plano, el hecho repercutió en el destino del término Romania. En Occidente hubo de pasar vicisitudes varias, hasta zozobrar al fin en su forma clásica. En cambio, la continuidad del Imperio de Oriente con su capital en Constantinopla, significó la continuidad también del nombre Romania —hasta el Renacimiento mismo— como preferente denominación suya.

Tenía el nombre ante todo una connotación política; pero la tenía también cultural, en tanto expresivo de las tradiciones espirituales de la civilización romana, incluida —de algún modo— la propia lengua latina, no obstante la persistente condición grecófona del orbe bizantino en su triple asiento europeo, asiático y africano, desde los Balcanes a Asia Menor y Egipto.

Por otro lado, las aludidas vicisitudes del término Romania en el medioevo occidental, fueron en parte políticas, a partir de la inicial instauración de los reinos bárbaros sobre los despojos del Imperio; pero fueron sobre todo lingüísticas, por la deformación, primero, del viejo latín y la constitución, luego, de un conjunto de lenguas derivadas de él; las lenguas llamadas —pero sólo desde el siglo XIX, un milenio después de su advenimiento de hecho— románicas, o romances o neolatinas, o, en abreviación final, simplemente latinas. Así fueron llamadas al hacerse el reconocimiento científico de su hermandad idiomática y constituirse —como

sector privilegiado de la filología — la filología románica.

Fue desde el marco de esta ciencia, ayer apenas, que el sepultado nombre Romania se exhumó, para dársele —con recuerdo de todo su trasfondo histórico— una renovada acepción. "*Romania* es una palabra bien elegida para denominar el dominio de las lenguas y de las literaturas románicas, y es en ese sentido que nosotros la empleamos, decía con espíritu bautismal G. Paris en 1872".[1]

Si bien el surgimiento de los idiomas románicos o neolatinos, fue un fenómeno medieval, la aplicación del nombre Romania al orbe comprendido por ellos, a estas fechas es sólo de poco más de un siglo. En el medioevo de Occidente, el nombre Romania resultó cada vez más disminuido al par que matizado, y al fin abandonado del todo como denominación global.

2. La Romania Oriental en la Edad Media

De la Romania Oriental —*Romania,* en griego— tal como se manifestó durante toda la Edad Media en el área bizantina, prolongando y consoli-

[1] Gaston Paris, "Romani, Romania", en revista *Romania*, núm. 1, París, 1872, p. 16.

dando su iniciación paralela a la occidental en las postrimerías de la Antigüedad, sólo de manera marginal se ocupan las obras de filosofía románica. Es natural que así sea. Fue una Romania idiomáticamente griega. Del punto de vista filológico, es a otras ramas científicas que corresponde su estudio central.

En rigor, lo mismo acontece con la Romania latina, en el sentido estricto de este último término. Pero así como el conocimiento de las lenguas románicas requiere, no sólo en sus orígenes históricos, la incursión en su padre el latín, la requiere también en el griego. Y no sólo por las consabidas influencias de éste en el latín, desde la fase arcaica del viejo Lacio a través de los primitivos asentamientos helénicos en la Italia meridional —la Magna Grecia y Sicilia— hasta las etapas latinas más adultas, convertida la misma Grecia en parte culturalmente irrepetible, y en tantos sentidos hegemónica, del Imperio; la requiere, además, por la influencia del griego, no ya indirecta, sino directa, en diversos sectores de las propias lenguas románicas después de constituidas.

Ya en 1872 advertía Gaston Paris: "Los griegos de Italia y de Sicilia conservaron su lengua hasta una época bastante avanzada de la Edad Media".[2]

[2] *Ibid.*, p. 10, n. 4.

Por su parte, C. Tagliavini establece que al lado de los antiguos préstamos pasados por el latín,

> tenemos otros más recientes debidos a los contactos con el mundo bizantino, contactos que fueron muy frecuentes no sólo en la Italia meridional y en Cerdeña [de dominación bizantina durante varios siglos medievales], sino asimismo, al menos durante cierto periodo, en los territorios que, como el Exarcado, pertenecieron a Bizancio, o que, como Venecia, tuvieron, incluso en época más reciente, relaciones políticas y comerciales frecuentes con el Oriente.[3]

No obstante reconocimientos como esos, estrictamente lingüísticos, otra cosa sucede en lo que se refiere al concepto mismo de Romania en el Mediterráneo oriental durante el medioevo. Hay al respecto una notoria subestima en la literatura filológica románica. Se tiende a ver en la Romania oriental de tan largo periodo, una forma de romanización fundamentalmente política, a través de la presencia eminente del Imperio mismo como institución, en tanto que Imperio *Romano* en Oriente.

Cierto es que junto a los renovados préstamos lingüísticos al Occidente medieval por la helénica

[3] Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, trad. de J. Almela, México, FCE, 1981, pp. 377 y 378. Véanse además pp. 176, 177, 182 y 183.

Bizancio, se señalan los inversos préstamos latinos, no sólo al griego antiguo sino al griego bizantino, muy numeroso en la época de Justiniano, en el siglo VI, pero también posteriores tanto como anteriores.[4] Resulta empero opacado todo lo que hubo de romanización cultural y espiritual del mundo bizantino. Muy en particular la conservación y cultivo del derecho romano clásico.

> Y no es casual —acota Tagliavini— que precisamente de Rávena, sede del exarca o prefecto de Italia, llegaran a Bolonia, según una antigua tradición, los texto jurídicos de Justiniano en la redacción latina original.[5]

Pero además, en todos los órdenes de la civilización, con notable crecimiento después de las Cruzadas, del intercambio comercial, vehículo y estímulo de tantos otros, mucho más complejos.

Conforme a nuestro asunto, nos interesa señalar el sentido que tuvo persistencia oriental del nombre Romania, con significativa repercusión lingüística en la propia denominación del idioma griego bizantino por medio de un derivado de dicho nombre. Esa denominación ha sido mantenida hasta el día de hoy, en lo esencial, para el griego moderno: el

[4] *Ibid.*, p. 270.
[5] *Ibid.*, pp. 239 y 240, n. 24.

romaico. Ya en la época heroica de la filología románica, la entonces flamante revista *Romania* de P. Meyer y Gaston Paris, al anunciar en 1873, en su sección "Crónica", cursos relativos a estudios románicos en Alemania, mencionaba así uno a dictarse por el romanista Steinthal en Berlín: "Sobre la historia de las lenguas, y principalmente del griego y del latín, considerando especialmente el carácter y el origen del *romaico* y de las lenguas románicas".[6]

Si el idioma griego pasó a llamarse por los bizantinos el *romaico,* fue porque los griegos de entonces habían empezado por llamarse ellos mismos —y se siguieron llamando— *Romaioi,* es decir, *Romanos.*

Por otras vías científicas, importantes esclarecimientos se han hecho en los últimos tiempos. Mencionemos dos obras representativas: de Freddy Thiriet, *La Romania veneciana en la Edad Media. (El desarrollo y la explotación del dominio colonial veneciano, ss. XII- XV)*, París, lª ed., 1957, 2ª ed., l975; de Michel Balard, *La Romania genovesa (ss. XIII y comienzos del XV)*, Roma, 1978. En ambas, es de la Romania bizantina que se trata, con referencia a un periodo en que en Occidente el nombre Romania había caído en desuso como denominación global de las tradiciones de lengua y civilización del viejo

[6] Revista *Romania*, núm. 2, París, 1873, p. 279.

Imperio. Bien ilustrativos, a nuestro objeto, resultan los siguientes pasajes de Thiriet:

> En Oriente no hubo, por decir así, ninguna discontinuidad y el poder imperial bizantino sacó su vigor de las tradiciones ecuménicas heredadas de la Roma antigua: el Imperio de Oriente fue ante todo la *Romania*. Los súbditos de este Imperio se hubieran asombrado mucho de oírse llamar bizantinos y rechazaban el nombre mismo de griegos; se consideraban los súbditos del Emperador de los Romanos, el *Basileus de los Romanos,* que residía en la Nueva Roma, edificada por Constantino sobre las ruinas de la antigua Bizancio. Por eso Constantinopla es frecuentemente llamada Roma por los escritores bizantinos […]. Muy naturalmente, el Imperio del cual Constantinopla es el centro, permanece siendo, a pesar de las amputaciones territoriales que sufre, la *Romania* auténtica […]. Fue la Romania lo que se repartieron en 1204 [los Occidentales de las Cruzadas, Franceses y Venecianos] y es en virtud de este reparto que el Dogo de Venecia se volvió el "Señor de un cuarto y medio del Imperio de Romania", y el amo efectivo de las islas más importantes de este Imperio. El Imperio colonial veneciano quedó fundado, y estaba en la Romania.[7]

[7] Thiriet, *op. cit.*, pp. 1 y 2. La obra consta de 485 pp. La de M. Balard, *op. cit.*, alcanza 1008 pp. Entre ambas ofrecen

La variante fonética, por la acentuación en la *í —Romanía—* carece de relevancia como diferenciación lingüística. Acontece también en el ámbito románico, como es el caso del francés *Romanie*. Cuando P. Meyer y G. Paris fundaron su recordada revista, tuvieron el acierto de darle el originario nombre latino *Romania*. En castellano no hubiera habido sitio para la opción, porque la palabra coincide exactamente con su forma latina.

Ya en la Edad Media era también así como en castellano se escribía, sin acompañarlo del acento griego, el nombre de la propia Romania oriental. De ese modo aparece en la fascinante crónica que Ruy González de Clavijo hizo de la Embajada enviada por Enrique III de Castilla al emperador Temerlán, en Samarkanda, entre los años 1403 y 1406, medio siglo antes de la caída de Constantinopla en poder de los Turcos. A cierta altura del relato, refiriéndose a la entrada a los Dardanelos, escribe:

> Y por cuanto la *Boca que decían de Romania,* era cerca, y el viento crecía, y la noche era entrada, y por recelo de no poder hallar la Boca para entrar, acor-

---

muy amplia información sobre la Romania oriental del medievo.

dó el patrón de voltejar con la nave hasta que fuese el día.[8]

Siguen repelidas menciones a la angosta "Boca de Romania" entre Grecia y Turquía,[9] hasta que el término Romania asume la general significación que por tradición tenía en el Mediterráneo oriental. Después de pasar todo un invierno en Constantinopla, avanzó la Embajada. Internados los viajeros en el Mar Negro costeando su litoral meridional, hicieron tierra en un puerto donde "estaba un castillo muy fuerte y ha nombre Quinoli […] y aquí en las montañas de este castillo de Quinoli son las mejores fustes para ballestas que *en toda Romania* se hallan".[10]

[8] Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamerlán*, Madrid, Miraguano Ediciones, 1984, p. 46. Las cursivas son nuestras.

[9] *Ibid.*, pp. 49, 52 y 53.

[10] *Ibid.*, p. 91. Las cursivas son nuestras. Al periodo de permanencia en Constantinopla corresponde el siguiente pasaje, de verdadero sabor por lo que respecta a las relaciones de entonces entre la Romania occidental y la Romania oriental:

"Y en este tiempo llegaron seis galeras de Venecianos a la gran ciudad de Constantinopla, que venían, por pasar todas las sus naos que venían de la Tana, y el Emperador mandóles recoger dentro en la ciudad, y dijo a los patrones que el puerto era suyo, y él tenía su paz con ellos y con los Genoveses; que no se hiciesen mal los unos a los otros; y los Venecianos y Genoveses hicieron tregua por cierto tiempo, y pasaron sus naos los Venecianos", *ibid.*, pp. 87 y 88.

3. La Romania Occidental hasta Carlomagno

Después de la caída de Roma, la fragmentación lingüística de la Romania, comenzada en la Antigüedad bajo la cúpula unitaria del Imperio, se profundiza paralelamente a la violenta —tanto como durante mucho tiempo caótica— fragmentación política. Fue producto esta última de la diversidad de pueblos invasores, y consiguientes reinos que se van constituyendo y reconstituyendo desde entonces. Inseparable de la final formación de las distintas lenguas neolatinas, resultó ser, en consecuencia, la final formación de las diversas naciones neolatinas.

La totalidad del proceso se reparte de modo natural en dos grandes etapas, multiseculares ambas: una, de tumultuosa gestación, con iniciales aspectos de atomización dialectal en lo lingüístico; otra, de decantación y relativa estabilización, con el reagrupamiento en torno a un conjunto de grandes unidades idiomáticas, de gravitante función cultural a la vez que política. Esas unidades idiomáticas no serán ya el latín, sino lenguas que

---

Numerosas son otras referencias de diverso carácter a Venecianos y Genoveses en el Mediterráneo oriental de la época. En ninguno de los estudios sobre la Romania hemos visto citadas las menciones que de ella hace la célebre Crónica de Clavijo.

de él derivan sin solución alguna de continuidad, y que recibirán mucho después el nombre colectivo de lenguas románicas, o romances, o neolatinas, o, simplemente, latinas.

"¿En qué momento —se pregunta el romanista Charles Camproux— puede situarse la toma de conciencia de la existencia de los idiomas románicos?".

Y contesta, resumiendo conclusiones histórico-lingüísticos de generalizado reconocimiento: "Casi con certeza, hacia el fin del siglo VIII y comienzo del IX".[11]

Es decir, en el periodo estrictamente carolingio, con el meridiano del 800, año exacto de la restauración —a su modo— del Imperio Romano por Carlomagno.

No corresponde aquí, ni está en nuestras posibilidades, entrar en el debate de los lingüistas sobre las causas fundamentales del advenimiento de las lenguas románicas. En el marco de ese mismo debate, registra Tagliavini influyentes posiciones generacionales, para equilibrarlas en estos términos:

> Algunos autores, como G. Gröber (n. 1844), han buscado la causa del paso de la relativa unidad del latín común a la pluralidad de las variedades neo-

[11] Charles Camproux, *Las lenguas románicas*, París, 1974, p. 68.

latinas, en la diferencia cronológica de la colonización de las varias *provincias*; otros, como Cl. Merlo (n. 1879), en la diferencia de las lenguas del sustrato; otros más como W. von Wartburg (n. 1888), conceden particular importancia, asimismo, a las diferentes influencias ejercidas, en el curso de los siglos, por los pueblos que se han superpuesto a la gente que hablaba *romanice*. La auténtica causa, sin embargo, no ha de residir en uno sólo de estos factores sino en la influencia concomitante de los tres.[12]

De los tres dominantes puntos de vista que colaciona, los dos últimos apelan a la tradicional noción lingüística de *estrato*: uno, poniendo el acento en los sustratos; otro, poniéndolo en los superestratos.

En el caso del latín, tienen la condición de *sustrato* todas las lenguas pre-romanas de los territorios idiomáticamente romanizados, en tanto que diversos elementos lingüísticos de las mismas resultaron incorporados a aquél. Como ellas conservaban a su vez elementos de lenguas que les eran todavía anteriores, el final pasaje de los mismos al latín vino a ser para éste una forma de *subsustrato*. La presencia de tales elementos de lenguas sucesivamente vencidas, se manifestó —como ya

[12] Tagliavini, *op. cit.*, pp. 363 y 364.

se vio— en el comienzo de la fragmentación lingüística de la Romania antigua, todavía de formal unidad latina.

Pues bien, haciéndose énfasis en ese fenómeno, y relativizándose al extremo dicha unidad por lo que respecta al latín vulgar, se ha llegado a sostener que las propias lenguas románicas, más que en la Edad Media, surgieron ya en el viejo Imperio, "cuando los indígenas en las provincias trataron de hablar la lengua de sus vencedores, hablándola de diferentes maneras a causa de la diversidad de sus lenguas maternas".[13]

Aun sin esta interpretación radical, la acción diferenciadora de los sustratos, con su renovado dinamismo histórico, no pudo dejar de seguir operando en el periodo medieval de específica gestación románica. Con carácter general, la influencia sustratística se hace sentir en especial en la toponimia del territorio y en el vocabulario referido a la tierra y sus labores.

El concepto de *superestrato*, tan generalizado hoy en la lingüística, fue aportado por Wartburg a fines del primer tercio de este siglo.

Dice él mismo: "Lo empleé por primera vez en el Congreso de romanistas celebrado en Roma en la primavera de 1932".

[13] Véase la referencia a esta teoría en Tagliavini, *op. cit.*, p. 363, n. 2.

Añade:

> Constituye el necesario complemento del término sustrato. Hablaremos de superestrato cuando un pueblo que haya penetrado en un país (en la mayor parte de las veces como conquistador y, por tanto, con superioridad militar), va adoptando progresivamente el idioma del pueblo dominado que permaneció en el país (y la mayoría de las veces superior culturalmente), pero imprimiéndole al mismo tiempo ciertas tendencias.[14]

A propósito de la inicial fragmentación lingüística de la Romania antigua, en el viejo Imperio, sin desconocer la acción sustratística, había puesto Wartburg el acento en factores socio-culturales internos al propio latín. Ahora, en la nueva etapa de los primeros tiempos medievales, lo pondrá en el factor superestrato.

Concreta por su parte Camproux:

> En lo que concierne a las lenguas románicas se puede hablar de superestratos germánico, árabe y eslavo. Si la influencia del superestrato árabe sobre las lenguas ibero-romanas y sobre el siciliano, y la del

[14] Walther von Wartburg, *La fragmentación lingüística de la Romania*, trad. de Manuel Muñoz Cortés, Madrid, Gredos, 1971, p. 190, n. 1.

> superestrato eslavo sobre el rumano fueron relativamente limitadas, la del superestrato germánico tuvo una importancia mucho mayor y más generalizada.[15]

De ahí que el propio Wartburg, aunque no deje de hacer mención expresa de los otros superestratos, se aplique al especial estudio del dominante —a la vez que diversificado él mismo— superestrato germánico.

Es éste el lugar de observar que la acción fragmentadora del superestrato germano en lo lingüístico, fue en parte directa y en parte indirecta. Junto a las estrictas acciones y reacciones entre lengua vencedora y lengua vencida (en relación inversa con las del pueblo vencedor y pueblo vencido), mucho pesaron circunstancias de otro orden: por un lado, la interrupción territorial en ciertos puntos, de las comunicaciones a través de la Romania, con los consiguientes aislamientos; por otro, la creación de entidades políticas diferenciadas y diferenciadoras, con repercusión idiomática, de alguna manera, en administraciones, ejércitos, enseñanza, incipientes expresiones de relacionamientos comerciales y culturales. Como estas entidades fueron en los primeros tiempos de una gran inestabilidad, los paralelos fenómenos lingüísticos resultaron también

[15] Camproux, *op. cit.*, p. 56.

inestables, conduciendo a un estado, más que de fragmentación, de extrema dispersión dialectal del viejo latín popular.

A la acción de los sustratos y los superestratos, cabe añadir la de los llamados *adstratos*, conforme a una noción de creación coetánea a la de superestrato.[16] Designa la influencia, por supuesto recíproca, de lenguas territorial o culturalmente relacionadas, sin superposición ni dominio de unas sobre otras. De aplicación general en el espacio y en el tiempo, en el caso específico de las lenguas románicas en su etapa de formación actuaron como adstratos muy diversas lenguas, empezando por los propios superestratos antes de serlo. Reiteradamente se ha observado que, como es natural, no siempre resulta posible el deslinde exacto en el campo de los *estratos*, para decirlo con la expresión genérica comprensiva de todas sus formas.

Fue en esas condiciones que se llegó, al cabo de tres siglos, al gran episodio político a la vez que cultural, protagonizado por Carlomagno. Su parcial restauración del Imperio Romano, fue el desenlace de un lento proceso de reunificación de

[16] Según Tagliavini, *op. cit.*, p. 454, el término *adstrato* fue propuesto por M. Valkhoff en 1932, el mismo año que, como vimos, dice Wartburg haber empleado por primera vez el término *superestrato*. (En el mismo lugar Tagliavini refiere igualmente a Wartburg el segundo de dichos términos, pero fechándolo en un texto de 1936 del romanista suizo).

la Romania occidental, que en su última etapa dirigió en persona desde Aquisgrán, la nombrada en francés Aix la Chapelle. Fundamental fue la comunidad religiosa cristiana; pero lo fue sobre todo por la continuidad de Roma como cabeza de la Iglesia, en tanto que sede del Pontificado: de aquella Iglesia que, como se ha dicho, era *católica,* o sea "universal", pero también *romana*. De ahí que a Roma misma, desde la germana Aquisgrán, acudiera Carlomagno, germano él mismo, para consagrar religiosa y jurídicamente al Imperio, de nuevo llamado *Romano*.

Esa influencia de la Iglesia desde su asiento clásico, vino a sumarse a la que habían venido cumpliendo, primero como freno y luego como regreso de la dispersión dialectal, los centros de gobierno eclesiástico que en su momento ocuparon el lugar de la administración romana. En especial fue así a través de las circunscripciones episcopales, unificadoras de centros eclesiásticos secundarios. Tanto más cuanto que, como se ha hecho notar, los límites de las diócesis correspondían a menudo a los de las antiguas *civitates,* modalidad tradicional de las circunscripciones administrativas romanas.

Ese conjunto de circunstancias explica la misión a dos puntas cumplida por Carlomagno, y luego por su dinastía, en el ámbito de la romanización lingüística. Por un lado, promovió él la reanimación del latín en sus formas más cultas, atra-

yendo a Aquisgrán grandes latinistas occidentales —el inglés Alcuino a la cabeza— que impulsan, más allá de lo idiomático, el histórico *Renacimiento carolingio*, primera gran reválida medieval de la tradición clásica. Por otro, su acción políticamente unificadora precipitó la compenetración idiomática latino-germana en las tres áreas principales de la vieja Romania occidental: Galia, Italia, Iberia; aquella compenetración que estaba destinada a recibir luego, por el predominio del primer elemento, el nombre de románica. En consecuencia, una nueva vida para el latín culto, al par que consolidación de la decisiva metamorfosis del latín popular, a través de lenguas descendientes suyas.

Del siglo VIII al IX, esas lenguas derivadas del latín se ofrecen ya con fisonomía definida, cada una en torno a un dialecto que por razones diferentes resulta el dominante en una determinada área nacional, o protonacional. A lo largo del siglo IX se afianzan como tales. Con el X, un nuevo periodo se abre para ellas.

4. La Romania Occidental de Carlomagno al Renacimiento

Al iniciarse el siglo X, históricamente cerrado el periodo carolingio, entraron al ejercicio de su individualidad final las distintas lenguas neolatinas. En

los cinco siglos siguientes, hasta el Renacimiento, culmina para cada una la definición de su personalidad idiomática. No fue así sin cambios internos, a veces profundos, por contrapuestas presiones culturales y políticas entre los dialectos y subdialectos respectivos, aparte de los intercambios entre sí de las propias lenguas diferenciadas.

No obstante su común filiación, muchos factores de heterogeneidad se introducen en el nuevo mundo lingüístico neolatino. Por lo pronto, el mayor o menor parentesco de las lenguas entre sí, por comunidad o diversidad de los estratos, por vecindades o alejamientos geográficos, por vinculaciones o antagonismos políticos, por adelantos o atrasos en el desarrollo literario en el sentido más lato de este último término. Luego, la distinción entre lengua y dialecto, siempre convencional en plano lingüístico estricto. Se ha podido decir: "una lengua es un dialecto que ha triunfado"; y se ha añadido:

> No existe, pues, criterio preciso y único que permita establecer con exactitud la diferencia entre dialecto románico y lengua románica […]. Es innegable, sin embargo, que existen lenguas románicas definidas, cada una, por un haz de caracteres que les son propios; pero si se quisiera atener a un estricto punto de vista lingüístico, no existirían más que dialectos románicos, diversamente bien o mal

tratados por el destino de los hombres que los hablan, o los han hablado.[17]

En el ordenamiento grupal, a la vez que en la determinación del número, de las lenguas neolatinas, no han llegado los especialistas a ponerse de acuerdo. Variados son los criterios sustentados hasta hoy, desde el inicial del patriarca de la filología románica, Federico Diez, en la primera mitad del siglo XIX. Distinguía tres grupos, de dos lenguas cada uno: el noroccidental, con el francés y el provenzal; el occidental, con el español y el portugués; el oriental, con el italiano y el válaco (más tarde llamado rumano). Ya en el mismo siglo el avance de la dialectología conmovió aquella clasificación, originando otras muy diversas, tanto de los grupos como de las lenguas. Ello ha ocurrido especialmente en el siglo actual.

Recordemos aquí sólo dos de esas clasificaciones, muy representativas por sus autores, a la vez que elocuente muestra de la disparidad de los puntos de vista. Wartburg reparte la Romania en tres grupos, como Diez, pero asignándoles otros contenidos: un grupo septentrional, con el francés,

[17] Camproux, *op. cit.*, p. 76. En el mismo sentido Tagliavini: "Por lo demás, la diferencia entre 'lengua' y 'dialecto' es un problema de índole esencialmente práctica y no científica, y puede no ser sino consecuencia de factores históricos y políticos. Tagliavini, *op. cit.*, p. 480.

otro oriental, con el rumano; otro meridional o mediterráneo, con todas las otras lenguas románicas desde el Atlántico al Adriático, que formarían la que llama "Romania *continua*".[18] Por su parte, Tagliavini la reparte en cuatro grupos: el iberorromance, con el español, el portugués y en parte el catalán; el galorromance, con el francés, el franco-provenzal, el provenzal y en parte el catalán; el italorromance, con el italiano, el sardo, el ladino (o reto-románico) y en parte el dálmata; el balcanorromance, con el rumano y en parte el dálmata. "Esta división tiene sus defectos, y no podía ser de otro modo", dice el propio Tagliavini;[19] reconocimiento generalmente hecho respecto a las suyas por todos los autores de clasificaciones, tanto más si de los grupos y sus lenguas se desciende al universo de los dialectos que comprenden.

En el periodo medieval de constitución de las lenguas románicas, pasa el proceso por tres grandes momentos: la aparición de las mismas como lenguas sólo habladas, en rigurosa continuidad del latín vulgar pero ya diferentes de él, "al cabo —en el decir de Wartburg— de los tres siglos de agita-

[18] Lorenzo Renzi, *Introducción a la filología románica*, trad. de Pilar García Mouton, Madrid, Gredos, 1982, p. 240.

[19] Tagliavini, *op. cit.*, p. 478. En la exposición de este autor, el ordenamiento de los grupos se enuncia en forma inversa, de Este a Oeste.

ción consiguientes a la invasión de los germanos";[20] sus primeros testimonios escritos —principalmente políticos, jurídicos o religiosos— desde luego posteriores, pero registrables por lo menos desde el siglo IX; en fin, sus primeros monumentos literarios en el sentido de bellas letras. Singular significación tienen éstos en los tres mayores idiomas nacionales de toda la Romania: el francés, el español y el italiano, impuestos con ese carácter nacional por el predominio respectivo de los originarios dialectos franciano (o fráncico), castellano y toscano, desde los influyentes centros urbanos de París, Toledo y Florencia. Así, yendo a las cumbres literarias del periodo, la *Chanson Roland*, de alrededores del 1100; el *Cantar del Mío Cid*, del siglo XII, la *Divina Comedia*, del XIV.

Se ha visto antes que la toma de conciencia de la existencia de los idiomas románicos, es ubicable en el tránsito del siglo VIII al IX. Pues bien, no obstante su ulterior desarrollo varias veces secular, la toma de conciencia genealógica de que derivaban ellos del latín, no se alcanzó durante toda la Edad Media. Todavía en los primeros años del siglo XIV no llegó a tenerla el propio Dante. Abordando entonces en forma expresa la materia lingüística, advirtió, sí, el parentesco entre las tres principales lenguas románicas occidentales que se le ofrecían

[20] Wartburg, *op. cit.*, p. 193.

a su horizonte cultural: el italiano, el francés y el provenzal, prolongado éste en la península ibérica. Supuso aun su descendencia de una común lengua anterior. Pero esta lengua desconocida no era el latín, visto por él como un producto artificial de los doctos, como una gramática, no sujeta a los cambios de las lenguas vivientes.[21]

Será en la primera mitad del siglo XV que Poggio Bracciolini establezca: "que directamente del latín descendían el italiano y las demás lenguas romances [...] incluyendo, por primera vez, el rumano".[22]

Pero es ya en el Renacimiento que nos encontramos. En el Renacimiento, cuando una nueva fundamental etapa se inicia para la Romania.

5. Dos grandes paradojas medievales del nombre Romania

Deliberadamente hemos dejado para este sitio la consideración de un hecho —notable en el asunto que nos ocupa— que da carácter al periodo tratado en el parágrafo anterior: el desuso en que durante el mismo cayó el término Romania como deno-

[21] Tagliavini, *op. cit.*, p. 52. Véase también Lorenzo Renzi, *op. cit.*, pp. 39-41.

[22] Tagliavini, *op. cit.*, p. 53, n. 11.

minación global del Occidente neolatino, es decir del Occidente que, si bien en condiciones nuevas, permaneció romanizado. De ese hecho iban a derivar dos grandes situaciones paradójicas. Volvamos una vez más al clásico artículo de G. Paris de 1872, titulado "Romani, Romania". A cierta altura dice del término primero:

> El nombre de *Romani* no se mantuvo más allá de los tiempos Carolingios. La fusión de los conquistadores germanos con los romanos, la adopción por ellos en Francia, en España, en Italia, de la lengua de los vencidos, hizo desaparecer del antiguo imperio de Occidente una distinción tan general, reemplazada por los nombres especiales de las naciones que se formaron de los restos del imperio de Carlomagno.

Y más adelante, del término segundo:

> La expresión de *Romania* permaneció en uso hasta los tiempos Carolingios, y retomó aún, sin duda, una nueva boga cuando Carlomagno hubo restaurado el *imperium Romanum* […]. Pero cuando el imperio hubo pasado a los reyes de Alemania, la palabra *Romania* parece haber designado especialmente la parte de sus estados que no era germánica, a saber la Italia. En fin, el nombre de Romania terminó por no designar más que la provincia que lleva todavía el nombre de Romaña, y que corresponde al

antiguo exarcado de Rávena —última posesión en Occidente de la Romania bizantina.[23]

La expresión "Romaña" subsiste en la Italia actual —*Romagna*— como denominación de la misma región. "¡Tal es la única reliquia occidental del glorioso nombre Romania!", exclama Tagliavini.[24]

El término Romania habría tenido otras aplicaciones medievales igualmente restringidas. Opina el mismo G. Paris: "Se puede suponer que la palabra Romania designaba propiamente las posiciones de la Iglesia alrededor de Roma".

También: "Para los bretones, la Romania es el país romano más vecino, es decir la Galia, y ellos la llaman así, aun, hasta después de reinar allí los francos desde hacía mucho tiempo, por lo menos hasta el siglo VII.[25]

Añade a su vez Tagliavini que para los longobardos la Romania era el país romano más vecino en la península Itálica, con la insistente oposición entre *Romania* y *Longobardia*. La designación del exarcado de Rávena con el primero de esos términos, no habría sido sino un caso particular, históricamente privilegiado por su dependencia bizantina.[26]

[23] Paris, *op. cit.*, pp. 6, 15 y 16.
[24] Tagliavini, *op. cit.*, p. 240.
[25] Paris, *op. cit.*, p. 16, n. 4.
[26] Tagliavini, *op. cit.*, pp. 239 y 240.

Acaso ninguna condensación más feliz que la de Monceau en su citado estudio de 1920:

> Pasado el tiempo de las grandes invasiones, el Imperio romano, sobre todo en Occidente, no fue más que un recuerdo: pero un recuerdo tanto más caro a los grupos dispersos de las poblaciones romanas, o romanizadas, que habían logrado hacer fracasar más o menos a los conquistadores. De donde una aplicación nueva de la palabra *Romania*. Desde el siglo VI designó especialmente, en Occidente como en Oriente, a las diversas regiones privilegiadas, a menudo separadas entre sí o completamente aisladas, en que las poblaciones de lengua griega o latina habían encontrado un refugio, y que formaban en medio de la ola de los bárbaros, como islotes de civilización romana. De acuerdo con esto, se comprende que el nombre, según los lugares y los tiempos, según las preocupaciones de los habitantes como de los cronistas, haya sido dado a regiones muy diferentes, muy alejadas las unas de las otras. Romania, en Oriente, era tanto el Imperio bizantino considerado en conjunto, como tal o cual provincia; era, por ejemplo, el país de los bordes del Danubio que se ha vuelto la *Rumania*, o la parte de la península de los Balcanes que se ha llamado luego la *Rumelia,* o los distritos del Asia Menor que habían escapado al yugo de los persas, de los árabes o de los turcos. En Occidente, Romania era

los alrededores de Roma, el territorio de la Iglesia romana, o las provincias septentrionales de Italia que habían resistido el empuje de los lombardos, particularmente el antiguo exarcado de Rávena, la *Romaña.* Para ciertos autores era la Galia, donde, a pesar de las invasiones, parecía mantenerse la tradición romana; era especialmente la parte de la antigua Helvecia (oeste y sur de Suiza) que continúa siendo el país *romand* [la Suiza de lengua francesa, diferenciada de la de lengua "romanche" o "retorrománica"]. Otras regiones todavía han sido designadas accidentalmente por el mismo nombre de *Romania,* cuya extensión y aplicación varían según las circunstancias o según el punto de vista de los cronistas, pero cuyo empleo implicaba siempre la idea de una supervivencia del pasado.

En inmediato punto y aparte, concluía el mismo Monceau:

En resumen, en tanto que duró el Imperio romano, *Romania* fue simplemente un equivalente popular de "*romanum imperium*". Para las generaciones que asistieron al hundimiento del mundo antiguo, fue la "civilización romana". Más tarde, fue el nombre genérico de todas las regiones —restos del gran Imperio de antes— donde se conservaban bien que mal las tradiciones de aquel antiguo mundo. La historia de esta palabra, que aparece hacia el 330 bajo

Constantino, está en relación con la historia misma de la civilización romana.[27]

Así como se ha hablado de *fragmentación lingüística* de la Romania en tanto que comunidad histórica y humana, cabe hablar de una paralela *fragmentación toponímica* del propio término Romania, en el área occidental. La gran comunidad a que había respondido, conservaba en lo cultural una forma de unidad profunda o subterránea; pero del término mismo, como de un viejo templo, sus

[27] P. Monceau, "Orígenes e historia de la palabra *Romania*", en *Bulletin de la Societé Nacionale des Antiquaires de France*, 1920, pp. 156 y 157. La antinomia genérica Romania-Barbaria, surgida en los últimos tiempos del Imperio, culminó en el inmediato periodo genésico de la más alta Edad Media, para ir dando paso luego a otras antinomias más restringidas, a la vez que más o menos duraderas, conforme a la fragmentación lingüística y toponímica de la Romania. Pero antes de desvanecerse aquella antinomia genérica, alcanzó a expresar formas de convergencia e interpretación, más características de las etapas posteriores. Así, en el mismo temprano siglo VI, con referencia al dualismo francés del norte y el sur, el poeta Venancio Fortunato dirigía estos versos al rey merovingio Cariberto:

A quien de un lado aplaude la Barbaria y del otro la Romania.
En distintas lenguas resuena una única alabanza para este varón.
(Debemos la cita al profesor Guido Zannier, de la Universidad de la República, Montevideo).

fragmentos fueron dispersándose y extraviándose al paso de los siglos.

En cualquier caso, permanece cierto el hecho de que en el transcurso de la Edad Media, en particular después del periodo carolingio, el nombre Romania perdió en Occidente —no obstante la filiación latina, y por lo tanto romana, de las nuevas lenguas y naciones— el alcance de conjunto que había tenido en tiempos del viejo Imperio.

Ese alcance de conjunto —aunque tuviera también aplicaciones particulares— se conservó en cambio intacto, y en cierto sentido se fortaleció, en la Romania oriental, la del Imperio de Oriente, con su capital en Constantinopla. A una punta frente a los germanos y los eslavos, a la otra frente a los turcos, los bizantinos se sintieron representantes y continuadores de la civilización romana, más que de la helénica. Es decir, se sintieron la *Romania,* o *Romanía.* Como lo vimos en su lugar, *Romaioi* se llamaron ellos mismos, y *romaico* llamaron a su idioma, no obstante seguir siendo éste el griego. Semejante contraste entre Occidente y Oriente, es la primera gran paradoja del destino medieval del nombre Romania.

Una segunda sobrevino mucho más tarde, por retroactivo efecto historiográfico. Aunque de significación también medieval, no vino a ocurrir sino en el siglo XIX, con incalculables consecuencias, en parte en el terreno científico, en parte en el cultu-

ral, empleado este último término en la más amplia de sus acepciones.

Cuando a principios del siglo XIX se inició el estudio, genéricamente filológico y específicamente lingüístico, de las lenguas descendientes o continuadoras del latín, por diversas motivaciones convergentes se las llamó ante todo *lenguas románicas*. Razones había, en el juego de las connotaciones, para eludir la adjetivación de "romanas", más directamente desprendida del término Roma. La adjetivación a que entonces se apela —sin entrar aquí en la diferenciación del viejo latín entre *romanus* y *romanicus*— tenía diversos antecedentes medievales y modernos en regiones culturalmente influyentes. Esa inicial denominación colectiva de las lenguas que no tardaron en ser llamadas también neolatinas, fue un primer paso. El siguiente se dio cuando, ya en la segunda mitad del siglo, se exhumó el viejo nombre *Romania* para designar —en ascendente pero lógica genealogía léxica— el conjunto de dichas lenguas y la civilización representada por ellas.

Escribe Tagliavini: "La ciencia moderna ha elegido el nombre de *Romania* para designar el complejo del mundo neolatino, donde se hablan las lenguas romances que son directa prolongación del latín".[28]

[28] Tagliavini, *op. cit.*, p. 243.

Pensaba, sin duda, en la fundación de la revista *Romania* en 1872, y lo dicho a su frente por G. Paris: "*Romania* es una palabra bien elegida para designar el dominio de las lenguas y las literaturas románicas, y es en este sentido que nosotros la empleamos".[29]

Un siglo después, bien cerca nuestro, reitera Charles Camproux en 1974: "Se designa lo más a menudo con el término *Romania* el conjunto lingüístico del mundo románico".[30]

Volvamos los ojos al periodo medieval poscarolingio —siglos X al XV— de cristalización y consolidación del "mundo neolatino", o "mundo románico", a través de "las lenguas y literaturas románicas", para decirlo con expresiones de los pasajes muy posteriores que acabamos de citar. Resulta en verdad paradójico que hoy el nombre *Romania*. —desaparecido entonces con el alcance de denominación global de la vieja civilización latina del Imperio Romano con que había surgido en la antigüedad clásica— designe de preferencia a ese mundo de formación medieval, anchamente prolongado y extendido a todos los continentes, en

[29] Paris, *op. cit.*, p. 16.

[30] Camproux, *op. cit.*, p. 5. Véase también E. R. Curtius, *Literatura europea y Edad Media latina*, México/Buenos Aires, FCE, 1955. "[…] En el lenguaje científico actual, el término Romania se aplica al conjunto de países en que se hablan las lenguas romances", p. 54.

el plano de la conceptuación filológica, en las épocas moderna y contemporánea.

Aparte de las dos apuntadas, nuevas paradojas reservaría la historia al nombre Romania en los siglos posteriores.

IV. La Romania en la Edad Moderna

En el Nuevo Mundo, la Romania se ha anexado inmensos territorios.

Gaston Paris, 1872

Tenemos así una Romania perdida *[…] y una* Romania nueva*, fruto de la colonización por naciones que hablaban lenguas romances.*

Carlo Tagliavini, 1949

La Romania nueva *es debida sobre todo a la expansión del español, del portugués y del francés. El italiano ha tenido esencialmente una influencia cultural.*

Charles Camproux, 1974

La Romania nueva *comprende los territorios de lengua románica que no fueron latinizados, pero a los que se llevó más tarde una lengua románica.*

Lorenzo Renzi, 1976

1. La Romania perdida y la Romania nueva

Desde que a mediados de este siglo, tituló Tagliavini "Romania perdida y Romania nueva" a uno de los apartados de su notable obra *Orígenes de las lenguas neolatinas*, la distinción en dichos términos se ha vuelto de uso común. Quede establecido desde el comienzo que hace referencia sólo a la Romania de Occidente, en el sentido amplio comprensivo de Rumania, con exclusión completa de la grecófona Romania de Oriente, o del Imperio Bizantino. Subsistente esta última como Romania, en su área, hasta la caída de Constantinopla en 1453, tuvimos que situarla en su momento; pero no nos ocupará en adelante a no ser por ocasional alusión histórica.

Si no enunciada de esa manera, la idea de tal distinción entre "Romania perdida y Romania nueva", estaba ya bien nítida en el tan recordado artículo de G. Paris, en 1872. Ulterior desarrollo le dieron otros romanistas, de los cuales el más inmediato, tal vez, fue el prominente W. Meyer-Lübke, ya en 1889, en pasaje que él mismo ampliaría después. Habrá oportunidad de volver sobre uno y otro a propósito de este punto.

La formulación está consagrada. No obstante, es preciso aclararla, porque así, sin más, se presta a equívocos. Por "Romania nueva" se entiende

ahí la Romania "fruto de la colonización por naciones que hablaban lenguas romances", al decir de Tagliavini: "los territorios de lengua románica que no fueron latinizados, pero a los que se llevó más tarde una lengua románica" al decir de Renzi.[1] En una palabra, la Romania expandida más allá del Mediterráneo después del Renacimiento, a lo largo de los tiempos modernos y contemporáneos.

En realidad la primera —aunque nunca, que sepamos, se la haya llamado así— "Romania nueva", fue la que se constituyó en la Edad Media, sin conciencia suya como tal, en el espacio geográfico abarcado por las lenguas románicas, o romances, o neolatinas. Se constituyó ella como heredera y continuadora de la originaria, surgida en los últimos siglos del Imperio Romano, idiomáticamente asentada en el latín y sobreviviente durante un tiempo a la propia antigüedad clásica.

Consabida es la dificultad de establecer el exacto deslinde cronológico entre una y otra, atento a lo complejo y confuso del proceso multisecular de transición. Pero desde que en la Alta Edad Media el latín se convierte en lengua muerta como habla popular, convertido en el universo de dialectos que él engendró, corresponde distinguir entre *Romania*

[1] Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, trad. de J. Almela, México, FCE, 1981, p. 244; Lorenzo Renzi, *Introducción a la filología románica*, trad. de Pilar García Mouton, Madrid, Gredos, 1982, p. 212.

vieja y Romania nueva. En términos lingüísticos, las llamaremos *Romania latina* (en sentido estricto) y *Romania románica* (o neolatina).

2. La Romania Latina y la Romania Románica

Con carácter general, en la condición de pareja terminológica de uso corriente, no se hace la formulación de "Romania vieja y Romania nueva". Trasladada a nomenclatura lingüística —la decisiva en el caso— tampoco se ha impuesto en igual condición la existente de hecho entre *Romania latina* (en sentido estricto) y *Romania románica* (o neolatina).

La segunda distinción o contraposición, es todavía mucho más expresiva del punto de vista semántico, a la vez que operativamente mucho más útil. Así, cuando se habla —cosa, sí habitual— de "Romania perdida y Romania nueva", viene a resultar que la "Romania perdida" hace referencia a la antigua área geográfica de la *Romania latina*, perdida en los primeros siglos medievales una parte de la misma, al tiempo que en el resto se constituía la *Romania románica*; mientras que la llamada "Romania nueva" alude a un ensanche geográfico sobrevenido a la *Romania románica* en la modernidad, muchos siglos después de su constitución definitiva. La verdad es que la tan usual pareja ter-

minológica "Romania perdida y Romania nueva", sin ser arbitraria —y poseyendo por convención validez plena— carece de una correspondencia conceptual clara del punto de vista histórico.

En la misma, en efecto, la expresión "perdida" es unívoca, en tanto referida a la vieja Romania latina, pero la expresión "nueva" es equívoca. La Romania "nueva" que ahí se menciona, lo es a segundo grado: en rigor, se trata de una "nueva Romania nueva".

Se pudo, por lo tanto, a partir de la básica distinción entre *Romania latina y Romania románica* (verdaderas "Romania vieja y Romania nueva"), haber formulado aquella pareja, por ejemplo así: "Romania perdida y Romania incorporada", perdida la primera por la *Romania latina* del siglo V al VIII, incorporada la segunda por la *Romania románica* del XV en adelante. No es por prolijidad que nos hemos detenido en estas puntualizaciones; como ha de verse, son vitales para nuestro asunto.

Introduciendo a la fijación de la que se iba a llamar después "Romania perdida", decía G. Paris en 1872:

> La Romania, del punto de vista de la civilización y del lenguaje, comprendía antes, cuando su mayor extensión, el Imperio Romano hasta los límites en que comenzaba el mundo helénico y oriental, o sea, la Italia actual, la parte de Alemania situada al sur del Danubio, las provincias entre ese río y Grecia,

y, sobre la orilla izquierda, la Dacia; la Galia hasta el Rhin, Inglaterra hasta la muralla de Septimio Severo; España entera menos las provincias vascas, y la parte septentrional de África. Grandes pedazos de este vasto territorio le fueron arrebatados, sobre todo por los alemanes. Cierto es que varios países antes romanos donde se habla ahora el alemán, no habían sido nunca completamente romanizados.[2]

Obviamente, se ha referido sólo a la Romania Occidental, la única lingüísticamente latinizada. Con el mismo alcance, pormenoriza Camproux:

En el momento en que iban a producirse las invasiones bárbaras, la latinización era menos fuerte naturalmente en las regiones excéntricas del *Imperium*, ingresadas más o menos tardíamente en la comunidad romana. A consecuencia de las invasiones, *la Romania perdió:* Gran Bretaña, las regiones flamencas y rhenana, la zona alemana de Alsacia y del norte de Suiza, la región de los Alpes bávaros, los Balcanes y la región danubiana (salvo los grupos importantes que debían constituir la Rumania), África del Norte.[3]

[2] Gaston Paris, "Romani, Romania", en revista *Romania*, núm. 1, París, 1872, pp. 16 y 17.

[3] Charles Camproux, *Las lenguas románicas*, París, 1974, p. 110.

Importa recordar que al preponderante factor germano se unió parcialmente en el Este el eslavo, y con más significación, en el Oeste el árabe. Este último elemento fue el que, con posterioridad a los vándalos germanos y al breve pasaje de los bizantinos, separó en definitiva de la Romania al África noroccidental; y durante varios siglos, a partir de principios del VIII, a España, cuya "Reconquista" iniciada en el XI, no culminó sino a fines del XV, con la caída de Granada en 1492.

Por el caso árabe en la península ibérica, extendido durante un corto tiempo al sur de Francia y con más detención a Sicilia, cabe hablar —además de una Romania "perdida" y una Romania "nueva" (o "incorporada") — de una *Romania recuperada*. Recuperada dentro del marco de la época de formación y definición de las lenguas neolatinas: perdida como latina, recuperada como románica.

En esa Romania "recuperada" debe recordarse que regiones de Sicilia y del sur de Italia, soportaron en los primeros siglos medievales, antes de caer en poder árabe, el dominio del Imperio bizantino, por lo que habían vuelto a ser grecófonas como en los primitivos tiempos de la colonización dórica. Y todavía, al concepto de Romania "recuperada" debe sumarse en el ámbito germano, aquella a que se refiere G. Paris cuando dice:

> No sólo absorbió a todas las tribus germánicas que penetraron en el corazón de su territorio, sino que hizo retroceder en todas partes las fronteras que le había impuesto la época de las invasiones. En casi todos los puntos en que entró en contacto con el elemento alemán, en Flandes, en Lorena, en Suiza, en Tirol, en Friul, operó un movimiento de avance que le devolvió una parte más o menos grande de su antiguo territorio.

En el mismo pasaje, a continuación inmediata, hace mención especial del caso de Inglaterra:

> En Inglaterra, los normandos romanizados reconquistaron el país durante siglos para el mundo románico, y su lengua no cedió a la de los sajones más que mezclándose a la suya en proporción tal que el estudio de la lengua y de la literatura inglesa, es inseparable del de las lenguas y literaturas románicas.[4]

En la misma línea, mucho más cerca nuestro, Alberto Várvaro explica de esta manera el asunto de su obra *Literatura románica en la Edad Media*:

> Se trata de las literaturas italiana, francesa, provenzal, catalana, castellana y gallego-portuguesa. Las

[4] Paris, *op. cit.*, p. 19.

literaturas rumana y retorromance no tuvieron fase medieval. Téngase en cuenta que el área lingüística que llamamos francesa incluye solamente la mitad norte de Francia y también la actual Inglaterra, en la que, tras la conquista normanda de 1066, el francés fue la lengua de las clases altas y de casi toda la producción literaria hasta por lo menos el siglo XIV. La mitad meridional de Francia pertenece al área provenzal.[5]

Merece referencia aquí un singular caso de "Romania recuperada", no ya por un idioma románico, sino por el *latín mismo*. Constituyó una recuperación (y en parte expansión), diríamos vertical, por su carácter social antes que territorial. Tiene relación la general imposición medieval y moderna, hasta cierta altura de la modernidad —de la mano de la Iglesia— del latín culto en los medios ilustrados de Europa, románicos o no, y también de América durante el periodo colonial. No obstante, se dio este caso en condiciones excepcionales, a la hora de la restauración del Imperio, iniciado el proceso por el propio Carlomagno con la misión de Alcuino y otros latinistas, según se vio

[5] Alberto Várvaro, *Literatura románica de la Edad Media*, trad. de Lola Badía y Carlos Alvar, Barcelona, Ariel, 1983, p. 7, n. 1.

en el capítulo anterior. Walther von Wartburg, registra así los frutos de aquella iniciación:

> Pero de repente, en el siglo X, toma Alemania otro camino. Mientras Francia se mantiene fiel a la idea del Estado nacional, Alemania se pone al servicio de la idea imperial. Simultáneo al establecimiento del Imperio y en conexión con este hecho, se produce ahora *un aumento del prestigio del latín*. Al tomar sobre sí la carga del viejo Imperio Romano y su herencia, *da Alemania al latín todos los honores y posterga la lengua materna.* En la segunda mitad del siglo X y en el XI, durante la floreciente época del Imperio alemán de los Otones, *retrocede, pues, el alemán frente al latín.* Los alemanes de entonces opinan que sólo es posible una literatura realmente artística, si está compuesta en la lengua común a todos los países, pero extraña al pueblo.[6]

3. La Romania Nueva Moderna

En el apartado que antecede, apenas se puso un pie en los tiempos modernos. Fue necesario volver al medioevo y hasta al mundo antiguo, para me-

[6] Walther von Wartburg, *Problemas y métodos de la lingüística*, trad. de Dámaso Alonso y Emilio Lorenzo, Madrid, 1951, pp. 384 y 385. Las cursivas son nuestras.

jor comprender el sentido que tiene la expresión "Romania nueva", aplicada como lo es en general a la expansión geográfica posrenacentista de las lenguas romances.

Por lo pronto, importa tener presente que se trata de *Romania románica*. Pero como ésta significó a la hora de su advenimiento medieval, una Romania "nueva" respecto a su vieja madre latina, no resulta pleonástico sino aclaratorio, decir, como en el título de este apartado, "Romania nueva moderna" (para no hacer hincapié en la más enfática expresión "nueva Romania nueva").

La inicial, y en cierto modo obvia, observación de que se trata de Romania "románica", requiere dos observaciones complementarias.

En primer lugar, no toda la Romania moderna es la "Romania nueva" en el alcance consagrado por la formulación de Tagliavini. Por supuesto, no dejan de comprenderlo así él mismo y sus continuadores. La *Romania románica europea*, territorialmente montada sobre zonas que pertenecieron a la vieja *Romania latina,* no sólo se continúa en la modernidad, sino que es en el correr de la misma que alcanza su plenitud. Con referencia a la gran mutación medieval que le dio existencia, hemos dicho ya que es la primera —cabe agregar, la verdadera— Romania *nueva*. Pero en el uso consagrado "nueva" es sólo la Romania extraeuropea que después del Renacimiento se le adicionó en otros

continentes; en consecuencia, una parte —la más extensa en lo geográfico, a la vez que la más alejada del tronco originario— de la actual Romania abarcada en su totalidad.

En segundo lugar, esa misma dualidad dentro de la Romania moderna, tiene importantes consecuencias filológicas, y más específicamente lingüísticas.

La Romania románica de nuestros días con asiento europeo en países que en su hora pertenecieron al Imperio Romano, es en forma inmediata que continúa a la vieja Romania europea latina. En otras palabras, está asentada en tierras muy de antiguo romanizadas en la lengua y en la civilización; en tierras sobre cuyo suelo, sin solución alguna de continuidad, la lenta transformación del latín en las lenguas neolatinas se produjo. En términos lingüísticos, diríamos que allí las nuevas lenguas tienen por directo sustrato al latín mismo, con también directa diversificación de los sustratos y subsustratos que en cada región el latín tuvo a su turno.

La llamada "Romania nueva", en cambio, se distribuye por tierras que no fueron anteriormente latinizadas. Resulta, no de un fenómeno natural de cambio lingüístico, sino de un trasplante, llevado a veces muy lejos, de las lenguas romances.

Su gran sustrato histórico sigue siendo el latín, en la medida en que lo es para la Romania romá-

nica europea de la cual procede. Pero de manera indirecta; directamente, esta Romania "nueva" tiene que vérselas en el habla popular —en especial en la toponimia y en el vocabulario de las labores y productos de la tierra— con los más variados sustratos y subsustratos indígenas de todos los continentes. Su relación con ellos presenta analogías con la del latín y los sustratos y subsustratos prerromanos.

La Romania nueva moderna es extraeuropea; lo es apenas con una excepción que señalaremos en seguida.

Extraeuropea había sido ya una parte —si bien pequeña con relación al conjunto— de la Romania latina madre, típica porción después, de la Romania "perdida": la Noráfrica occidental, con su centro en Cartago, región que llegó a ser muy romanizada en la faja costera de Mauritania y Numidia. Vimos, incluso, su papel en Hipona, en torno a San Agustín, con Orosio y Posidio, en el registro documental del advenimiento de la propia palabra Romania.

Grecófonos, en cambio, se mantuvieron entonces los territorios norafricanos al Este de la Cirenaica hasta Egipto, así como todos los asiáticos del Imperio Romano.

Precisamente, en algunos puntos de esa Noráfrica occidental de la Romania "perdida", que allí lo fuera tempranamente en el siglo V, inició su

carrera un milenio más tarde, a fines del XV, la Romania nueva moderna.

El año 1492 de la caída de Granada y el Descubrimiento de América, fue también el de la expulsión de los judíos de España. Parte de ellos se instaló en la inmediata costa africana, mientras otra parte lo hizo en ciudades europeas del Mediterráneo oriental, principalmente de Grecia, Macedonia, Turquía. Lo hicieron, desde luego, con su religión y su cultura, pero en particular con su lengua española materna, que de ellos recibió el nombre de *sefardita*. Esta lengua judeoespañola, en general conservada hasta nuestros días en los mismos lugares, fue, así, la primera lengua neolatina transplantada fuera de la Romania románica medieval, sin llegar a salir de Europa en algunos de sus asentamientos. Anotemos al pasar la coincidencia con Hispanoamérica, en ciertos casos de ésta —más allá de tantas diferencias— de mantener vivos vocablos del español vueltos arcaicos en la península.

Sin embargo, la gran Romania nueva moderna —habitualmente la única considerada como tal— no sólo es extraeuropea, sino ultramarina respecto al continente de origen. Con relación a la materna Romania románica europea, tendrá otra amplitud y otro carácter, si bien será siempre tan estrecho como directo su nexo con ella.

En tal sentido, el vínculo de esta última con la vieja latina, materna suya a su vez, sólo es más

fuerte en la medida en que el escenario geográfico ha seguido siendo el mismo a través de las edades, con tantas consecuencias de todo orden; pero desde el punto de vista lingüístico estricto, su parentesco mayor es con la Romania moderna ultramarina, por la decisiva participación común en las lenguas neolatinas. Múltiples consecuencias tendrá también este hecho, no sólo en el terreno de la filología y la lingüística.

El reconocimiento por la filología de la Romania nueva moderna (o Romania "incorporada"), fue varios siglos posterior al de su existencia como hecho histórico; pero, en verdad, bien inmediato al científico de la propia Romania románica europea como entidad filológica, reconocimientos ambos enmarcados en el siglo XIX.

Con carácter oficial o no; con avances y retrocesos, aunque más con los primeros que con los segundos; con mayor o menor área geográfica, lenguas románicas, fuera de Europa, se hablan en las dos Américas, en África, en Asia, en Oceanía. A propósito de esta última, de notorio predominio románico francés, curiosa resulta la circunstancia de que la vigencia del español en la célebre Isla de Pascua, de la Polinesia, perteneciente a Chile desde 1888 como parte de la comuna de Valparaíso, no es fruto directo de una expansión de la Romania europea, sino, a segundo grado, de América Latina.

Finalmente, no se podría dejar de recordar aquí los diversos enclaves románicos en ajenos orbes lingüísticos de todos los continentes, enclaves de los cuales los más importantes, al par que crecientes, son, tal vez, los de la América Sajona: franceses en Canadá, hispanos en Estados Unidos, en particular.[7]

4. El Nombre Romania en la Modernidad

En alguna medida como fondo histórico de lo que queda establecido, pero sobre todo como preparación del cuadro a que corresponderán los desarrollos siguientes, importa fijar la situación en que el nombre Romania se encontraba en la segunda mitad del siglo XVIII, en el corazón de la modernidad. Empezaban a darse los primeros pasos de la profunda mutación que sobre el conocimiento del mundo románico se iba a operar en el siglo XIX.

Del nombre mismo Romania, referida ésta a la Europa occidental, se había perdido toda me-

[7] Sobre la planetaria expansión románica, véase en particular el volumen *Mil millones de latinos en el año 2000,* detallado y actualizado estudio de demografía lingüística ilustrativos mapas, cuadros y gráficos, realizado bajo la dirección de Philippe Rossillon y publicados por la UNIÓN LATINA, París, Ediciones L´Harmattan, 1983, 359 pp. Asimismo Georges Duby *et al*., *Civilización latina*, España, 1989.

moria. En el siglo XVII, un diccionario de tanta autoridad como el *Glossarium* (1687), del erudito francés C. Du Cange, circunscripto desde su título a la "media y baja latinidad" en la palabra *Romania* consignaba escuetamente: "el imperio de Oriente" (Tomo IX de su reedición de 1887).

Hasta donde llegan nuestras comprobaciones, se ha pasado por alto por los romanistas que han estudiado el proceso histórico del nombre Romania, el concepto que de la misma presentaba la clásica *Encyclopédie* de Diderot y D'Alembert. Decía en su tomo 29:

> *Romania* (Geog. mod.) o Romalia, o Rumelia, provincia de Turquía europea, limitada al norte por Bulgaria, al sur por el Archipiélago y el mar de Mármara, al levante por el Mar Negro y al poniente por la Macedonia. Antes, por la *Romania* se entendía generalmente, como lo ha notado Selden, todo el país que poseían los emperadores griegos, sea en Europa, sea en Asia o en África. Preferentemente la palabra Romania designa en general todo lo que los Turcos poseen en Europa, y particularmente la Tracia, Bulgaria, Macedonia, Tesalia, Grecia y algunas otras comarcas.

Analizada esta conceptuación, resulta que para los enciclopedistas, "antes" se entendía generalmente por *Romania* el imperio bizantino euro-asiáti-

co-africano, o sea la Romania Oriental en su sentido propio, que conservó dicha denominación, como ya vimos, hasta la caída de Constantinopla a mediados del siglo XV; mientras que en su presente —segunda mitad del siglo XVIII— la palabra tenía dos correlacionadas acepciones geográfico-políticas: *a)* una restringida, equivalente a Romelia o Rumelia,[8] provincia de la Turquía europea; *b)* otra amplia aunque siempre significativa del dominio turco europeo: todo lo que los turcos poseen en Europa, y particularmente la Tracia, Bulgaria, Macedonia, Tesalia, Grecia y algunas otras comarcas.

Para nada se menciona en el *antes* a la originaria *Romania latina* de la Antigüedad, y menos a la *Romania románica* medieval, que, ella misma, había perdido por el camino el nombre de Romania. En cuanto al entonces presente, para nada tampoco se hacía aplicación de dicho nombre —porque nunca había sido de uso— a la Romania románica moderna, ni en su forma europea, ni, con más razón, en su forma de expansión extraeuropea desde el Renacimiento: aquella que con tanta profusión es científicamente llamada en nuestros días la "Romania nueva".

Nada más elocuente en la materia, que esta óptica de la inteligencia francesa dieciochesca en

[8] Se ha discutido el origen latino o no latino del nombre *Rumelia*. Véase Tagliavini, *op. cit.*, pp. 240 y 241, n. 27.

su parte más avanzada, o, diciéndolo con todo su sentido de época, más *ilustrada*. Sin culpa suya, por supuesto, ni la más remota idea parece —o demuestra— haber tenido de la primigenia *Romania latina* ni de su derivada la *Romania románica*, sus grandes ancestros. De ahí que al denominar *Romania* a la revista de filología románica fundada un siglo más tarde por P. Meyer y G. Paris, dijera este último: " […] el bello nombre desde hace mucho tiempo olvidado". El "glorioso nombre *Romania*", que dijera a su vez Tagliavini otro siglo después.[9]

Sin embargo, la restauración de ese nombre, vuelto de amplio empleo en nuestro siglo, más que un punto de partida fue entonces un desenlace. El desenlace de un verdadero renacer de la Romania románica, llevado a cabo desde comienzos de la pasada centuria. Lo filológico desempeñó un verdadero papel fundante, convirtiéndose al fin en su espina dorsal. Pero fue en su conjunto un fenómeno mucho más complejo, con muy diversas proyecciones en la historia política, en el derecho, en la literatura, en el arte. En el tránsito de la Edad Moderna, o de los Tiempos Modernos en sentido estricto, a la Edad Contemporánea, una forma de Segundo Renacimiento.

[9] Paris, *op. cit.,* p. 22; Tagliavini, *op. cit*., p. 240.

A ese renacer de la Romania románica debió su nombre, por vías inesperadas la América Latina.

Renacimiento de la Romania románica en el siglo XIX

I. UN SEGUNDO RENACIMIENTO

No hay, pues, en la Europa literaria más que dos grandes divisiones muy marcadas: la literatura imitada de los antiguos y la que debe su nacimiento al espíritu de la Edad Media.

MME. DE STAËL, 1810

[…] han dejado [los alemanes] el nombre de clásica a toda la literatura que sigue o pretende seguir la escuela de los griegos y de los romanos; pero […] apegándose a los recuerdos de la Edad Media, han creído encontrar más poesía en sus propias antigüedades que en las de un pueblo extranjero, […] han dado a esta poesía el nombre de romántica, porque la lengua románica era la de los trovadores.

SISMONDE DE SISMONDI, 1813

1. El Renacimiento Románico

El Renacimiento por antonomasia, con su eje histórico en el siglo XV, lo fue, en lo esencial —más allá de sus otros ingredientes históricos— de la antigüedad clásica greco-latina. Tuvo diversas anticipaciones, algunas tempranas.

Ante todo, desde la Aquisgrán de Carlomagno, el llamado Renacimiento Carolingio, del siglo VIII al IX, renacimiento limitado a la latinidad, incluida la pagana, no dejó de serlo a su vez según lo vimos en su oportunidad, de la vieja Romania de fines del Imperio, a la hora en que con la muerte del latín vulgar como lengua del pueblo, se estaba transformando definitivamente en la nueva Romania románica.

Otras formas de anticipación tuvieron lugar. Tales, desde la Córdoba de Maimónides y Averroes en el siglo XII, y desde Toledo de la "Escuela de Traductores" en el mismo XII y de Alfonso el Sabio en el XIII, la introducción judeo-árabe de Aristóteles y los neoplatónicos en Occidente, y el remozamiento y reformas del viejo Derecho Romano. Nada se diga de aquellas expresiones artísticas, filosóficas y científicas del siglo XIV, que de alguna manera anunciaban la próxima reválida que del mundo clásico iba a hacer el Humanismo.

Así como anticipaciones, tuvo el Renacimiento, más acá del recordado eje del siglo XV, prolongaciones directas en los XVI y XVII, siglo este

último de culminación del espíritu renacentista en su sentido propio. Pues bien, ya desde estas prolongaciones se fueron dando esporádicas manifestaciones prefiguradoras de un muy diferente Renacimiento: un verdadero Segundo Renacimiento, que no será ya de la Antigüedad greco-latina sino de la Edad Media románica.

Semejante Renacimiento de la Edad Media románica alcanzó su plenitud en el siglo XIX. Vino entonces a significar el Renacimiento de la Romania misma, desde luego la románica, o romance, o neolatina, en que se metamorfoseó cuando el medioevo la antigua Romania latina. En un primer momento —primera mitad del siglo— el Renacimiento de dicha Romania lo fue como compleja realidad histórica, exhumada en la diversidad de sus aspectos; en un segundo momento —segunda mitad del siglo— lo fue en su nombre mismo, cuyo olvido, en tanto que nombre, no ya en los tiempos modernos sino en la propia Edad Media occidental, ya hemos visto.

De ese Renacimiento de la *romanidad* medieval, rápidamente se pasó, por un proceso de alquimia histórico-cultural que será preciso analizar, a un Renacimiento de la *latinidad* a secas, muy genéricamente entendida. Fue en ese marco que ya en el siglo XIX, pero no antes, se produjo el advenimiento de dos adjetivaciones que constituyeron entonces verdaderos neologismos: la de *Europa latina* en la segunda década del siglo, la de *América latina* —ad-

jetivación pronto sustantivada en el nombre compuesto *América Latina* — apenas lustros más tarde.

Fundándose tal "latinidad" europea y americana, no directamente en el estricto latín, sino en la cultura de expresión neolatina —aunque no dejara nunca de respaldarse en la epónima tanto como materna latinidad antigua— se comprende la importancia que para nuestro asunto tiene el Renacimiento de la Romania románica, el Segundo Renacimiento. Nada de digresivo tiene su sitio aquí. Sin su consideración, quedará siempre sin explicarse, y mucho menos comprenderse —diríamos aun, sin sentirse empáticamente— el advenimiento histórico a la vez que el raigal fundamento del nombre América Latina.

La determinación de los orígenes, desarrollo y características del Renacimiento de la Romania medieval en el siglo XIX, impone la necesidad de tomar en cuenta aspectos de la misma que deliberadamente omitimos en su momento. Es ahora cuando se está en condiciones de alcanzar todo el sentido de su papel en los avatares de la latinidad en los tiempos contemporáneos.

2. La Provenza, corazón del Segundo Renacimiento

El Renacimiento de la Romania románica tuvo diversos centros de iniciación, ya discernibles a fines

del siglo XVIII. Algunos de ellos en áreas no románicas, siendo en especial significativo el caso de Alemania. Pero todos giran en torno a un poderoso polo de atracción: la Provenza medieval.

El profundo interés que despierta, por una parte en lo literario —la poesía de los *trovadores*—, por otra en lo lingüístico —la lengua en que ellos se expresaron—, constituye el verdadero origen de la filología románica. Fue sobre su estudio que a principios del siglo XIX la fundación científica de ésta quedó hecha. Aquel inicial interés, así como otros más lejanos que pasaremos a ver, cumplieron una gran misión, manteniendo y acrecentando una definida corriente espiritual. Pero no es sino al pisar el nuevo siglo que ésta llega a su madurez. A propósito de semejante momento escribe Lorenzo Renzi: "La poesía provenzal pedía ser introducida en la perspectiva de una Edad Media redescubierta y nuevamente valorada; esto no había sucedido hasta entonces".[1]

Cuando el autor citado dice: "esto no había sucedido hasta entonces", no se refiere sólo al provenzalismo del siglo XVIII, aunque éste fuera el antecedente inmediato.

La literatura provenzal en sí misma, en particular su poesía, había tenido su florecimiento en

[1] Lorenzo Renzi, *Introducción a la filología románica*, trad. de Pilar García Mouton, Madrid, Gredos, 1982, p. 51.

los siglos XII y XIII. Fue antes de finalizar la Edad Media que el interés por ella se despertó, a través de reflexiones en parte literarias, en parte lingüísticas, de lo que es gran punto de partida, en 1315, la obra de Dante *De la elocuencia vulgar*, escrita, sin embargo, en latín.

La atracción se acentuó en Italia en el siglo XVI, a raíz de la llamada en la época *Questione della lingua*, larga e intensamente debatida. Se trataba de definir el origen a la vez que el parentesco de las lenguas entonces más en contacto, las de Italia, Francia y España.

Fue en ese siglo, después de la anticipación de Poggio Bracciolini en el anterior, que quedó definitivamente establecido el latín vulgar como fuente verdadera de las lenguas románicas.

Dada la brillantez medieval de la poesía provenzal, en tanto que fundadora de una nueva forma de sensibilidad lingüístico-literaria, no se pudo menos que prestarle particular atención en el seno de aquel mismo debate.

Ya lo había hecho Dante en su citada obra del siglo XIV, que por algo es reeditada y discutida ahora.

También en el siglo XIV lo había hecho Petrarca, con largos años de estancia en Aviñón, gran centro religioso y cultural de la Provenza, entonces con proyección europea en su condición de sede de los Papas; fue allí que conoció a Laura, la

inspiradora de sus *Rimas*. Con esta clase de vínculos personales, había sido continuador de Dante en los más tempranos estudios sobre la poesía provenzal, siendo los suyos ahora —en el siglo XVI— los más vivamente actualizados por los provenzalistas italianos.

De dicho siglo, en esta materia, comenta Renzi: "Éste es el periodo glorioso de la provenzalística italiana, y tiene su centro en Módena".

Agrega, haciendo suyo el juicio de otro investigador de nuestros días: "Hasta cierto punto el prestigio del provenzal se extiende tanto *que no hay humanista serio que pueda prescindir del estudio de la lengua hasta ayer vituperada u olvidada*".[2]

A los estudios en el siglo XVI de los provenzalistas italianos, los Bembo, Castelvetro, Barbieri, Varchi, se añaden en el mismo siglo los de algunos franceses, principalmente Jean de Nostredame, con su *Vida de los más célebres y antiguos poetas provenzales*, publicada en Lyon en 1575. Refiriéndose a esta época escribe Henri Jacoubet:

> Se sabe cómo el gran fervor del Renacimiento por la antigüedad hizo perder totalmente de vista las instituciones y la literatura de la Edad Media […]. Es, sin embargo, al fin del siglo XVI que la erudición emprende volver a aquellas antigüedades de la na-

[2] *Ibid.*, p. 49.

ción, sepultadas en los archivos señoriales y en las viejas crónicas.

Después de mencionar la obra medievalista de un autor Fauchet, que comienza a publicarse en 1582, añade: "A partir de entonces, bajo formas diversas, pero de manera continua, una corriente visible nos lleva hacia la Edad Media".[3]

Distintos estudios ven después la luz en Francia como en Italia en el siglo XVIII; pero es en la segunda mitad del XVIII que alcanzan particular significación con la obra monumental del francés J. B. Lacurne de Sainte-Pelaye (1697-1781), *Historia literaria de los Trovadores*, publicada en 3 vols., en París, 1774, por el Abate Millot. Dejó inédito Lacurne un no menos monumental *Diccionario histórico del antiguo francés*, publicado en diez volúmenes mucho más tarde, entre 1875 y 1882, donde "recoge más de cuatro mil piezas de los trovadores".[4] A su citada *Historia* siguió de cerca la obra de Papón, también París, 1777, *Historia general de la Provenza*.

Apunta todavía Jacoubet:

En 1785 una Sociedad de literatos dedicó al Príncipe de Beauveau el *Diccionario* de Provenza. En

[3] Henri Jacoubet, *Le Comte de Tressan et les origines du Genre Troubador*, París, PUF, 1923, p. XI.

[4] Charles Camproux, *Les langues romanes*, París, PUF, 1974, p. 21.

1786, un *Ensayo sobre la Historia de Provenza* contiene una biografía de los "Provenzales célebres", y los más célebres son siempre los trovadores.[5]

Del mismo modo que el Renacimiento con que se abrió la Edad Moderna fue lentamente preparado por parciales anticipaciones desde Carlomagno, el decimonónico Renacimiento de la Romania románica lo fue por empeños que se remontan —en tanto que incipiente conciencia histórica— por lo menos al siglo XVI. Conforme a lo que antecede, no tuvieron continuidad sistemática, como tampoco fundamentación metódica. Se produjeron, por otra parte, bajo la cúpula arquetípica de la Antigüedad clásica. La propia célebre "Querella de antiguos y modernos", del siglo XVII al XVIII, no llegó a conmover lo que aquella Antigüedad tenía de modélica, tanto que, más allá de aquel episodio del barroco, el racionalismo del Siglo de las Luces tuvo por desenlace la literatura, y en general el arte y la cultura, del llamado Neoclasicismo. La "modernidad" que se oponía a la "antigüedad" —en el sentido en que lo hacía— no era, por cierto, en la Edad Media que se apoyaba, aunque contendores de uno y otro bando extra-

[5] Jacoubet, *op. cit.*, p. 188.

jeran de ella tales o cuales argumentos.[6] Pero por debajo de las formas dominantes —y no sin un modo de continuidad de la misma "querella"— la subterránea corriente medievalista fue labrando su cauce.[7]

Se ha visto como su principal factor de coherencia, el papel de centro o de foco que desempeñó el interés dirigido a la cultura provenzal de la Edad Media. Ese interés se manifestó bajo dos aspectos: el primero, de erudición, que por mucho tiempo fue el único; el segundo, de sensibilidad popular, que sin desplazar al primero se le adicionó luego, ya francamente en el último cuarto del siglo XVIII. Tal conjunción llegaría a dar por fruto entonces —antes de que el siglo feneciera— a las expresiones inaugurales, e incluso al bautismo, del Romanticismo.

Esa prologal insurgencia histórica del Romanticismo, iba a tener lugar, paradójicamente, fuera de la Romania tradicional. Pero como el propio

[6] Sobre la mencionada "Querella" y su bibliografía, véase Gilbert Highet, *La tradición clásica*, trad. de Antonio Alatorre, México, FCE, 1954, t. I, pp. 410-449.

[7] Sobre el proceso del medievalismo del Renacimiento en adelante, véase Lorenzo Renzi, "Tres siglos de provenzalística: del XVI al XVIII", en Renzi, *op. cit.*, p. 47 y ss.; Jacoubet, *op. cit.*, pp. 15-22; Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, trad. de Juan Almeda, México, FCE, 1981, pp. 51-55 y 107-109.

nombre aplicado al movimiento por sus iniciadores, ya lo indicaba, era de dicha Romania que sacaba su inspiración. Y todavía más: la sacaba en particular de la Provenza de los trovadores, considerada entonces el mundo románico por excelencia.

Mucho importa adelantar desde ya una muy obligada aclaración. El específicamente llamado "Renacimiento Provenzal", de la segunda mitad del siglo XIX, que con el paralelo Catalán español formó parte del más amplio *Renacimiento Occitano* de la época, no sólo es un acontecimiento posterior, sino de bien diferente naturaleza. Aunque lo protagonizaran grandes figuras como el provenzal Federico Mistral y el catalán Víctor Balaguer, se trató de un Renacimiento regional en sentido estricto, aun en su conjunto binacional. El que hemos llamado Renacimiento de la Romania románica, o Segundo Renacimiento, originariamente centrado en la exhumación de la Provenza de los trovadores, fue, en cambio, un general movimiento de la conciencia europea al que concurrió —por cierto que de manera decisiva— la Europa no románica. Tanto, que el propio término "Romanticismo", con toda su inocultable etimología, vino a ser de creación germana.

Claro está que aquel posterior Renacimiento Provenzal, como el Occitano de que fue parte, no se hubiera producido en las condiciones en que se produjo, sin la motivación provenzalista de los orí-

genes románticos. Si bien de distinta manera, y por vías también distintas, la Provenza tuvo, así, presencia singular tanto en el prólogo como en el epílogo del Romanticismo europeo.

Será necesario detenerse a continuación en un fenómeno pasado en general por alto cuando de los orígenes del Romanticismo se trata. De muy singular modo contribuyó, sin embargo, a la preparación del Renacimiento de la Romania románica. Fue en torno al mismo que en especial se llevó a cabo, la arriba aludida conjunción de los aspectos erudito y popular en la vuelta de la mirada a la Provenza medieval.

3. El "Género Trovador"

El tema en que entramos tiene un doble interés para nuestro asunto.

En primer lugar, atrae la atención literaria y artística sobre el viejo término provenzal *trovador*, fundamentalísimo en el Renacimiento de la Romania románica. En segundo lugar, revela la actualización —y aún boga— francesa de dicho término desde fines del siglo XVIII, como una forma de iniciación romántica. Particular significado reviste este último aspecto, si se tiene en cuenta que es en Alemania, y secundariamente en Inglaterra, que se centra —no sin razón— el origen formal del Ro-

manticismo, manifestado con carácter también formal en Francia, sólo en los primeros lustros del XIX.

Exhumador de este episodio cultural francés ha sido Henri Jacoubet, en el primer tercio de este siglo.[8] Acudiremos a él, incorporando diversas referencias que resultan definidoras.

Destaca que el Género Trovador —*Genre Troubadour*— "ha marcado apenas su pasaje, tan apenas que se ha desdeñado hacerle un lugar en los tratados más completos". Es que es más bien "un gusto y una moda". Lo que lo caracteriza es sólo una palabra, la palabra *trovador*, "que todo el mundo entiende sin que haya necesidad de explicarla". Sus orígenes son complejos y lejanos, recordando Jacoubet los antecedentes medievalistas que en el campo de la erudición se remontaban al siglo XVI. Por eso apunta:

> Si no es absolutamente él mismo más que en el periodo que va del último cuarto del siglo XVIII a las tres primeras décadas del XIX, se puede decir que desde hacía largo tiempo se anunciaba sin nacer; que existía virtualmente, no esperando sus diversas partes más que ser reunidas para que se revelase viable, por lo menos durante cierto tiempo.[9]

[8] Jacoubet, *op. cit*. Seis años después el autor complementó la materia con otra obra: *Le Genre Troubadour et les origines françaises du romantisme*, París, 1929.

[9] Jacoubet, *op. cit*., p. X.

La hora de la sazón puede quedar fijada por el siguiente comentario de la revista *Mercure de France,* ya en febrero de 1779:

> Se comienza a no temer más el aspecto de los eruditos; se osa remontar a las fuentes; se estudian los antiguos monumentos; se relacionan los hechos, se pesan las autoridades, se compara; se descomponen las lenguas, se sacan de ella nuevas luces; insensiblemente el caos de la historia y de las opiniones humanas se desenreda. Qué de luces han echado ya sobre nuestras leyes y nuestros usos los Montesquieu, los Mably, los Sante-Pelaye, etc. Jamás nuestra antigua literatura fue mejor conocida que lo que lo es hoy por la *Historia de los trovadores,* por la *Recopilación de las Trovas,* por los *Anales poéticos*, y sobre todo por la *Biblioteca Universal de las Novelas.*

A propósito de la empresa mencionada en último término, cuyo título evocaba directamente al mundo románico (Novelas, *Romans*), decía a continuación la misma revista:

> Al ocupar a un gran número de escritores, hace renacer entre ellos el amor al trabajo y el gusto de la erudición; obligados a descifrar nuestros viejos manuscritos, descubren en ellos una multitud de cosas desconocidas hasta hoy; aplicados a meditar sobre las creaciones desordenadas del genio toda-

vía bruto y salvaje, pero fecundo en rasgos felices, observan allí la lengua en su infancia, los progresos del arte, el estado de las costumbres y de la civilización, los caracteres distintivos de los pueblos y de los siglos; ejercitándose en encerrar esos cuadros novelescos [*romanesques*] en un espacio más conveniente, nuestros jóvenes escritores se acostumbran, por otra parte, a la precisión, al método, a la elegancia del estilo.[10]

Expresa por su cuenta Jacoubet:

La reedición de las antiguas novelas y la publicación de obras inéditas coinciden con las primeras producciones del género *Trovador* […]. La palabra designa primero a los poetas provenzales, cuya importancia como iniciadores y padres de nuestra poesía, la historia literaria no podría exagerar […]. A fines del siglo XVIII el nombre *trovador* toma su significación nueva. Para la mayoría del público designa los caracteres de la poesía francesa […] la música va a asociarse estrechamente a las ideas evocadas por esta palabra plástica y la composición *trovador* por excelencia, será la *romanza* [*la romance*]… Puesta siempre bajo el patronato de los trova-

[10] *Mercure de France,* febrero 1779, pp. 179-183, citado por Jacoubet, *op. cit*., pp. 190 y 191.

> dores, la romanza es ya un género a la moda al final del siglo XVIII.[11]

Llamamos la atención en este lugar sobre los términos franceses *roman* (novela), *romanesque* (novelesco), *romance* (forma francesa esta última del español "romanza", canción musicalizada, generalmente amorosa), por todo lo que tienen de filiación léxica *románica,* es decir, por su remisión última a la Romania medieval. Respecto a la popularidad que alcanza entonces el término trovador, con toda su asociación románica, observa Jacoubet:

> El amor propio de los franceses del Norte, encuentra, sin embargo, que se le quiere dar al Mediodía la mejor parte. Los trovadores harán triunfar sus pretensiones, pero no sin lucha […] lo que se puede llamar la querella de los *troveros* y los *trovadores*.[12]

O sea, de los *trouvères y* los *troubadours,* los primeros de la septentrional lengua de *oïl*, los segundos de la meridional lengua de *oc*, la lengua de la Provenza. Históricamente derrotada ésta, había sido el verdadero tronco cultural de toda la Romania del medioevo, francesa y no francesa. Y venía a tener ahora una forma de reivindicación que no

[11] Jacoubet, *op. cit.*, p. XII y pp. 345, 359 y 365.
[12] *Ibid.*, p. 188.

se iba a limitar a Francia, ni aun a la Romania: que iba a ser europea.

El "Género trovador" tuvo su héroe en Luis E. de la Vergne, más conocido por el Conde de Tressan (1705-1783), figura literariamente secundaria entonces y con mayor razón después, aunque al final de su vida le tocara suceder a Condillac en la Academia Francesa. Refiriéndose a la *Biblioteca de las Novelas,* iniciada en 1776, expresa Jacoubet: "Su prospecto señala en primera fila las novelas de caballería. Voltaire felicita a los autores por su iniciativa. Su principal y más ilustre colaborador es Tressan".[13]

A la felicitación de Voltaire se iba a agregar el elogio de Tressan por Goethe en carta a Schiller de 21 de marzo de 1801.[14]

Según el mismo Jacoubet, el mérito de Tressan:

> es haber sido una iniciación para sus contemporáneos; es también haber formado el público que aplaudirá las primeras manifestaciones del grande y verdadero romanticismo, después de haber hecho sus delicias del género *trovador*. Desde este punto de vista, la influencia de Tressan es considerable y la encontraremos bajo todas las formas en que se realizará el género *trovador*, en la novela, la pintura y el

[13] *Ibid.*, p. XII.
[14] Jacoubet, *op. cit.*, pp. 37 y 46.

drama, en el lirismo melifluo de las *romanzas*, en los grandes espectáculos del melodrama y del mimodrama, sin hablar de las artes menores y de la moda […] Tressan es el primer representante completo del género trovador propiamente dicho.[15]

Su autoridad personal

crece bajo el Imperio, produce todos sus frutos bajo la *Restauración*, principalmente bajo el reinado de Luis XVIII […]. El triunfo era incontestable, pero trajo pronto una reacción, que la ganó […]. En 1830 un poeta o un pintor es clásico o romántico; no se es más un poeta, un pintor *trovador*. Pero con el nombre, el género no ha perdido del todo su existencia. Más de un tema de los modernos autores se atendrá a él.[16]

Y todavía: se verá

desarrollarse, amplificarse este movimiento, y será el romanticismo. El género trovador se distinguirá de éste en que quedará siempre más superficial, más artificial en sus diversas formas. Pero se comprende que educados en medio de todos estos modelos, y como impregnados de esta atmósfera, los

[15] *Ibid.*, pp. XIV y XV.
[16] *Ibid.*, pp. XII y XIII.

más grandes genios de la época romántica no rompieron bruscamente con la época en que pasó su juventud, en que su gusto ávido y no todavía formado recibía impresiones tan diversas y tan nuevas.[17]

4. Romanticismo y "Romanicismo"

Cuando de los orígenes del *romanticismo* se trata, importa distinguir dos aspectos; por un lado, el origen de la palabra; por otro, el del movimiento cultural que ella designa, movimiento principalmente literario, que da sus primeros pasos ya a fines del siglo XVIII.

En cuanto a la palabra misma, no cabe duda de que su origen lejano se halla en el provenzal *roman,* que ya definitivamente hacia el siglo XII designaba dos cosas: la lengua vulgar del Mediodía francés y —por el carácter con que en ella emergió— el género literario llamado después en español, novela.

En lo lingüístico, el término *roman* estaba destinado a ser reemplazado en el marco nacional de Francia por el septentrional "francés"; pero a la vez, a adquirir un nuevo significado, ahora supranacional, englobador del propio francés, como adjetivación del conjunto de todas las lenguas

[17] *Ibid.*, p. 389.

neolatinas; es decir, de todo el dominio lingüístico llamado en el mismo francés *roman* y en español *románico*. En español tiene por tradicional equivalente el término *romance,* poseedor, además, de otros consabidos significados.[18]

En el orden literario, en cambio el término *roman*, originariamente irreal narración, a menudo versificada, se incorporó al francés nacional con el sentido de novela, acompañado de su derivado correspondiente, en tanto que adjetivación: el profuso *romanesque*. La entonación —o irisación— semántica de este último, marcada durante muchos siglos por las novelas de caballería y el espíritu que las rodeaba, hay que convenir que aun hoy no llega a tener en el "novelesco" español, como quizá tampoco en las demás lenguas, una versión cabal. A lo que en lo inmediato expresa de ficción narrativa, añade lo fabuloso y aun lo maravilloso. En cualquier caso, corresponde observar desde ya

[18] El literal término *romance,* derivación tal vez más directa de las varias que ha tenido el adverbio latino *romanice,* designa en español (al igual que en inglés), a cualquier idioma románico; pero además, de antiguo, al sólo español. Esto, aparte de otras acepciones no lingüísticas en sentido estricto, de orden literario o coloquial. (En francés, ya hemos visto que en esa forma literal, *romance* tiene la significación lírico-musical de "romanza", en lo filológico se impuso el viejo término provenzal *roman*, término por otra parte, que con acento escrito, *román*, denominó en España al sólo idioma español antes de llamársele romance).

hasta qué punto *roman* y *romanesque* provienen literalmente del corazón provenzal de la Romania medieval.

Del francés *roman,* en el aspecto no ya lingüístico sino sólo literario, derivaron en plena época moderna, primero el inglés *romant*, y de éste, casi en seguida, el alemán *romantisch,* ambos sin que se hubiese traspasado todavía el siglo XVII, (entre 1650 y 1700). Con estos términos se quería significar lo imaginario, lo ajeno a la realidad, pero sobre todo lo fantástico, dominante entonces en el género novelesco, en los llamados *romans.*

Así acogido aquel adjetivo en Alemania, a través de Inglaterra, vino a servir allí en el último cuarto del siglo XVIII, para dar nombre a un insurgente movimiento de ideas y de letras perfectamente definido en la última década del mismo siglo: el *Romanticismo*. La palabra misma, con sus derivados, seguirá teniendo su proceso evolutivo, pero en adelante, será ante todo el movimiento, en cuanto tal, el que pase al primer plano.[19]

Sin detenernos aquí en el punto, dejemos de nuevo observado el ancestro provenzal: la marcha del término se produjo primero del sur al nor-

[19] Sobre prehistoria y bibliografía del término "romántico", el material es caudaloso; véase una puntual síntesis en J. F. Angelloz, *Le romantisme allemand*, 2ª ed., París, 1980, pp. 5-10.

te de Francia; después de Francia a Inglaterra y de ésta a Alemania. Fue en Alemania que llegó a engendrar un *ismo*. Fue allí que el *romanticismo* tuvo su nacimiento efectivo y su expreso bautismo, no sin inmediatas influencias dieciochescas de prerrománticos ingleses y franceses. Pero la lejana —aunque indirecta— procedencia, era en la Provenza que se hallaba. Cerrando el círculo, el romanticismo ingresa a Francia hacia 1810, fecha de habitual reconocimiento, sobre la que hemos de volver. Los viejos antecedentes aparte, el terreno estaba allí preparado por sus precursores nacionales, desde Rousseau, en un plano, al "Género trovador" —de elocuente provenzalismo— en otro.

Ya presente de ese modo en el ámbito neolatino, el romanticismo no tardará en invadir a Italia, España, Portugal y los países de la más tarde llamada América Latina, *Romanticismo y Romania,* se encontraban, o reencontraban.

Sin embargo, más allá del proceso genético, que fue literario y léxico a la vez, el que hemos llamado Renacimiento de la Romania románica, o Segundo Renacimiento, no coincide cabalmente con el Romanticismo, considerado éste en toda su complejidad. Constituyó un aspecto del mismo, si bien el más entrañable y decisivo.

Parece por eso del caso distinguir entre Romanticismo y *Romanicismo* —permítaseme apelar a este neologismo— como parte integrante el segun-

do del primero, pero también como la históricamente impulsora y determinante. En lo artístico-literario, esta parte se agotó luego ya en las fases románticas más adultas, sin olvido del epigonal Renacimiento Occitano mencionado antes, de restringido ámbito regional. Pero cosa muy distinta ocurriría en otros dominios.

El general *Romanicismo* europeo, no sólo no perdió su significación, sino que la aumentó —aún más acá del romanticismo, hasta nuestros días— en dos líneas aparentemente opuestas. Una, la científica, en lo filológico, lo arqueológico, lo historiográfico. Otra, la de política cultural, y por momentos de política sin más, en virtud de la mutación de lo "románico" en lo "neolatino", y de éste en lo "latino" a secas, con el advenimiento de la categoría histórica de la "latinidad" en su significación contemporánea de los siglos XIX y XX, ya que no en la clásica, siempre subsistente por su lado.

El Romanticismo genérico presenta diversas formas de pluralismo. Por lo pronto, están los romanticismos nacionales, a partir del alemán originario, y los romanticismos generacionales, que adquieren todo su sentido cuando se los distingue de país a país. Pero después de esas diferenciaciones, en cierto modo externas, están las intrínsecas: diciéndolo corto, de orden doctrinario, con su repercusión en lo temático. Así, limitándonos a la diferenciación mayor, se ha distinguido con razón entre un roman-

ticismo arcaizante y restaurador, y un romanticismo innovador y revolucionario: a pura vía de ejemplo, la distancia que en Francia va —no sin que pese lo generacional— del cristianismo tradicionalista y el conservadurismo político de Chateaubriand (1768-1848), al deísmo filosófico y el liberalismo democrático y social de Víctor Hugo (1802-1885).

No obstante, sin restarle a esa diferenciación nada de su importancia, la que a la larga habría de tener mayores consecuencias fue otra: la que se produjo entre el romanticismo que desde el principio se atuvo, y la que en el curso del mismo dejó de atenerse, al Renacimiento de la Romania románica. El propio Víctor Hugo se halla en la cruz de caminos de esa transición, medievalista románico como fue un aspecto de su obra.

La libertad en el arte y el pensamiento, frente a la disciplina de las reglas y preceptos tradicionales; la espontaneidad, con sus frutos de sinceridad y veracidad, frente al artificio deformante; el sentimiento, llevado a la emoción y hasta a la pasión, frente a la razón estricta y la fría lógica; la imaginación creadora o evocadora de mundos legendarios o exóticos en la naturaleza y en la historia, frente al cotidiano presente; lo ideal frente a lo real: tales, quizá, los principales valores —o centros de valoración— que el Romanticismo presentó siempre como patrimonio común, por encima de sus diversidades nacionales, generacionales y doctrinarias.

Por esos valores, entendidos todos en su contexto cultural de época, ha sido que el Romanticismo se ha presentado también siempre, como adversario del Clasicismo, lo *romántico* como adversario de lo *clásico*. Ha sido así, en tanto que caracterización este último vocablo de la antigüedad greco-latina, entusiastamente exhumada por el Renacimiento y prolongada en el siglo XVIII, y aun a principios del XIX —en Europa y en América— bajo la forma histórica del llamado Neoclasicismo. Fundamental aspecto de la directa reacción contra éste —representante inmediato de los respectivos contravalores— fue para el Romanticismo originario la orientación a la Edad Media. Tanto, que de sus viejos arcones extrajo, como una divisa, su propio nombre.

En su obra *La tradición clásica* —obra notable de mediados de este siglo, vuelta a su vez clásica en otra acepción de la palabra— Gilbert Highet minimiza el papel de la Edad Media en el Romanticismo, y aun, por la misma razón, el propio nombre de éste.

Verdad es que al entrar al tema no puede menos que escribir:

> A causa de la nueva admiración por la Edad Media —en la cual se escribieron relatos de aventuras caballerescas conocidos con el nombre de *romans*— ciertos ideales espirituales y estéticos de la época

fueron apellidados "románticos". Es habitual dar ahora a todo eso el nombre de romanticismo.

Pero ya en la página siguiente, acota:

> El elemento del medievalismo a fines del siglo XVIII y principios del XIX fue, aunque fuerte, relativamente secundario y superficial. La verdadera fuerza motora de la época fue una *protesta* social, política, religiosa, estética y moral. Fue una era de rebelión, y se podría llamar mejor la era revolucionaria que la era romántica.[20]

En adelante, en largos desarrollos, ya no se tratará más para él de "Romanticismo", ni de "era romántica", sino de "era revolucionaria". Pero más significativo que esto, todavía, es que considere en dicha era tan sólo lo que tuvo de un episodio más de la reválida de la antigüedad clásica que el Renacimiento había inaugurado.

Escribe, en efecto: "Podemos, pues, llegar a una comprensión más honda de la era revolucionaria comparándola con el Renacimiento".

No sin fundamento agrega:

> Como el Renacimiento, destruyó varios sistemas de pensamiento que habían estado vigentes duran-

[20] Highet, *op. cit.*, pp. 103 y 104.

te siglos y se habían hecho cada vez menos vitales y cada vez más vacíos y convencionales. Como el Renacimiento, dio al mundo un grupo nuevo y fecundo de conceptos políticos, sociales y estéticos; y la sucedió, como al Renacimiento, un largo periodo de reposo y de desarrollo durante el cual sus conquistas se asimilaron y se apreciaron en su verdadero valor.

Pero concluye:

Las dos épocas señalaron otras tantas etapas complementarias en la exploración de la Antigüedad. El Renacimiento significó la asimilación del latín, mientras que la era revolucionaria significó una intimidad más estrecha con el griego.[21]

Valiosa resulta la puntualización de Highet, minuciosamente pormenorizada, de la persistencia inspiradora de la antigüedad clásica en el propio Romanticismo, llamado por él "era revolucionaria". Sin embargo, cabe considerar, por lo pronto, que subestima las reminiscencias *romanas antiguas* en el seno de dicha era. Pero más importante para nuestro asunto es observar que subestima la participación de los elementos *románicos medievales*, tan decisivos en el mismo periodo. Sin desconocer

[21] *Ibid.*, t. II, pp. 108 y 109.

para nada todo el alcance —Renacimiento y Neoclasicismo mediantes— de la continuidad de la tradición clásica antigua, *tan operativa, por lo demás, en la propia Romania del medioevo*, la actualización de ésta por el romanticismo resulta sencillamente pasada por alto después de la rápida alusión inicial.

Cierto es que con todo lo que tuvo de influyente en las etapas de ascenso, el medievalismo fue sólo un aspecto de la conciencia romántica. Pero corresponde todavía subrayar que de ese medievalismo fue a su vez sólo un aspecto, si bien el más importante, el que por lo que tuvo de Renacimiento de la Romania románica, verdadero Segundo Renacimiento, hemos llamado *Romanicismo*.

"Medievalismo", "Romanticismo", "Romanicismo". No es casual que los dos últimos vocablos se hallen léxicamente emparentados. Es que genéticamente el *Romanticismo* fue una forma de *Romanicismo*. En lo que sigue, es fundamentalmente de éste que se tratará, se le nombre o no; por supuesto, con frecuencia habrá que tener en vista a aquél, como gran fondo histórico suyo que fue.

II. Filología y arqueología románicas

En realidad, numerosos son aquellos que, en Coppet, se interesaron en las producciones literarias de la Europa medieval, y más particularmente en la poesía de los trovadores […]. Este interés no es de sorprender. Se integra en una representación más general de la Edad Media europea, que tuvo bastante coherencia y originalidad como para aparecer, a veces, como una característica esencial del "romanticismo" de Coppet.

Henri Duranton, 1974

¿Es por azar que los tres grandes nombres de la filología románica *en la primera mitad del siglo XIX, han estado en relación con los miembros de Coppet?*

Henri Duranton, 1974

Se sabe que el término arte románico *[…] evoca felizmente la coincidencia con el desarrollo de las lenguas y literaturas románicas.*

Se le debe a un arqueólogo normando, M. de Gerville.

HENRI FOCILLON, 1965

Os he hablado algunas veces de arquitectura románica. Es una palabra de mi hechura […]. También de la lengua latina, igualmente deformada, se hacía entonces la lengua románica, de tanta analogía con el origen y los progresos de la arquitectura.

CHARLES DE GERVILLE, 1818

1. "EL GRUPO DE COPPET"

Prescindencia hecha de las varias formas de prerromanticismo, y de los varios nombres personales de prerrománticos —alemanes, ingleses, franceses—, un primer romanticismo, ya definido como tal, tuvo existencia desde el último lustro del siglo XVIII, al principio en Alemania y de inmediato en Inglaterra. Ese primer romanticismo se prolonga, a la vez que se despliega, en los primeros lustros del siglo XIX, periodo en que hace su entrada en Francia, directamente desde Alemania. A modo de continuación suya —en parte como legatario, en parte como disidente— un segundo romanticismo llevará el movimiento a su culminación europea, con centro en Francia, hacia fines de la tercera década. Ocurrirá esto último bajo el inicial pontificado de Víctor Hugo, con el manifiesto contenido en el "Pró-

logo" de su *Cromwel* en 1827, y el estreno de su *Hernani*, acompañado de la célebre "batalla", en 1830.

Es aquel primer romanticismo el que especialmente nos interesará a los efectos de nuestro asunto. En su condición matriz, es el que mejor revela la arriba aludida triple distinción: "medievalismo", "romanticismo", "romanicismo". Y ningún pórtico más indicado para ingresar a toda la significación del periodo, que el círculo literario-filosófico-político consagrado con la denominación de *Grupo de Coppet*.

Del mismo primer romanticismo, este círculo no fue su primer fenómeno de asociación, sino, atendiendo a lo de más relieve, el segundo. El primero fue el de Jena, definido hacia 1797. De 1798 a 1800 publicó la influyente revista *Ateneo* (*Athenäum*), de la que se ha dicho: "Esta revista constituye el manifiesto esencial del primer romanticismo alemán".[1]

Allí, los hermanos de Schlegel, Augusto Guillermo (1767-1845) y Federico (1772-1829); Tieck (1773-1853); Novalis (1772-1801); Schleiermacher (1763-1834).

Precisamente cuando aquella revista desaparecía en Jena, empezaba a adquirir forma corporativa el después mucho más famoso Grupo de Coppet. Debió el nombre a su asentamiento en el castillo ginebri-

[1] J. F. Angelloz, *Le romantisme allemand*, 2ª ed., París, PUF, 1980, p. 25.

no frente al lago Lemán, que Mme. de Staël (1776-1817), recibió de su padre, el célebre Necker, muerto en 1804. Ya en vida de éste fue ella su gran centro personal e intelectual de convocatoria y animación.

Prefigurado el Grupo cuando el primer exilio de la anfitriona, en 1792, la hizo trasladar a Coppet el salón que había mantenido en París desde 1786, asumió su verdadero carácter hacia 1800, ahora en la onda inicial del romanticismo. El segundo y mayor exilio a partir de 1802 bajo Napoleón pronto Emperador, contribuyó a que se extendiera y vigorizara hasta alcanzar su apogeo entre 1805 y 1815. La muerte de la escritora en París, en 1817, marcó su fin, por lo menos en su sentido fuerte,[2] en lo intelectual y en lo político, aspectos cuyo predominio se alternó según los momentos. El Grupo perdió entonces su cohesión, aunque la actividad de sus miembros se continuó, en algunos casos largamente. De todas maneras, el romanticismo que le siguió, si bien internándose en otras vías, no hubiera sido posible sin él.

[2] Escribe Simone Balayé, la gran estudiosa del grupo: "Ella muere en 1817. El grupo de Coppet le está tan estrechamente asociado que se podría temer que desaparezca. Pero los hijos de Mme. de Staël lo continuaron en un mundo diferente. No es una dispersión sino una mutación inevitable (Simone Balayé, "Le Groupe de Coppet: conscience d'une mission commune", en *Le Groupe de Coppet*, Actas y documentos del Segundo Coloquio de Coppet, 10-13 julio de 1974, Ginebra-París, 1977, p. 32).

Coppet fue una continuación de Jena aun en lo personal, por la participación de los hermanos Schlegel, en especial la extensa y muy destacada de Augusto Guillermo, preceptor, incluso, de los hijos de Mme. de Staël.

Pero lo fue, sobre todo, en tanto que puente entre el fundacional romanticismo alemán y el destinado a ser el romanticismo francés: grandes iniciadores e impulsores del primero fueron aquellos hermanos; del segundo, esta escritora. Los paternos ancestros germanos; el temprano vínculo conyugal sueco de donde le quedó su nombre literario; todavía, la encrucijada geográfico-cultural de Coppet, junto a Ginebra: todo hacía de Mme. de Staël —francesa y parisina en una Francia exaltadamente nacionalista de Luis XIV a Napoleón— la personalidad más apta para respirar los nuevos aires que soplaban del otro lado del Rhin. Hasta su nombre de pila parece una predestinación: Germaine.

Sería un error, sin embargo, ver a Coppet como un grupo sólo franco-alemán. Por el contrario, del punto de vista de su integración, y más que todo del espíritu que desarrolló e irradió, su más saliente característica fue la del internacionalismo europeo, no sin algunos giros de cosmopolitismo universalista. En una época de honda transformación de Europa, a partir de los grandes fenómenos revolucionarios de orden político, económico, social,

fue el primer grupo intelectual verdaderamente europeo; acaso, en su condición, no repetido más.

No se explica, por supuesto, sin la estrecha fusión de los tres factores, en cierto modo casuales, que fueron la personalidad de la Staël, su forzado exilio, el asiento estratégico de Coppet; pero además, yendo a lo sustancial, sin las inquietudes y aun las necesidades, nuevas, de la inteligencia europea en la gran transición que siguió al Siglo de las Luces. En lo personal, a franceses y alemanes se unieron en el mismo primer plano, suizos (de sus dos principales procedencias idiomáticas) e italianos; y después, ingleses, suecos, austríacos, rusos. Tanto mayor resulta aquel internacionalismo europeo, si a la concurrencia personal a Coppet —variadísima en el correr de los años, con repetidas visitas por parte de algunos— se añade la copiosa y diversificada correspondencia.[3]

[3] Comenta la Simone Balayé: "Esta reunión de escritores y de amigos privilegiados, no se asemeja, es cierto, a ningún otro grupo literario. No forman una sociedad codificada, con fines precisos, estatutos, como una academia. No tienen por objetivo, como antes los hermanos Schlegel, fundar una revista. No tienen nada de un partido político, aunque la política los apasione, ni de una masonería o una secta religiosa, aunque algunos se interesen en ellas. El grupo de Coppet no predica tampoco una cierta forma literaria como será el caso de los naturalistas alrededor de Zola, ni la revuelta; no busca asombrar al burgués. Difiere de los salones parisinos del siglo XVIII, aunque de ellos procedió, como de los grupos literarios

2. Hacia la filología románica

Escapa a nuestro objeto, delinear siquiera la complejidad, y en buena parte heterogeneidad, no excluyente de antagonismos, del Grupo de Coppet.

Nos interesa destacar ante todo su común *romanticismo.* Aunque éste fuera de inmediata fuente alemana, apuntaba desde su nombre mismo a la vieja Romania. Por todos sus costados desbordaba al medievalismo: baste recordar el nombre clásico de la revista de Jena: *Ateneo,* reminiscencia del mundo greco-latino que estuvo muy lejos de ser aislada, entonces y después, en el movimiento romántico en general y en el Grupo de Coppet en particular. El *medievalismo*, no obstante, fue tan decisivo en este grupo como en aquel movimiento. Pero este medievalismo genérico desbordó a su vez al que hemos llamado *romanicismo,* en tanto fue éste un singular renacimiento de la Romania medieval.[4] Romántico y medievalista en sus coorde-

---

exclusivamente nacionales, tales como Jena, Weimar, los cenáculos románticos, en que tiene un carácter completamente internacional". *Ibid.*, p. 30.

[4] Del medievalismo genérico del Grupo de Coppet, obligado marco de su específico romanticismo, dice Norman King: "Su medievalismo no es, fundamentalmente, como era el caso para muchos de sus contemporáneos, la expresión de una nostalgia del buen viejo tiempo, de una pasada edad de la galantería y de aventuras legendarias, sino más bien una búsqueda de cualidades, de valores positivos que les parecen fal-

nadas más generales, el Grupo de Coppet fue, además, en condición más restringida, "romanicista".

Escribe Henri Duranton:

> En definitiva, a pesar de ruidosos discursos, de una moda engañosa y aun de profundas investigaciones, el siglo XVIII permaneció cerrado al encanto de los trovadores. Los hermanos Schlegel lo habían comprendido perfectamente. En varias ocasiones se indignaron de la inercia de la nación francesa a la que acusan de no apreciar los tesoros de su pasado […]. A comienzos del siglo XIX, casi sólo la Alemania romántica hace justicia a la literatura medieval […]. Los trovadores seguían esperando ser tomados en serio. Será uno de los grandes méritos de Coppet haber contribuido poderosamente a esa obra de justicia. No todo será, sin duda, de la misma calidad y las generalizaciones audaces no faltarán. Pero será siempre en un espíritu de respeto y de

---

tar a la sociedad de su época […]. Por otra parte, todos ellos han condenado con vehemencia a aquellos que se servían de argumentos medievalistas para defender los títulos y los privilegios o para justificar el inmovilismo social […]. Lo que buscan, no es un modelo concreto para la sociedad del porvenir, sino instinto natural, una energía entusiasta, una aspiración hacia el bello ideal, un impulso hacia la libertad y el perfeccionamiento. Norman King, "Le Moyen Age à Coppet", en *ibid*, pp. 375 y 386.

simpatía que, a despecho de las apariencias, estaba ausente del Género Trovador entonces en boga.[5]

Marginando aquí tantos otros salientes aspectos del Grupo mismo, es a ése que nos orientaremos. El laberíntico camino histórico hacia la idea y el bautismo consiguiente, de una *América Latina* —inmediatamente después del reconocimiento de una Europa novedosamente calificada de *latina*— pasa por el insoslayable "romanticismo" de Coppet.

Necesario es poner por delante un hecho fundamental: después de una larga prehistoria, a partir de los tanteos lingüísticos de Dante y Petrarca en el siglo XIV, la filología románica se constituyó al fin como ciencia —siguiendo muy de cerca a la constitución con igual carácter científico de la filología sin más— en las tres primeras décadas del siglo XIX.

Ese advenimiento es el desenlace capital, ya que no el fenómeno único, del Renacimiento de la Romania románica, o, reiterando la expresión, Segundo Renacimiento. Sin tal desenlace, la Romania, en su entidad histórica, hubiera seguido en el olvido profundo de que la Enciclopedia de Diderot y D'Alembert ha dejado testimonio. La filología románica desenterró no sólo en lo lingüístico al

[5] Henri Duranton, "L'interprétation du mythe troubadour par le Groupe de Coppet", en *ibid.*, pp. 351 y 352.

mundo *románico*, término pronto acompañado por el sinónimo *neolatino*, y al fin por la abreviación de *latino* a secas, en una mutación de su sentido tradicional. Pues bien, la constitución de ella misma, de cualquier modo inevitable, no hubiera dejado de retrasarse sin Coppet.

Se pregunta el citado Duranton: "¿Es por azar que los tres grandes nombres de la filología románica en la primera mitad del siglo XIX han estado en relaciones con Coppet?".[6]

Se refiere al francés Claude Fauriel, por sí mismo uno de los miembros principales; al también francés Francisco J. M. Raynouard, estrechamente vinculado, en distintos momentos, a uno y otro de los Schlegel; al alemán Federico Diez, el fundador mayor de la filología románica, agradecido deudor de A. G. Schlegel y admirador de Raynouard.

La obra de los hermanos Schlegel, de Raynouard y de Diez sobre la Romania provenzal de los trovadores, nos ocupará por separado. A continuación, el papel desempeñado en el mismo rumbo por la figura central de Mme. de Staël, y por dos prominentes representantes del círculo: Sismondi y Fauriel.

La individual consideración de cada una de las personalidades de este terceto, como por otra par-

[6] *Ibid.*, p. 365.

te, después, la de aquel cuarteto, no puede ser sino convencional: todos ellos se entrecruzan, a la vez que se potencian, orbitados, aunque no sea siempre a la misma distancia, por Coppet.

3. Mme. de Staël, Sismondi, Fauriel

Mme. de Staël (1766-1817), en verdad, fue más medievalista que romanicista. Pero no sólo por su posición en Coppet le corresponde una mención especial aquí. Sin dejar de inclinar su preferencia a la Edad Media alemana, fue la suya, dentro del Grupo, la primera pluma francesa en llamar la atención sobre la significación de la poesía provenzal.

En *De la literatura, considerada en sus relaciones con las instituciones sociales*, de 1800, formal punto de partida —en cuanto escritura— del Grupo de Coppet, había adelantado:

> Existen, me parece, dos literaturas completamente distintas, la que viene del Mediodía y la que desciende del Norte, aquella de la que Homero es la primera fuente, aquella de la que Ossian es el origen […]. No se puede decidir de una manera general entre los dos géneros de poesía de los cuales Homero y Ossian son como los primeros modelos. Todas mis impresiones, todas mis ideas, me llevan

de preferencia hacia la literatura del Norte; pero de lo que se trata ahora es de examinar sus caracteres distintivos.[7]

En De la Alemania, de 1810, su obra mayor, introductora en Francia de la palabra *romántico,* reitera:

No hay pues, en la Europa literaria más que dos grandes divisiones muy marcadas: la literatura imitada de los antiguos y la que debe su nacimiento al espíritu de la Edad Media; la literatura que, en su origen, recibió del paganismo su color y su encanto, y la literatura cuyo impulso y desarrollo pertenecen a una religión esencialmente espiritualista.

[7] Mme. de Staël, *De la littérature, considerée dans ses rapports avec les institutions sociales*, 3ª ed., París, 1818, t. I, pp. 296 y 299. Con referencia a este planteamiento de Mme. de Staël en 1800, se ha escrito en nuestro siglo: Todo este sistema de divisiones de las "Literaturas del Norte" y "Literaturas del Mediodía" estaba latente desde hacía tiempo; pero Mme. de Staël ha sabido exponerlo por primera vez de una manera coherente.

Se añade en el mismo texto: Es de hacer notar que Mme. de Staël no hace en *De la literatura* ninguna mención a la palabra "romántico", entonces desconocida en Francia. Pero se sirve de la palabra "romanesco" (*romanesque*) para designar la poesía caballeresca en las Literaturas del Norte […]. Es, pues, evidente que ha tenido la concepción del "romanticismo" antes de tomar contacto con la nueva escuela y de encontrar a los Schlegel. La Comtesse Jean de Pange, *Auguste-Guillaume Schlegel et Madame de Staël*, París, 1938, pp. 40, 41, 43 y 44.

Pero lo hace para agregar, puntualizando la histórica gran paradoja de la inspiración y el nombre provenzales del Romanticismo, fundado y bautizado por los alemanes en invocación de sus propias tradiciones nacionales germanas:

> La caballería es para los modernos lo que los tiempos heroicos eran para los antiguos; todos los nobles recuerdos de las naciones europeas se vinculan a ella […]. Es en el Norte que la caballería ha tenido nacimiento, pero es en el Mediodía de Francia que fue embellecida por el encanto de la poesía y el amor […]. Los Alemanes tenían también sus cantores de amor (*Minnesinger*), pero nada puede ser comparado a nuestros *troveros* y a nuestros *trovadores,* y es de esta fuente tal vez que debemos extraer una literatura verdaderamente nacional.[8]

Y todavía, mucho más adelante, en un pasaje vuelto histórico:

> El nombre *romántico* ha sido introducido recientemente en Alemania para designar a la poesía cuyo origen ha estado en los cantos de los trovadores, aquella que ha nacido de la caballería y el cristianismo. Si no se admite que el paganismo y el cris-

[8] Mme. de Staël, *De l'Allemagne*, 2ª ed., París, 1814, t. I, pp. 4, 40 y 41.

tianismo, el Norte y el Mediodía, la Antigüedad y la Edad Media, la caballería y las instituciones griegas y romanas, se han repartido el imperio de la literatura, no se llegará nunca a juzgar bajo un punto de vista filosófico el gusto antiguo y el gusto moderno. Se toma a veces la palabra clásico como sinónimo de perfección. Yo me sirvo aquí de ella en otra acepción, considerando la poesía clásica como la de los antiguos, y la poesía romántica como la que proviene de alguna manera de las tradiciones caballerescas. Esta división se refiere igualmente a las dos eras del mundo: la que precede al establecimiento del cristianismo y la que le ha seguido.[9]

La primera edición de *De la Alemania,* en 1810, fue prohibida por Napoleón. Francia la conoció verdaderamente en su segunda edición de 1814, con Prólogo fechado en Londres en 1813. Su difusión francesa fue entonces muy grande, sobre todo en los lustros siguientes, muerta ya la autora. Se ha escrito en nuestro siglo:

Los años entre 1820 y 1830 marcan el punto culminante de las ideas de Mme. de Staël. Se vuelve ella la verdadera diosa inspiradora de la joven genera-

[9] *Ibid.*, pp. 271 y 272.

ción romántica, para la cual el libro *De la Alemania,* es en lo sucesivo la Biblia.[10]

Antes de dejar a Mme. de Staël en este lugar, parece obligado reparar en la notable analogía entre su planteamiento de una *literatura nacional* en oposición al neoclasicismo de la época, y el de una también *literatura nacional* en oposición al mismo neoclasicismo, por parte de la primera generación romántica hispanoamericana, en nombre de lo que luego se llamó el *americanismo literario.* Vimos que decía la francesa en 1810, refiriéndose a los trovadores: "[…] es de esta fuente tal vez que debemos extraer una literatura verdaderamente nacional". A lo que añadía, muchas páginas más adelante: "La literatura romántica es la única que sea susceptible todavía de ser perfeccionada, porque teniendo sus raíces en nuestro propio suelo, es la única que puede crecer y vivificarse de nuevo".[11]

Para Mme. de Staël y sus compañeros, las tradiciones de los países europeos modernos que se formaron en el Medioevo, contrapuestas a las de la Antigüedad clásica, eran lo que —un cuarto de siglo más tarde— para Esteban Echeverría y los suyos, sencillamente América contrapuesta a Europa. Con todas las variantes del caso, debidas a

[10] Comtesse Jean de Pange, *op. cit.*, p. 532.
[11] Mme. de Staël, *De l'Allemagne,* t. I, p. 277.

la diferencia del espacio geohistórico, el estado de espíritu orientado a la constitución de *literaturas nacionales,* era el mismo, producto del común romanticismo. El asunto merece, por supuesto, otra clase de desarrollos.

Con Juan Carlos Sismonde de Sismondi (1773-1843), un más avanzado paso "romanicista" se dio en el Grupo de Coppet. Ginebrino de nacimiento, francés de adopción, fue de los más íntimos y asiduos integrantes de aquel círculo; por lo mismo, una de las figuras que en la perspectiva histórica más altamente lo representan. Cuando entre sus decenas de valiosos nombres se busca el núcleo más estrecho, y luego en éste los más importantes, está él entre los primeros: Mme. De Staël, Benjamín Constant, A. G. Schlegel, Sismondi, Fauriel, Bonstetten, Barante.

Político activo, fue opositor, por momentos arriesgado, de Napoleón; pero su significación mayor es la intelectual, como historiador, literato, y mucho más tarde, economista (faceta esta última que resulta ser la única por la que en muchos medios actuales es conocido). En el campo de la historia, la literaria fue sólo uno de sus aspectos, pero es el que nos interesa aquí. Ha quedado fijado en su famosa obra *De la literatura del Mediodía de Europa,* publicada en 1813, versión de un curso dictado en la Academia de Ginebra en los años 1811-1812.

Muy influido estuvo Sismondi por Mme. de Staël, de la que era siete años menor, desde la pri-

mera obra de ésta, en 1800, *De la literatura,* cuyas grandes categorías de "literatura del Norte" y "literatura del Mediodía", adoptó; lo estuvo asimismo por A.G. Schlegel, en los encuentros de Coppet. Pero a su vez, influyó él en ellos, en el rico intercambio de esos mismos encuentros. Por coincidencia, sendos libros de los tres operaron como uno solo y muy fuerte golpe primero del romanticismo en la conciencia francesa, hacia 1813-1814, en las postrimerías del ciclo napoleónico: *De la Alemania,* en la edición que para el público de Francia vino a ser la primera; la traducción al francés, por una familiar de la Staël, del *Curso de literatura dramática* de A. G. Schlegel, dictado en Viena en 1808; *De la literatura del Mediodía de Europa*, de Sismondi.

En nuestro siglo, A. Thibaudet los ha evocado conjuntamente como los "tres libros de 1813", con este elocuente comentario:

> En 1813 el romanticismo asciende por un horizonte en la medida en que Napoleón declina por el otro. Ese año en que Mme. de Staël está en fuga, cerrado Coppet, es aquél en que el espíritu del Grupo de Coppet se expande en Francia por tres obras que hacen ruido y que tendrán influencia.[12]

[12] Citado por Paul Delbouille, "Le Groupe de Coppet: ¿una denominación reconocida?", en *Le Groupe de Coppet*, p. 24.

Dejemos hablar al propio Sismondi. En la Introducción, dedicada a la "la formación de las lenguas románicas", anticipaba:

> Repartiré la literatura moderna en dos clases, que serán objeto de dos cursos: uno sobre las lenguas románicas, el otro sobre las lenguas teutónicas. En el primero, después de haber lanzado una ojeada sobre el brillante periodo de la literatura árabe, pasaré sucesivamente en revista los pueblos del Mediodía, que formaron su poesía en la escuela de los Orientales, *y en primer lugar los Provenzales, los primogénitos de Europa para la poesía romántica.* Buscaré familiarizar a mis lectores con sus *trovadores,* tan renombrados y tan pocos conocidos, y mostrar lo que la poesía de todas las naciones modernas debe a estos primeros maestros.[13]

En el orden lingüístico:

> Las lenguas que hablan los pueblos del Mediodía de Europa, desde la extremidad de Portugal hasta la de Calabria o de Sicilia, y que se designa bajo la denominación común de lenguas románicas [*romanes*], han nacido todas de la mezcla del latín con

[13] J. C. L. Sismonde de Sismondi, *De la littérature du midi de l'Europe,* 2ª ed., París, t. I, pp. 10 y 11. Las cursivas son nuestras.

el teutónico […]. En las orillas del Danubio, los Válacos y los búlgaros hablan también una lengua que se reconoce por hija del latín, pero el elemento mezclado a éste es el eslavo en lugar del alemán.

Excluida esta forma oriental, las lenguas románicas son las cinco siguientes: Provenzal; Francés; Castellano; Portugués; Italiano.[14]

En el orden literario:

La literatura del Mediodía es la que, por las lenguas románicas, se ha llamado *romántica* […]. Los Alemanes han dado a esta poesía el nombre de *romántica*, porque la lengua *románica* era la de los trovadores, primeros autores de estas emociones nuevas, porque la civilización moderna ha comenzado con las naciones *románicas*, y porque la poesía caballeresca, como la lengua *románica*, llevaba el doble sello del mundo romano y de las naciones teutonas que lo conquistaron. Cualquiera que haya sido, por otra parte, el motivo de los Alemanes para adoptar el nombre de *romántico*, sobre el cual ellos mismos difieren a veces, ellos lo han tomado y no hay razón para contestárselo.[15]

[14] *Ibid.*, t. I, pp. 14, 16, 38, 39 en nota.

[15] *Ibid.*, t. I, p. 348, t. III, pp. 469 y 470. Las cursivas son del original.

Refiriéndose a las contribuciones a la romanística como ciencia filológica, proseguidas después de la muerte de Mme. de Staël por veteranos de Coppet como A. G. Schlegel y Fauriel, paralelamente a la grande obra de Raynouard y de Diez, comenta Henri Duranton:

> En los tiempos de Coppet, es a través de la obra de Sismondi que se manifiesta más claramente esta tendencia. Su historia literaria es la de un compilador. Pero es la primera presentación completa y comprensiva de esa literatura. Para medir su mérito, basta recordar lo que la había precedido […]. Su originalidad está en haber reunido toda la información existente y haber hecho de ella una síntesis fácilmente accesible. Además, cortó con las generalizaciones excesivas, tanto aquellas, desfavorables, del siglo XVIII, como aquellas, exageradamente laudatorias, del romanticismo.[16]

Claude Fauriel (1772-1844), no podía quedar sin mención aquí; cierto es que no publicó en el periodo histórico de Coppet, ni aún en los lustros en que Raynouard, A. G. Schlegel, y sobre todo Diez, fundaron científicamente, antes de 1830, la filología románica. Pero no sólo fue uno de los miembros más descollantes del Grupo, sino, en-

[16] Duranton, *op. cit.*, p. 366.

tre todos, el más concienzudo investigador y el más sabio en el campo de la historia general, y en particular literaria, de la Provenza. Su labor de iniciación, animación y renovación del pensamiento crítico de su tiempo, no tiene paralelo. Y en la romanística, todos aquellos fundadores fueron deudores suyos.

Sólo en 1830, casi sexagenario, comenzaron sus cursos en la Sorbona sobre los orígenes de la lengua y la literatura románicas, en especial la poesía de los trovadores; lecciones que no asumen forma de libro hasta, 1846, con su gran *Historia de la poesía provenzal*. Pero a esta obra —una más entre las suyas—[17] la tenía ya planteada, y trabajaba en ella, en el temprano 1806, cuando Coppet entraba en su apogeo; también ya en 1811, en carta privada, decía Sismondi de él: "Hace su trabajo a conciencia, con mucho saber, y reuniendo inmensos materiales. Su libro podría ser mejor que el mío, pero tiene un defecto, y es que no lo hará".[18]

Comenta Duranton:

> Fauriel es, por lejos, el mejor conocedor del Grupo. Si bien no escribió sobre los trovadores más que

[17] En el ámbito de los estudios románicos, complementó esa obra con otras como *Historia de la Galia meridional bajo la dominación de los conquistadores germanos*, y *Dante y los orígenes de la lengua y de la literatura italianas*.

[18] Véase Duranton, *op. cit.*, p. 368, n. 19.

> muy tarde, bajo la monarquía de Julio, de ellos se ocupó desde los primeros años del siglo […]. Escrupuloso en extremo, parecía incapaz, en los tiempos de Coppet, de concluir una obra que le era, sin embargo, entrañable […]. Su ejemplar discreción hace medir mal su innegable influencia. Este "padre de la reforma histórica", según una conocida expresión de Agustín Thierry, no pudo dejar de obrar sobre sus amigos de Coppet como lo hizo sobre toda su generación.[19]

Raynouard lo colocaba junto con A. G. Schlegel, entre los verdaderos especialistas de su área filológica. Sainte-Beuve dijo de él: "Tenía la pasión de los orígenes" —pasión fecunda que en cierto modo fue la de su época— para resumir así su personalidad, en 1845, casi en seguida de su muerte: "Fue el adelantado, el iniciador secreto, pero directo, el inoculador de la mayor parte de los espíritus distinguidos de este tiempo, en historia, en método literario, en crítica".[20]

No sorprende, pues, que se atribuya a Renan el haber dicho que fue Fauriel el hombre que, en su siglo, más ideas puso en circulación.

[19] *Ibid.*, p. 354.
[20] Véase la referencia en *ibid.*, p. 368, n. 20.

4. Revelación y bautismo del arte románico

Fruto fundamental del Renacimiento de la Romania románica a principios del siglo XIX, fue la constitución de la filología románica. Tiene su lógica. La toma de conciencia del *corpus* de las lenguas derivadas del latín, debía dar como primer resultado, más allá de lo lingüístico estricto, el establecimiento de los contenidos y el espíritu de esas mismas lenguas en sus etapas de formación y crecimiento; en otros términos, su indagación filológica en sentido propio. De ahí la puesta en primer plano de los estudios lingüísticos-literarios en la fase inicial del renacer románico. Nada de eso excluye la extensión del medievalismo de la época a otras áreas que la de dichas lenguas; como tampoco, la cobertura todavía más amplia que la medieval, del Romanticismo en toda su complejidad.

Sin embargo, inseparable del advenimiento de la filología románica fue el paralelo de la arqueología románica, con la revelación y bautismo del llamado desde entonces —no antes— *arte románico*. No deja de ser un episodio saliente del Segundo Renacimiento. Aunque no tenga con la idea y el nombre de América Latina, la relación directa que la filología románica tuvo, no se le podría omitir aquí, como característico elemento que fue del cuadro de conjunto.

Entre las llamadas *basílicas latinas* de la alta Edad Media y las *catedrales góticas* de la baja —para atenernos sólo a las formas más resaltantes— se emplaza, en una transición de articulaciones insensibles, la hoy universalmente denominada arquitectura románica. O *arte románico*, dominado entonces por la arquitectura, con la inevitable integración de escultura y pintura.

No corresponde en este lugar internarse en subdistinciones de periodos o de áreas geográficas; ni menos en detalles, a veces polémicos, de denominación, a propósito de la totalidad del proceso que en la materia conduce de un extremo a otro del medioevo. Baste retener que en los siglos centrales de éste —hacia el IX con culminación en el XI y el XII— floreció en toda Europa una forma de arquitectura cristiana, de cuya personalidad histórica sólo se cobró conciencia plena a principios del XIX. Sin pasarse por alto sus matices, se le reconoció entonces con una identidad común, desde Italia a Inglaterra, desde España a Alemania, con el gran entrecruce de Francia y la obvia expansión en países adyacentes.

Por supuesto, la general constitución de la arqueología, a secas, como ciencia, fue fundamental; pero más lo fue, en el caso, la poderosa onda de la época del Romanticismo en su tonalidad medievalista. Era parte de la reacción espiritual contra el neoclasicismo, o clasicismo sin más, dicho sea sin

olvido de los permanentes derechos que éste supo siempre reivindicar o conservar.

"Literaturas nacionales" reclamaban Mme. de Staël y sus compañeros de la primera generación romántica, cuyas fuentes, en el sentido más literal de la palabra —cuyas surgentes— debían buscarse en la Edad Media. De ahí, *en lo filológico*, el rápido pasaje al interés científico por las lenguas nacionales de origen medieval —forzadas cada vez más al conocimiento mutuo— después de la crisis en los siglos XVII y XVIII, del latín clásico como universal idioma culto. De ahí, a la vez, *en lo arqueológico,* el interés científico por las "Arquitecturas nacionales" del mismo origen.

Como en el parentesco de las lenguas románicas, se comprueba la solidaridad histórica de las correspondientes arquitecturas nacionales surgidas y desarrolladas en el mismo periodo: por muchas que fueran sus variantes, derivaban todas de una arquitectura que venía de ser latina, o romana, o bizantino-latina; pero habían recibido todas, al igual que las lenguas, la marca de los pueblos invasores del viejo Imperio Romano. De ahí que aun allí donde las lenguas de estos pueblos conservaron su condición original —el orbe de la Germania en su sentido lato— las nuevas formas arquitectónicas no dejaron de penetrar, a compás de la penetración del cristianismo; no dejaron de penetrar, incluso, en las periferias de los orbes eslavófono y grecófono.

Explica ello que cuando se llega al siglo XIX, en etapas precientíficas de la arqueología, se las conociera con distintos nombres, teñidos de localismo según los lugares, dentro de la propia Romania y más allá de ella. Ahora será otra cosa. Por directa influencia de la reconocida filiación común de las lenguas románicas, se llega a comprender que todas aquellas formas arquitectónicas, o arquitecturas, son también en el fondo una sola, de estrecha correspondencia histórica con la formación de las mencionadas lenguas. En definitiva, partes distinguibles pero inseparables de un fenómeno único, por más destinado que estuviera, como arte cristiano, a extenderse más allá de la Romania propiamente dicha.

Cuando se entra en nuestro siglo, la conciencia historiográfica en este campo está del todo fijada. Lo está respecto a la terminología, tanto como a la relación —en lo que tiene que ver con lo románico— entre lo artístico y lo idiomático.

En 1902, escribía Camille Enlart, diciendo en pocas palabras prácticamente lo esencial:

> La arquitectura románica coordina, depura, simplifica y desarrolla los elementos que le suministra el arte carolingio; muy justamente se la ha comparado con las lenguas románicas; reposa, en efecto, sobre un fondo latino: los elementos de la construcción románica son romanos, aunque admita, como la

lengua, ciertos aportes de elementos extranjeros, que ella armoniza con el fondo principal; en fin, forma numerosas escuelas comparables a los dialectos de las lenguas románicas.[21]

Reiteraba en 1911, R. De Lasteyrie:

Coincidiendo la formación de este arte con la época en que las lenguas románicas comienzan a desprenderse del latín, se ha tenido la feliz idea de llamar *románico*, por analogía, a este arte nuevo, surgido del arte latino fuertemente mezclado con elementos bizantinos y bárbaros.[22]

Sin embargo, el origen preciso de la arqueología románica científica, a partir de la revelación y bautismo de la arquitectura románica, por influjo de la filología también románica y también naciente, permanecía en una zona de penumbra. Todavía en 1894, hablaba Gaston Cougny de "la arquitectura que debe su calificación de *románica* al grupo ilustre de los eruditos franceses (de Gerville, de Caumont), por quienes fue fundado, sobre bases

[21] Camille Enlart, *Manuel d'Archéologie Française*, 3ª ed., París, 1927, p. 214.

[22] R. de Lasteyrie, *L'Architecture Réligieuse en France à l'époque romane*, 2ª ed., París, 1929, p. 277.

serias, hacia 1825, el estudio de nuestras artes nacionales".

Y diez años más tarde, en 1904, afirmaba aún más categórico Salomón Reinach: "Fue sólo en 1825 que Arcisse de Caumont, muerto en 1873, designó con el nombre de románico el arte que dominó en el Occidente de Europa después de Carlomagno".[23]

La verdad es que el verdadero bautista fue de Gerville, y por lo menos ya desde 1818.

El mismo Arcisse de Caumont, que tanto contribuyó a la difusión e imposición de aquella novedad arqueológica a la vez que terminológica, decía en luminoso pasaje de un ensayo de 1823, leído en la Sociedad de Anticuarios de Normandía en mayo de 1824:

> Esta palabra *románico* empleada para expresar la arquitectura abovedada posterior a la dominación romana, y anterior al siglo XII, ha sido consagrada por M. de Gerville; es más exacta que las otras. Antes de que fuese adoptada, no había más que palabras vagas e impropias para designar la arquitectura de esta época. En Normandía era principalmente conocida bajo el nombre de *lombarda,*

[23] Gaston Cougny, *L'Art au Moyen Age*, París, 1894, p. 135, en nota. S. Reinach, *Apolo*, París, 1938, p. 105.

sajona, normanda; en Inglaterra, bajo el nombre de *anglo-normanda.* El nombre de románica que le damos a esta arquitectura, que no debe tener más que uno porque es en todas partes la misma, salvo ligeras diferencias de localidad, tiene, por otra parte, el mérito de indicar su origen, Y no es nuevo, puesto que de él se hace uso ya para designar a la lengua del mismo tiempo. La lengua románica es la lengua latina degenerada, la arquitectura románica es la arquitectura romana bastardeada.[24]

A ese personal reconocimiento de Caumont, se agregan inequívocas constancias del propio Charles A. de Gerville (1760-1853), fechadas algunos años atrás. En carta de enero de 1820, dirigida con carácter de informe a M. de Vanassay, Prefecto del Departamento de la Mancha, escribía:

> Las iglesias de nuestros monasterios fueron construidas casi todas en un siglo en que la arquitectura a ojivas era apenas conocida. Casi todas pueden servirnos para darnos una justa idea de la arquitectura *románica*, desde el reino de Carlomagno hasta el comienzo del siglo XII.

[24] Arcisse de Caumont, "Ensayo sobre la Arquitectura religiosa de la Edad Media", en *Mémories de la Societé des Antiquaires de la Normandie*, Caen, 1825, vol. I, p. 550.

Aclaraba en nota al pie:

> En mi carta [de 1819], os he explicado las razones que tenía para introducir esta denominación; me parece simple, y hecha para indicar el origen de esta arquitectura, cuya analogía con el de la lengua me parece notable. No creo que la adopción de este nombre ofrezca dificultad.[25]

No sólo anterior, sino aún más expresiva, es una carta de otro carácter, dirigida por de Gerville a su amigo Le Prévost. Junto con otras al mismo corresponsal, ha venido a ser exhumada en el presente siglo, en 1935, por Ferdinand Gidon. El 18 de diciembre de 1818 le escribía a Le Prévost:

> Os he hablado algunas veces de arquitectura románica. Es una palabra de mi hechura, que me parece felizmente inventada para reemplazar las palabras insignificantes de *ɔajona* y de *normanda*. Todo el mundo conviene en que esta arquitectura, pesada y grosera, es el *opuɯ romanum* desnaturalizado o sucesivamente degradado por nuestros rudos antepasados. Entonces también de la lengua latina, igualmente deformada, se hacía esta lengua románica cuyo origen y degradación tienen tanta analo-

[25] Charles de Gerville, *Carta ∂irigi∂a a M. ∂e Vanɯɯay,* reimpresión en Valognes, 1843, p. 6.

gía con el origen y los progresos de la arquitectura. Decidme, os lo ruego, que mi nombre *románica* está felizmente encontrado.[26]

De Gerville vivió lo bastante para apreciar la extraordinaria acogida que, desde el primer momento, la nomenclatura por él propuesta llegó a tener. En 1843 reimprimió la arriba citada carta de 1820 al Prefecto Vanssay, precediéndola de una breve pero explicativa introducción. Decía en ella:

> He sido extremadamente sensible a la unanimidad con que el público ha adoptado mi denominación de *arquitectura románica,* que ahora se ha vuelto de uso y que no se remonta más que hasta el año 1819.[27]

Es de suponerse que de Gerville fija el año 1819 atento a sus informes oficiales, prescindiendo de sus anticipaciones en anteriores cartas privadas —por lo menos de 1818— a su amigo Le Prévost. Por otra parte, como la rápida acogida fue hecha primero en el seno de las Sociedades de Anticuarios, importa tener presente que la Arqueología, entonces incipiente como ciencia, se venía llaman-

[26] F. Gidon, *L'invention du terme Architeciure "romane" par Gerville* (1818), Caen, 1935, pp. 20 y 21 (Extraído de *Bulletin de la Société des Antiquaires de Normandie*, t. 42, pp. 268-288.

[27] Gerville, *op. cit.*, p. 3, n. 25.

do Anticuaria, así como anticuarios los después llamados arqueólogos; el comienzo de la transición terminológica se debe al alemán Cristian Heyne (1729-1812), quien usó el primer término antes de ensayar el segundo.

El renacimiento de la Romania románica a principios del siglo XIX, no podría, en ningún caso, pasar por alto el sustancial capítulo de la revelación y bautismo del arte románico. Pero así como la fundación coetánea de la matriz filología románica no alcanzó a revivir, en aquellas primeras décadas, el término mismo de *Romania,* menos pudo hacerlo la dirección arqueológica. El olvidado nombre debía alcanzar su nueva hora en la segunda mitad del siglo. Pero fue por el camino real de la filología que hubo de llegarle.

III. Cimentación y proyecciones de la romanística

Por consejo de Goethe, Diez leyó con el mayor interés las obras de Raynouard, que no tardó en superar en su propio terreno.

Gaston Paris, 1863

No se sabría estimar bastante la actividad creciente de la nueva escuela del país al que pertenece Raynouard, el fundador de la filología románica.

Friedrich Diez, 1869

Dos sabios merecen ser considerados como los fundadores de la filología y de la lingüística románicas: F. Raynouard en Francia y F. Diez en Alemania.

Charles Camproux, 1974

En curso profesado en Berlín en 1804, Augusto Guillermo Schlegel destaca en varias

ocasiones el papel de iniciadores de los trovadores y su influencia sobre toda Europa […]. Federico Schlegel sostenía en París posiciones casi idénticas.

HENRI DURANTON, 1977

1. RAYNOUARD Y LA FILOLOGÍA ROMÁNICA

Francisco Justo María Raynouard (1761-1836), es tal vez, el gran gozne personal sobre el cual gira históricamente la totalidad del presente estudio que lleva de *Romania a América Latina*.

Ninguno de ambos términos fueron de su uso, olvidado el primero, inexistente todavía el segundo. Pero fue a partir de su inmensa obra romanista que dicha conjunción terminológica fue posible. Lo fue, por un lado, en tanto que de dicha obra surgió la filología románica en su moderna fundamentación metódica: la exhumación y difusión del nombre "Romania", décadas más tarde, iba a resultar su desenlace inevitable, Y lo fue, por otro lado, en tanto que el desarrollo de la misma obra lo condujo a emplear de manera relevante la expresión "Europa latina", con un sentido que, en ese plano, hasta entonces no había tenido: Europa latina no ya del latín, sino de las lenguas derivadas de él; y muy pronto, en el preciso año de su muerte, 1836, ese nuevo sentido estaba dando lugar al

primer reconocimiento de su prolongación transoceánica en una América "latina".

El salto científico que transporta de Francisco Raynouard a su inmediato continuador, el alemán Federico Diez, es muy grande. Pero no mayor que el que debió dar Raynouard respecto a sus antecesores. De ahí que haya escrito Tagliavini: "Francisco Raynouard puede, en cierto modo, ser considerado el padre de la filología románica, lo cual reconoció Diez".

Tal escribió, no sin agregar casi en seguida, para mantener el justo punto: "F. Diez fue el fundador de la filología románica en el sentido más amplio".[1]

Diez, empero, no hubiera sido posible sin Raynouard, su directo inspirador, con reiterado reconocimiento suyo hasta el final de su vida. En Prefacio a la 3ª edición de su *Gramática de las lenguas románicas*, fechado en Bonn en septiembre de 1869, haciendo referencia al estado de los estudios filológicos en Francia, habló de "la nueva escuela del país al que pertenece Raynouard, el fundador de la filología románica". (Trad. francesa, 1874-1876, p. V).

La equilibrada opinión de Tagliavini es generalmente compartida por la literatura filológica

[1] Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas,* México, FCE, 1981, pp. 55, 56 y 57.

románica contemporánea. Pero a esa óptica historiográfica de hoy, cabe acompañar el juicio de Augusto Guillermo Schlegel, en un célebre opúsculo —sobre el que hemos de volver— apeñas iniciadas en 1816 las publicaciones de Raynouard en la materia. Nada más expresivo de la nueva era que en los estudios románicos se inauguraba. Dicho opúsculo vio la luz en París, en francés, en el mismo año 1818 en que Diez —de 24 años de edad entonces— se enteraba en Jena por Goethe de la obra emprendida por Raynouard, y recibía su consejo de prestarle atención.

A. G. Schlegel, quien conjuntamente con su hermano Federico se venía interesando por los trovadores desde la última década del siglo anterior, daba comienzo a su escrito con estas palabras: "Los trabajos de M. Raynouard están destinados a llenar una gran laguna en la historia literaria de la Edad Media. Todo el mundo hablaba de los Trovadores y nadie los conocía". Las varias páginas iniciales de gran encomio a la labor de Raynouard —previas a sus observaciones críticas— se cerraban así:

> La erudición de M. Raynouard, es tan extensa como sólida; pero lo que es más admirable todavía, es la crítica luminosa, el método verdaderamente filosófico que aporta en todas sus investigaciones.

> No avanza sin tener las pruebas en la mano; se remonta siempre a las fuentes, y las conoce todas.[2]

La verdad es que la labor científica de Raynouard, aun con sus errores, daba definitivamente vuelta la hoja respecto a las generalidades y vaguedades que venían dominando desde hacía tiempo en la provenzalística. Dejando otros aspectos, incluido su anterior texto dramático *Los templarios*, de amplia y prolongada repercusión en Francia y fuera de ella, el Grupo de Coppet comprendido, aquella labor científica se repartió fundamentalmente en dos grandes títulos generales, de seis volúmenes cada uno: *Choix des poésies originales des Troubadours* (1816-1821); *Lexique roman, ou Dictionnaire de la langue des Troubadours comparée avec les autres langues de l'Europe latine* (1838-1844).

Hemos dicho títulos generales, porque los volúmenes individuales tenían títulos propios adicionales, llegando aún, en algún caso, a reedición separada, independientemente del conjunto respectivo. Esto ha creado diversas dificultades, por falta de homogeneidad, en el registro de la bibliografía de Raynouard. Tomando como guía las dos colecciones —que, por otra parte, representan dos momentos del pensamiento doctrinario de Ray-

[2] Augusto Guillermo Schlegel, *Observations sur la langue et la littérature provençales*, París, 1818, pp. 1 y 4.

nouard — veamos ante todo la primera: *Choix des poésies originales des Troubadours*.

La portada del primer tomo, que por serlo resultó particularmente impactante, después de señalar la pertenencia del autor al Instituto Real de Francia (Academia Francesa y Academia de Inscripciones y Bellas Letras), explicitaba:

> Tomo Primero, contenido: Las pruebas históricas de la antigüedad de la Lengua románica; —Investigaciones sobre el origen y formación de esta lengua; —Elementos de su gramática, antes del año 1000; —La Gramática de la lengua de los Trovadores.

Hemos hecho la pormenorización, porque algunas de las partes mencionadas suelen figurar en la bibliografía de Raynouard como títulos independientes, con la misma fecha de 1816 en que el volumen apareció.

Lo esencial a destacar en ese fundante *Tomo Primero*, es la célebre tesis de Raynouard de la singularidad de la *lengua románica* (la *langue romane)*. No hay, a su juicio, varias lenguas románicas. Hay una sola, y ella es la provenzal, directamente derivada del latín popular en la alta Edad Media. De manera que cuando trata de la antigüedad de la "lengua románica", de su origen y formación, de su gramática, es de la lengua provenzal que trata.

Claro que hay en Europa otras lenguas que tienen también por antepasado al latín; pero entiende que lo tienen indirectamente, desde que en lo inmediato derivan todas de la románica, es decir, de la provenzal; habría servido entonces ésta de intermediaria histórica entre el latín y ellas.

¿Cuáles eran esas otras lenguas? Eran cuatro: la francesa, la española, la portuguesa y la italiana. No había todavía para ellas un nombre común. Raynouard siente la necesidad de encontrarlo. En este lugar ensaya tan sólo una aproximación por vía de perífrasis: *lenguas de la Europa latina*, expresión comprensiva de aquellas cuatro lenguas más la que era madre directa de todas ellas: la provenzal.

El primer pasaje en que lo hace se encierra en este párrafo:

> Así fueron formados e introducidos en la *lengua románica* esos artículos que caracterizan a *las lenguas de la Europa latina*, es decir, la lengua francesa, la española, la portuguesa y la italiana; artículos cuyo empleo fácil, pero uniforme, ha librado a estos idiomas modernos de la servidumbre de las declinaciones latinas, sin perjudicar la claridad del discurso.[3]

[3] Francisco Justo María, Raynouard, *Choix des poésies originales des Troubadours*, París, 1816, t. I, p. 44. Las cursivas son nuestras.

Luego, diversas referencias coincidentes: "los países de la Europa latina", "identidad de la lengua románica y de las otras lenguas de la Europa latina", "lenguas de la Europa latina".[4] Se trataba sólo de las cinco mencionadas.

Como puede verse, esas lenguas, que no tenían a aquellas fechas un nombre científico común, tampoco fueron decididamente bautizadas en conjunto por Raynouard. Pero éste preparó el camino. Y lo preparó doblemente. En una parte, lo preparó por la promoción científica del estudio del provenzal, la lengua por excelencia llamada hasta entonces por los franceses, *romane*, es decir, "románica" (así como para los españoles el castellano era por excelencia hasta entonces la lengua *romance*, palabra, en lo lingüístico, no sinónima todavía de "románica"). En otra parte, lo preparó por la remisión de la lengua provenzal, junto con las otras emparentadas, a una "Europa latina". El significado literal de esta expresión, no habitual por lo demás, era puramente histórico: mentaba la vieja Europa de una lengua muerta, el latín en su sentido propio. Raynouard innova al llamar —en el plano científico en que lo hace— "Europa latina" a la Europa de las vivientes lenguas derivadas del latín.

Aunque el punto se presta a muy diversos desarrollos, parece obligado recordar que dicha in-

[4] *Ibid.*, pp. 49, 82, 433 y 438.

novación, datada en 1816, quedaba inscripta en la primera gran onda de las insurgentes categorías étnico-culturales en torno a las nacionalidades y las razas, que se gesta en el primer romanticismo y se expande luego en la Europa posnapoleónica. Un pasaje de Mme. de Staël, en *De la Alemania*, de 1810, obra que conmocionaba a los espíritus franceses desde 1814, en su primera edición permitida en Francia, es como el pórtico de la nueva era. Se abría el primer capítulo con estas palabras fundamentales, y en cierto sentido de época, fundacionales:

> Se puede referir el origen de las principales naciones de Europa a tres grandes razas diferentes: la raza latina, la raza germánica, y la raza eslava. Los italianos, los franceses, los españoles, han recibido de los romanos su civilización y su lenguaje; los alemanes, los suizos, los ingleses, los suecos, los daneses y los holandeses son pueblos teutónicos; en fin, entre los eslavos, ocupan los poloneses y los rusos el primer rango. Las naciones cuya cultura intelectual es de origen latino son más antiguamente civilizadas que las otras; han heredado en su mayor parte la hábil sagacidad de los romanos en el manejo de los negocios de este mundo. Instituciones sociales fundadas sobre la religión pagana han precedido en ellas al establecimiento del cristianismo; y cuando los pueblos del norte han venido a conquistarlas,

estos pueblos han adoptado, bajo muchos aspectos, las costumbres del país del cual ellos eran los vencedores.[5]

¿Hasta qué punto un texto como éste, de tan poderosa gravitación en su hora, dejó de pesar en la inmediata innovación terminológica de Raynouard?

No había terminado Raynouard de publicar su primera colección, cuando ya en 1818 le dedica A. G. Schlegel, entonces en París, el opúsculo que hemos mencionado más arriba. Sin mengua de sus ya vistos grandes elogios al científico, se declara no convencido por la tesis —luego generalmente desechada— de que el provenzal sirviera de intermediario entre el latín y las otras lenguas derivadas de él. Volveremos sobre Schlegel. Apuntemos sólo aquí que acoge la expresión "Europa latina" en el sentido dado por Raynouard: "En la *Europa latina*, cuatro lenguas son hoy literariamente cultivadas: el italiano, el español, el portugués y el francés; una quinta, el provenzal, lo fue antes".[6]

En 1821, publicó Raynouard el Tomo sexto y último de su histórica obra *Choix des poésies origi-*

[5] Mme. De Staël, *De la Alemania*, 2ª ed., París, 1813, t. I, p. 1.

[6] Schlegel, *op. cit.*, p. 51.

nales des Troubadours. Dicho tomo, editado también en la misma fecha como libro independiente, tenía por título particular: *La gramática comparada de las lenguas de la Europa latina, en sus relaciones con la lengua de los Trovadores*. Creemos que es la primera vez que la expresión "Europa latina", en su nueva acepción de uso por Raynouard en 1816, resulta incorporada a un título de libro; otras comprobaciones podrían establecer cosa distinta.

En el texto, la mención de las "lenguas de la Europa latina" es reiteradísima, tanto en el "Discurso Preliminar",[7] como en el resto del volumen, parte titulada "Comparación de las lenguas de la Europa latina". Comenzaba esta parte así

> Para establecer la comparación de *las diversas lenguas de la Europa latina*, y principalmente del francés, del español, del portugués, y del italiano, con la lengua de los trovadores […] seguiré el plan adoptado en mi Gramática románica.[8]

Aunque aquí no lo mencione, en el "Discurso Preliminar" se ocupó del más tarde llamado rumano, denominándolo "lengua válaca o molda-

[7] Raynouard, *op. cit.*, t. VI, pp. IV; VIII; XI; XIX, XXVII (dos veces en el texto y dos en las notas); XXVIII; LX, LXI; LXIII; LXIV; LXV; LXVI, LXVII (dos veces); LXVIII.

[8] *Ibid.*, p. 1.

va" (más a menudo sólo válaca), inclinándose finalmente por incluirlo también entre las "lenguas de la Europa latina".[9] Es de puntualizarse que en ningún momento, en este periodo, habla de lenguas "románicas", o "neolatinas", o "latinas": sólo de "lenguas de la Europa latina", descendientes de la provenzal lengua románica *(la langue romane)*, y ésta del latín.

La situación tendrá más de una variante en su segunda gran obra general, igualmente abarcadora de seis volúmenes, publicada lustros más tarde, en seguida de su muerte, de 1838 a 1844: su célebre *Lexique roman,* reducido aquí al extremo su largo título, que ya hemos registrado más arriba. Esta obra póstuma tuvo un anticipo en vida de Raynouard, bajo la forma de un opúsculo que se incorporó después como "Introducción" al tomo segundo. Tal opúsculo llevaba por título *Influencia de la lengua románica rústica sobre las lenguas de la Europa latina.* Publicado en 1836, el mismo año en que Raynouard moría, vino a constituir en el conjunto de su obra la segunda presencia de la expresión "Europa latina" en título de volumen independiente.

Con respecto a la materia de nuestro interés, tres importantes novedades figuran allí, prolongadas luego en el curso de la obra mayor.

[9] *Ibid.*, pp. LXI a LXVIII.

En primer lugar, Raynouard hace aquí énfasis en una distinción interna a la lengua románica. No habría existido una sola sino dos: la *románica rústica,* primera en el tiempo, directamente derivada del latín en los siglos iniciales de la Edad Media, y extendida por toda Europa donde el latín había sido lengua popular viva; y la *románica provenzal*, la lengua de los trovadores, posterior a aquélla, de la cual derivó al igual que todas las demás lenguas de la Europa latina, pero habiéndolo hecho más temprano que todas éstas. La verdadera lengua intermediaria entre el latín y las modernas de la Europa latina, no habría sido entonces la románica provenzal de los trovadores, sino la "románica rústica". Era una importante concesión que Raynouard hacía a los críticos de su tesis tal como al principio la presentara.

En segundo lugar, Raynouard adopta ahora un nombre directo para las lenguas a que antes aludía con el circunloquio —por otra parte nunca abandonado— "de la Europa latina": las denomina sencillamente, *lenguas neolatinas,* expresión llamada a larga fortuna, si bien en convivencia con otras. Ya veremos que Friedrich Diez, acaso su primer usuario, la había introducido en su obra *La poesía de los trovadores*, de 1826. Ignoramos si entre 1821 y 1836, la había empleado Raynouard en alguna memoria académica o escrito de revista. La verdad es que en su *Lexique roman* resultó reitera-

dísima.[10] Sin perjuicio de volver sobre el punto, digamos aquí que estos problemas de nomenclatura han sido objeto de diversas alternativas en los siglos XIX y XX.

En tercer lugar, Raynouard agrega ahora una sexta a sus iniciales cinco lenguas "de la Europa latina", o de lenguas "neolatinas". El mencionado opúsculo de 1836 se dedica ante todo a la "lengua románica rústica". Y desde la primera página establece el autor que "el examen profundizado del estado de esta lengua", le permitirá indicar "las numerosas afinidades, las relaciones a menudo idénticas de las *seis lenguas neolatinas*: la de los trovadores; la catalana; la española; la portuguesa; la italiana; la francesa".

A continuación inmediata precisaba así su objetivo: "Emprendo, para la lexicografía de estos

[10] Basten unos ejemplos de las "Consideraciones Preliminares" del t. I, 1838: *Comparando la lengua de los trovadores con los otras lenguas neolatinas*[…], p. XI; […] estas relaciones lexicográficas de las seis lenguas neolatinas[…], p. XII; […] a fin de mejor conocer y mejor apreciar los otros idiomas neolatinos, p. XIII; […] *la formación de las lenguas neolatinas*, p. XIV; *Las relaciones idénticas que este examen señala entre las seis lenguas neolatinas*, p. XVI; *Las seis diversas lenguas neolatinas,* p. XVI; […] *las otras lenguas neolatinas,* pp. XVII y XVIII. Respecto a la terminología y consiguiente conceptuación de Raynouard, suele haber descuidos en los tratadistas.

idiomas, lo que he tratado de ejecutar para la comparación de sus formas gramaticales".[11]

No sólo agrega el catalán (sin volver sobre el válaco), sino que la lengua provenzal de los trovadores resulta también producto de una lengua anterior intermediaria, la "románica rústica". Al pasaje citado seguían estas palabras:

> Me atrevo a esperar que el resultado de mis investigaciones demostrará evidentemente el origen común de las diversas lenguas de la Europa latina, y no dejará ninguna duda sobre la existencia antigua de un tipo primitivo, es decir, de una lengua intermediaria, idioma todavía grosero, sin duda, pero que sin embargo estaba dirigido por principios racionales, principalmente cuando se apropiaba, bajo formas nuevas, varias palabras de la lengua latina.[12]

Eso decía, no sin puntualizar en 1838:

> Tenemos pues por probado que la lengua de los trovadores, la *románica provenzal*, salida directamente del tipo primitivo, es decir, de la *románica rústica*, se

[11] Francisco Justo María Raynouard, *Influence de la langue romane rustique sur les langues de l'Europe latine*, París 1836, p. 1. Las cursivas son nuestras.

[12] *Loc. cit*.

formó y se perfeccionó antes que *las otras lenguas de la Europa latina*.[13]

2. Los hermanos Schlegel y la filología románica

Ya está dicho que el inmediato y grande continuador de la obra de Raynouard, en el plano en que éste había colocado a la filología románica, fue el alemán Federico Diez. Con él, la fundación científica de la misma resultó definitiva. Pero, cruzando así el Rhin, parece obligada la mención previa del aporte, en esta materia, de dos compatriotas suyos de la generación anterior. Después de haber tenido personal relación con Raynouard, la tuvieron también con él: los hermanos Augusto Guillermo Schlegel (1767-1845) y Federico Schlegel (1772-1829).

Ya en 1795, varias cartas intercambiadas entre ellos, jóvenes veinteañeros entonces, testimonian su temprano interés por la literatura provenzal.[14] La verdad es que era ello producto de una onda cultural ambiente, inseparable de los comienzos

[13] Raynouard, *Lexique roman*, t. I, p. XVIII.

[14] Henri Duranton, "L'interprétation du mythe troubadour par le Groupe de Coppet", en *Le Groupe de Coppet*, Ginebra/París, 1977, p. 371.

del romanticismo. Del último decenio del siglo XVIII hasta alrededor de 1820, los estudios literarios románicos en Alemania, escribe Lorenzo Renzi, "responden a una urgente necesidad cultural, se insertan en amplias perspectivas filosóficas, y son cultivados por algunos de los más grandes espíritus de la época".

Y agrega: "En estos treinta años de estudio, *románico* no es más que una gran rama de lo *romántico*".[15]

De "los más grandes espíritus de la época", en Alemania, ahí aludidos, el gran punto de partida es Herder (1744-1803), con sus innovadoras concepciones de filosofía de la historia. El mismo Renzi, en afirmación compartible o no según el alcance que se le atribuya, llega a decir: "Herder es el primer gran iniciador de los estudios románicos",[16] aparte de su significación más general de preparador del romanticismo. Por supuesto, no debe olvidarse que a dichos estudios no se les llamaba inicialmente "románicos": era de la lengua y de la literatura "provenzales", o "del Mediodía de Francia", o más comúnmente, "de los trovadores", que se trataba. Lengua y literatura que constituyeron

[15] Lorenzo Renzi, *Introducción a la filología románica*, trad. de Pilar García Mouton, Madrid, Gredos, 1982, pp. 89 y 90 (Digamos al pasar que esta aseveración de Renzi respalda, de algún modo, la distinción que más arriba hemos hecho entre *romanticismo* y *romanismo*.

[16] *Ibid.*, p. 57.

el nervio más sensible del primer romanticismo, por algo bautizado precisamente con este nombre; todo ello sin perjuicio de incursiones en las viejas literaturas italiana, española y portuguesa.

Después de Herder, desde espíritus como Tieck o Grimm, destacados en otros campos, hasta el propio Goethe, casi septuagenario lector entusiasta de Raynouard en 1817. Pero por lo que a la romanística se refiere, los alemanes sobresalientes del periodo fueron los hermanos Schlegel.

De ambos, la dedicación de Federico a esta área tuvo menos intensidad y continuidad, orientado a otros estudios filológicos, en especial el sánscrito y la literatura hindú, a los que debe su mayor reputación. No obstante, es de recordarse que después de su iniciación provenzalista de la década anterior, se aplicó en París, de 1802 a 1804, al estudio de los manuscritos de los trovadores. Quiso entonces asociarse con Raynouard para estudiar y editar la literatura provenzal, proyecto que no prosperó. Con todo, publicó en 1804 un artículo sobre aquellos manuscritos; y en 1822, al reeditar su *Historia de la literatura antigua y moderna,* originada en curso dictado en Viena en 1812, la retocó para tomar en cuenta el reciente trabajo de su hermano dedicado a la obra de Raynouard sobre los trovadores.[17]

[17] Duranton, *op. cit.*, pp. 371 y 372; Tagliavini, *op. cit.*, p. 110.

Aun cuando también, como su hermano, otros intereses intelectuales lo atrajeran, la dedicación romanística de Augusto Guillermo fue mayor. A partir de 1790, tradujo al alemán poesías italianas, españolas y portuguesas.[18] En 1804, en curso profesado en Berlín, destaca el papel de iniciación que correspondió a los trovadores y su influencia en toda Europa. En los años siguientes —intensa participación en Coppet mediante—

> completó su documentación con ardor, hasta el momento en que pudo al fin tener contacto directo con los manuscritos de la actual Biblioteca Nacional durante el invierno 1813-1814. Amigo de Fauriel y de G. Favre, en relación con Raynouard, mereció de este último la distinción de ser contado entre los cinco hombres que, en el mundo, según Raynouard, sabían de lo que hablaban tratándose de los trovadores.[19]

Es desde esa situación que publica en 1818, sus ya citadas *Observaciones sobre la lengua y la literatura provenzales*, en carácter de comentario a la colección de Raynouard, de cuyos seis tomos entre 1816 y 1821, sólo habían aparecido entonces los dos primeros.

[18] *Ibid.*, p. 48.
[19] Duranton, *op. cit.*, pp. 354 y 360.

De aquel comentario nos interesa retener en este lugar el siguiente fragmento:

> M. Raynouard emplea el nombre de *lengua románica (langue romane)*, de una manera general y absoluta. No admite más que una sola. Sostiene que, desde la alteración del latín, esta lengua, tal como nos la hace conocer, ha sido hablada primero en toda la extensión del imperio occidental, y que no es más que varios siglos después de esta época que, en las diferente provincias, el italiano, el español, el portugués y el francés han comenzado a tomar su carácter particular. Considera, pues, a la lengua románica como un intermediario entre el latín y las diversas lenguas modernas que derivan de él. Lo confieso, a este respecto sus argumentos no me han convencido.[20]

Con esas palabras se formalizaba la muy pronto general crítica a Raynouard por su restricción al Mediodía de Francia, del concepto lingüístico de "románico". Sin embargo, no llega Schlegel al después consagrado plural de "lenguas románicas". Su expresión preferente, empleada en diversos sitios, es la de "lenguas derivadas del latín", o "idiomas derivados del latín".[21]

[20] Schlegel, *op. cit.*, p. 39.
[21] *Ibid.*, pp. 5, 13, 28, 39, 53, 107, n. 32; 109, n. 33.

Por excepción las llamaba "lenguas latinas mixtas", dos veces en una misma página;[22] giro que se relaciona con su adopción también en aquel texto —como lo hemos señalado páginas atrás— de la locución "Europa latina" a que Raynouard había apelado con un sentido nuevo.[23]

No terminó ahí la dedicación de A. G. Schlegel a la filología románica. En los años 1833-1834 analizó con mucha simpatía, en una serie de artículos en el *Journal de Debats,* el anticipo por C. Fauriel en la *Revue de Deux Mondes*, de parte de su curso sobre *Historia de la poesía provenzal*, que sólo después de su muerte tuvo forma de libro.

Por otra parte, la poesía de los trovadores —que fuera gran tema suyo durante 40 años— no fue su única devoción romanista. En algún momento habría dicho que "un solo monumento como el del *Cid* era de mayor valor para una nación, que toda una biblioteca atestada de obras literarias hijas únicamente del ingenio y sin contenido nacional".[24]

3. Diez y la filología románica

Del alemán Federico Diez (1794-1876), hemos debido hacer mención más de una vez en las pági-

[22] *Ibid.*, p. 21.
[23] *Ibid.*, pp. 21 y 51.
[24] Tagliavini, *op. cit.*, p. 674.

nas anteriores. Directa o indirectamente, todas las referencias han tenido por punto de partida o de llegada su decisivo papel en la fundación de la filología románica. En una época en que la filología a secas, en tanto que disciplina científica, daba sus primeros pasos, aplicó él al orbe románico el método histórico-comparativo con que Franz Bopp acababa de establecer la filología indoeuropea (hacia 1816), y Jacobo Grimm la germánica (hacia 1822).

A esta altura tendría que ser innecesario aclarar que su obra sólo nos interesa aquí —muy lejos de los contenidos especializados— por lo que tiene de insoslayable pieza histórica en la recuperación del concepto de Romania. Hasta donde llegan nuestros conocimientos, no fue término de su uso.[25] Pero todo lleva a concluir que él fue el primero —por lo menos a su nivel científico filológico, para no olvidar anticipaciones literarias como la de Sismondi— que llamó "lenguas románicas", de-

[25] En cuanto al propio término "filología románica" no llegó a usarlo sino al final de su vida. Según Tagliavini, *op. cit*., pp. 47 y 48, n. 2, este término fue empleado por primera vez, "al parecer", por K. A. Mahn en 1863, Sin embargo, en el mismo año 1863 hemos encontrado en Gaston Paris, más de una vez, en el "Prefacio" que antepuso a su traducción francesa de Federico Diez, *Introducción a la Grammaire des Langues Romanes*, París, 1863, pp. XII, XIII y XVI; y cabe observar que dicho "Prefacio" está fechado en octubre de 1862.

finitivamente en plural, a la totalidad de las lenguas derivadas del latín; y a la vez el primero —también a dicho nivel— que las llamó "neolatinas".

La atracción ejercida en Diez por las literaturas meridionales fue muy temprana, aunque por razones generacionales haya resultado ser epigonal respecto a la que sintieron desde la última década del siglo XVIII, los primeros grandes románticos alemanes. En 1816, a los 22 años de edad, se aplicó a la española y portuguesa, y en 1817 publicó en Francfort la traducción en verso al alemán de varios romances españoles. También Grimm, que tomaría después otros rumbos, fundando la germanística, acababa de publicar en Viena, en 1815, una antología de romances españoles en su idioma original, con presentación asimismo en español. El interés meridional de Diez, empero, se desplazó rápidamente al mundo provenzal, para echar allí los cimientos de su grande obra. Fue decisiva en ello una alta mediación, bien reveladora de las ya señaladas inquietudes romanistas de la Alemania de la época.

En 1863, en vida todavía de Diez, escribía su discípulo francés Gaston Paris:

> En el mes de abril de 1818, Diez hizo la peregrinación que cumplían entonces todos los escritores de Alemania, fue a visitar al gran Goethe, quien se encontraba en ese momento en Jena. Goethe no era in-

diferente a ninguna de las manifestaciones literarias que llegaban a su conocimiento. Había leído en 1817, consta en sus *Anales*, las obras en que Raynouard revelaba al mundo sabio la literatura provenzal. Goethe entrevió en esos primeros fragmentos toda una poesía nueva, y en aquella lengua un tema de fecundo estudio. Habló de ello a su visitante, a quien dichos trabajos eran completamente desconocidos, y lo incitó a prestarle su atención, persuadido de que era capaz de sacarle partido. Diez, en efecto, leyó con el mayor interés las obras de nuestro célebre compatriota, que no tardó en superar en su propio terreno. Nunca, sin embargo, ha desconocido los servicios hechos por Raynouard a la ciencia y a él personalmente. Por el contrario, ha aprovechado más de una vez la ocasión de hacer públicos el respeto y el reconocimiento que ha conservado para su memoria.[26]

Dos primeras notables obras fueron el fruto de aquel consejo de Goethe: *La poesía de los trovadores*, 1826; *Vida y obra de los trovadores*, 1829.

Ya en la primera de ellas, la expresión "lenguas románicas", en plural, con el sentido de denominación de la totalidad de las derivadas del latín, aparece con reiteración, junto al sinónimo, tam-

[26] Gaston Paris, "Prefacio" citado en la nota que antecede, pp. XIV, XV. Véase además: Karl Vossler, *Romania y Germania*, Madrid, 1956, p. 118.

bién innovador, de "lenguas neolatinas". Está de más la aclaración de que tanto como "lenguas" dice "idiomas"; pero no lo está la de que, a la vez, con el mismo alcance de "lenguas" e "idiomas" dice de tanto en tanto "dialectos". Por supuesto, empleada esta expresión en su sentido más lato; consabido es que, en general, dejó Diez de lado el estudio de los dialectos en sentido estricto, o en su acepción más restringida, siendo posterior a él la fundación y desarrollo de la dialectología como rama lingüística.

Sin entrar en aspectos técnicos de sus tesis —que hacen más expresa justicia a Raynouard de lo que habitualmente se reconoce— registramos, por ejemplo, bajo el subtítulo de "Filiación de los dialectos románicos", esta frase inicial:

> Es generalmente admitido que los diversos idiomas neolatinos o románicos, tomaron sucesivamente nacimiento en una confusión de lenguaje, resultado de la mezcla de los pueblos romanizados y germánicos, posteriormente a las grandes migraciones.

Y luego: "idiomas románicos"; "lenguas románicas"; "las tres lenguas románicas, el italiano, el provenzal y aun el español o castellano, poseían las cualidades requeridas para llegar a ser lengua escrita, bien antes de ser empleadas como tales"; "la consecuencia fue ese esfuerzo hacia la claridad,

tan notable en las lenguas románicas".[27] Para establecer al fin esta conclusión:

> Es, pues, más racional considerar a las lenguas románicas como dialectos latinos que, en la dirección querida por su condición natal y por las del clima, se alejaban no como ciegos, sino a pasos medidos y bajo principio, de su lengua materna.[28]

Profesor ordinario en Bonn desde 1830, se aplicó Diez en lo sucesivo a estudios más propiamente lingüísticos de la filología románica. De ahí las dos obras mayores, entre otros títulos de su nuevo periodo, de todas las suyas; *Gramática de las lenguas románicas* (1836-1842), y *Diccionario etimológico de las lenguas románicas* (1853), luego reeditadas y aumentadas por él mismo. Fue por estas obras que la fundación de la filología románica resultó definitiva; pero a la vez, la imposición terminológica de la denominación "lenguas románicas". Importa aquí la primera de ellas.

Muy recordadas son las palabras iniciales de la Primera Parte, titulada "Elementos de las lenguas Románicas":

[27] Federico Diez, *La poésie des troubadours*, trad. de F. de Roisin, París-Lille, 1845, pp. 277, 279, 285, 308, 313 y 314.

[28] *Ibid.*, p. 314.

> Seis lenguas románicas atraen nuestra atención, sea por su originalidad gramatical, sea por su importancia literaria: dos al este, el italiano y el válaco; dos al sudoeste, el español y el portugués; dos al noroeste, el provenzal y el francés. Todas tienen en el latín su primera y principal fuente; pero no es del latín clásico empleado por los autores, que ellas han salido: es, como se ha dicho a menudo y con razón, de la lengua popular de los Romanos, que era usada al lado del latín clásico.[29]

Menos recordadas, en cambio, son estas otras del comienzo de la Segunda Parte, titulada "Dominio de las lenguas románicas": "La expresión *lenguas románicas* no ha sido consagrada como designación general de todos los idiomas salidos del latín, sino en estos últimos tiempos y en Alemania".[30]

¿Pensaba acaso en él mismo, por el empleo que había hecho en su obra de 1826? Muy significativamente agrega:

> Raynouard, quien no entendía por *lengua románica* más que el provenzal, se servía para designar el conjunto de las lenguas, del circunloquio *lenguas de la Europa latina*; más tarde, del compuesto *neolatinas*, que ha encontrado más favor.[31]

[29] Diez, *Grammaire des Langues Romanes…*, p. 1.
[30] *Ibid.*, pp. 89 y 90.
[31] *Ibid.*, p. 90.

Vimos que el propio Diez empleaba la expresión "lenguas neolatinas" en su mencionada obra de 1826. Parece muy verosímil que le fue sugerida por el que llama inicial "circunloquio" de Raynouard. Pero a la vez debió ser de Diez que Raynouard la tomó en seguida. En éste la registramos por primera vez en 1836. Siendo la primera edición de la *Gramática* de Diez también de 1836, este pasaje pudo ser incorporado en ediciones posteriores, si es que entre 1826 y 1836 Raynouard no había adoptado el término en escritos secundarios.

En 1830-1832 dictó Fauriel en la Sorbona sus históricos cursos sobre los trovadores, de publicación póstuma como libro en 1846. En el orden lingüístico habla de "lenguas románicas o neolatinas", si bien empleando con más frecuencia la segunda denominación.[32] Aunque anticipó periodísticamente algunas lecciones, queda sin determinar si el término "neolatino" aplicado a las lenguas, le venía de la obra de Diez de 1826, o de los escritos finales de Raynouard, o de otras fuentes, entre ellas su propia inspiración.

El empuje con que después de diversos anuncios se constituyó la filología románica científica a principios del siglo XIX, en la dominante línea Raynouard, los hermanos Schlegel, Diez; y luego su

[32] C. Fauriel, *Histoire de la poésie provençale*, París, 1846, t. I, pp. 182, 208, 209, 231 y 232.

rápido desenvolvimiento con participación siempre de grandes investigadores de lengua materna ajena a su dominio, obedece a razones de distinta índole. Por ejemplo, en lo literario, mucho influyó la gran atracción de la temprana poesía de la Provenza, en contraste estético-cultural con la entonces llamada literatura del Norte al mismo tiempo que con la de la Antigüedad; en lo lingüístico, impresionó cada vez más el estrecho parentesco de la lengua de los trovadores con un relativamente alto número de otras bien diferenciadas entre sí al cabo de un proceso multisecular; en fin, también en lo lingüístico —y por encima de todo el punto de vista científico— la filología románica presentó el fundamental interés de ocuparse, más allá de la temática provenzal, de una familia de lenguas de la cual era conocido el inmediato ascendiente común. Esta circunstancia, por ser históricamente única, la convirtió desde el primer momento en rama privilegiada de la filología.

Puntualiza Tagliavini:

> Las lenguas indoeuropeas, por ejemplo, son afines por ser todas continuación de una sola lengua más antigua no conservada; pero a su vez las lenguas germánicas, las lenguas eslavas, etc., que son secciones del indoeuropeo, proceden de un germánico y de un eslavo comunes, no conservados pero que sin duda existieron. Es natural que, una vez admitido este principio, que constituye el criterio

básico de la lingüística histórica y genealógica, *fuesen consideradas con gran atención las lenguas romances,* que representan *el único ejemplo de un grupo de lenguas genealógicamente afines cuya base, el latín, se conserva.*[33]

4. Romanidad y latinidad en sus sentidos nuevos

Conforme a lo que ha podido verse, con el mismo carácter paradojico con que el Romanticismo se formalizó y fue bautizado en Alemania a fines del siglo XVIII, también en Alemania culminó la fundación de la filología románica y fue en ella que científicamente se empleó por primera vez en plural, la expresión "lenguas románicas". Todo esto por obra de Diez, en la década de los veinte del siglo XIX. Le permitió ello decir ya en su *Gramática* de 1836, como también hemos visto: "La expresión *lenguas románicas* no ha sido consagrada como designación general de todos los idiomas salidos del latín más que en los últimos tiempos y en Alemania".[34]

En las décadas siguientes, el término "lenguas románicas" se impuso en la nomenclatura filoló-

[33] Tagliavini, *op. cit.,* p. 50. Las cursivas son nuestras.

[34] Diez, *Grammaire des Langues Romanes…*, n. 30. Es posible que Diez haya incorporado esta frase en una edición posterior.

gica sobre su bien apropiado sinónimo "lenguas neolatinas", nacido al mismo tiempo y al cual no se dejó de seguir apelando con relativa frecuencia, entonces y después, hasta el día de hoy. Con mayor razón se impuso en la misma nomenclatura sobre el término "lenguas latinas".

Hemos dicho en la nomenclatura filológica, porque la situación será precisamente inversa en otros dominios culturales, desde la literatura a la etnología, desde la historia a la política. Así como en lo filológico la categoría de *romanidad* adquiere un sentido nuevo, en tanto que referida no al muerto mundo romano sino al viviente mundo románico, en aquellos otros dominios es la categoría de *latinidad* la que adquiere un nuevo sentido, en las mismas condiciones y como parte indivisible de la misma corriente de sentimientos y de ideas. En ambos casos sin que perdieran su vigencia, por supuesto, las acepciones originarias de uno y otro término, siempre operantes como ancestros históricos.

En vínculo con la entrelazada cuestión de las nacionalidades y las razas, tan activa y emocional en la conciencia romántica, la categoría de latinidad —en el expresado nuevo sentido de alusión al orbe neolatino— llegó aún a sobreponerse, ampliamente, sobre la de romanidad, por su poderosa acción en dichos otros dominios de más general resonancia. Mientras en lo filológico especializado se trataba ante todo de "lenguas románicas", más allá de su

ámbito era de "razas latinas", de "naciones latinas", de "pueblos latinos", de "países latinos", y hasta de "lengua latinas", que paralelamente —a la vez que ruidosamente— se hablaba, con idéntico alcance.

Configuraba ello una nueva forma de paradoja, porque para todos el gran punto de partida, o de referencia —y por lo mismo de convergencia— era lingüístico: *el latín,* como entidad idiomática. En apariencia, es en lo filológico donde antes que en otro sitio debió imponerse la terminología latinista. Pero la filología románica no podía adoptar el nombre de "filología latina", por el inevitable equívoco con el estudio filológico del latín clásico. Por efecto secundario, esta imposibilidad arrastró consigo el nombre de "filología neolatina", sin impedimento de que en el marco de la filología románica se hablase y se siga hablando, con toda legitimidad, de "lenguas neolatinas".

Tampoco ha dejado de hablarse en el mismo marco, aunque no de manera habitual, de "lenguas latinas".

Tal expresión, aplicada a las lenguas derivadas del latín, tuvo un temprano empleo romántico en el campo de la literatura. Aparece en la pluma de Mme. de Staël en su fundamental —tanto como fundante en más de un aspecto— *De la Alemania*, de 1810. Después de haber hablado en el primer párrafo de la primera página, de la "raza latina", diferenciada de la germánica y la eslava, con la

inmediata dicotomía de naciones germánicas y "naciones latinas", habló, aunque rara vez, de "las lenguas latinas", a propósito de su pronunciación o de su traducción, en comparación también siempre con las lenguas germánicas (o teutónicas).[35] Evitada entonces esta expresión por los filólogos, de Raynouard a Diez, la hizo suya, por ejemplo, Michelet, en el campo de la historia, por lo menos hacia 1830, cuando preconizaba la "íntima unión" de Francia con los "pueblos de lenguas latinas", con Italia y España.[36] De ahí en adelante, su uso al margen de la ciencia filológica se va difundiendo a compás de la imposición creciente del nuevo sentido de la latinidad. Semejante difusión llegó a hacer que la romanística misma no pudiera mantenerse hermética ante la expresión "lenguas latinas".

Pero más allá de dicha expresión, la "filología románica" ha sido relacionada muchas veces con la "latinidad", no sólo en su viejo sentido, sino también en el nuevo, significante del orbe neolatino. Fue así en el siglo XIX, y en grado apreciable lo ha seguido siendo en el XX. La romanidad y la latinidad, en los sentidos que adquirieron desde el Romanticismo, si bien diferentes entre sí, vienen a

[35] Mme. de Staël, *De Allemagne*, París, 1857: "naciones latinas", pp. 10, 145; "lenguas latinas", pp. 33, 104.

[36] J. Michelet, "Introducion à l'Histoire Universelle", en *Histoire et philosophie*, París, 1900, pp. 101 y 102.

resultar de ese modo —por lo mismo que son fruto del mismo giro histórico de conciencia— entrecruzadas a menudo, y en consecuencia mutuamente potenciadas.

La imposición decimonónica, en lo filológico, del término "lenguas románicas", se objetivó, o institucionalizó, en la década de los setenta en el título de publicaciones científicas periódicas de Francia, Alemania, Italia. Importa destacar aquí las dos primeras revistas de todo el conjunto, ambas de Francia. Son ellas altamente representativas de la consolidación de la romanidad y la latinidad nuevas, en lo que tuvieron de fenómeno indiviso.

En 1870, bajo la dirección de Alfonso Roque-Ferrier, se fundó en Montpellier la *Revue des langues romanes*, órgano de una "Sociedad de las lenguas románicas", constituida en la misma ciudad el año anterior. Llamada a larga duración de uno a otro siglo, la revista tiene ante todo el doble significado de ser pionera y de haber surgido en la vieja Provenza, corazón de la Romania medieval, para cuyo idioma Raynouard había querido reservar, en singular, el término "lengua románica". Pero tiene además el enorme interés de haber sido impulsora del tal vez más importante movimiento *latinista* de su época, bajo la divisa de lo que se llamó la "idea latina"; cuestión ésta sobre la que hemos de volver.

Mayor significación todavía para nuestro asunto, tiene la inmediata fundación en 1872, en París,

por Pablo Meyer y Gaston Paris, de la revista *Romania*; el subtítulo establecía su consagración al "estudio de las lenguas románicas". Más de una vez hemos debido mencionar esta revista, así como su célebre ensayo introductorio por la pluma de G. Paris, titulado "Romani, Romania". Nos limitaremos aquí a tres rápidas apuntaciones respecto a éste.

a) Su primer párrafo constituye un nuevo inestimable testimonio de época sobre la novedad científica del término *lenguas románicas:*

> El nombre de lenguas románicas (romanes), actualmente recibido en la ciencia, hace sensible a todos el lazo que une a los idiomas a los cuales se aplica y el origen de su comunidad. Este nombre no le es atribuido más que desde hace muy poco tiempo.

b) Por primera vez extiende a América el nombre de Romania: "En el Nuevo Mundo la Romania se ha anexado inmensos territorios.

c) Su último párrafo incluía esta referencia al título de la revista: "[…] el bello nombre desde hace mucho tiempo olvidado".[37]

[37] Gaston Paris, "Romani, Romania", en revista *Romania*, núm. 1, París, 1872, pp. 1, 19 y 22.

Hasta donde llegan nuestras comprobaciones, no se había exhumado hasta entonces el nombre *Romania*. Vimos con qué alcance, circunscripto al área bizantina, lo registraba en el siglo XVIII la *Enciclopedia* de Diderot y D'Alembert. Ya en el siglo XIX, el *Glosario de la lengua románica,* de J. B. B. Roquefort, de 1808, tan limitado en comparación con las muy próximas publicaciones de Raynouard, apenas consignó en la misma acepción: "*Romanie:* Empire d'Orient", reiterando el escueto enunciado de Du Cange en el siglo XVII.[38] Pero luego, ni Raynouard ni Diez, ni ninguno de sus coetáneos y sucesores, comprendido el propio G. Paris en sus escritos anteriores a 1872 —repetimos, hasta donde llegan nuestras comprobaciones— acudieron a él para relacionarlo con el mundo lingüístico neolatino de la Europa occidental. La verdad es que P. Meyer y G. Paris, los más destacados discípulos franceses de Diez,[39] al

[38] J. B. B. Roquefort, *Glossaire de la langue romane*, París, 1808, t. II, p. 494. En el "Discurso Preliminar", habla siempre de la lengua "románica", en singular, como madre del francés; nunca habla de "lenguas románicas", y menos de "lenguas neolatinas" o "lenguas latinas".

[39] Cuando Federico Diez murió en 1876, la revista *Romania* le dedicó una sentida nota. Gaston Paris había sido su alumno en Bonn y P. Meyer su visitante. Dijo entonces la revista: "Todos los romanistas actuales se han sentado al pie de su cátedra o se han formado en la lectura de sus libros". Revista *Romania*, t. V, 1876, p. 412.

hacerlo en 1872, renovaron en cierto modo la palabra inspirados en el plural "lenguas románicas" en que hiciera énfasis su maestro, imprimiéndole un impulso semántico que seguramente no pudieron entonces imaginar.

La reafirmación del término "lenguas románicas" y la exhumación del término *Romania,* extendido ahora al Nuevo Mundo, hacen de aquel introductorio ensayo de G. Paris, una de las piezas fundamentales del nuevo sentido de la *romanidad* en el naciente campo científico de la filología. Pero también, en el mismo campo, del nuevo sentido de la *latinidad.*

Cierto es que G. Paris no usa allí la expresión "lenguas neolatinas", que había llegado a ser de empleo equivalente por parte de los iniciadores Raynouard, Diez, Fauriel, y que venía haciendo fortuna en Italia y aún en España; en esta última la emplean con reiteración en Madrid, a mediados de 1859 —no sin recordar a aquellos maestros— Pedro Felipe Monlau, Juan Eugenio Hartzenbusch y Francisco de Paula Canalejas, en sendos escritos sobre el origen del español.[40] Menos hizo uso G. Paris de la expresión "lenguas latinas". Sin embar-

[40] Véase el opúsculo: *Discursos leídos ante la Real Academia Española, en la Recepción Pública del Ilmo. Sr. D. Pedro Felipe Monlau, el día 29 de Junio de 1859*: discursos de Pedro Felipe Monlau y Juan Eugenio Hartzenbusch. Véase también Francisco de Paula Canalejas, "Recepciones Académicas", comentario

go, de modo curioso, presionada su pluma por la filiación latina de las lenguas románicas, llega al extremo de llamar al conjunto de las mismas, sencillamente *el latín*.

A cierta altura escribe "El latín, en sus diferentes dialectos populares —que son las lenguas románicas— es hablado hoy por un número de hombres mucho más considerable que en el tiempo del mayor esplendor del Imperio".

Y más adelante, haciendo referencia a la moderna Romania de su época, europea y extraeuropea, la concibe como "los diversos pueblos que hablan todavía latín".[41]

Romanidad y latinidad en sus nuevos sentidos, operan como categorías solidarias en el área especializada de la filología, si bien con predominio terminológico de la primera. No menos lo hacen en los dominios culturales más generales, pero entonces con predominio terminológico de la segunda.

---

crítico de aquellos discursos, en revista *La América*, Madrid, agosto y septiembre de 1859.

[41] Paris, *op. cit.*, pp. 19 y 21.

IV. América Latina y la Romania románica

Hoy la parte continental del Nuevo Mundo se encuentra como repartida entre tres pueblos de origen europeo: uno, y el más poderoso, es de raza germánica; los otros dos pertenecen por su lengua, su literatura y sus costumbres, a la Europea latina.

Alejandro de Humboldt, 1825

La raza de la América latina al frente tiene la sajona raza.

José María Torres Caicedo, 1856

La confederación de la raza latina; he aquí la única salvación de la América […].

Emilio Castelar, 1857

No se sabe de donde venían, por ejemplo, los Latinos esa ínfima parte de los Indo-Europeos, que iban a tener, sin embargo, un destino excepcional, porque después de haber alcanzado el Océano Atlántico en Galia y

en la Península Ibérica, iban a atravesarlo para descubrir el Nuevo Mundo e imponer en él lenguas neolatinas.

ALVARO ROCCHETTI, 1983

1. EUROPA LATINA E IDEOLOGÍA LATINISTA EN EL SIGLO XIX

La Europa del latín antiguo, es decir, del latín en su sentido propio, no recibió en su momento la adjetivación de "Europa latina", y menos todavía el nombre de "Europa Latina".

La expansión imperial de Roma apeló al gentilicio político-jurídico "romano" antes que al lingüístico-cultural "latino"; de ahí que cuando la universalización de la ciudadanía en el siglo III, fuera *Romania* y no "Latinia", término que surgiera como denominación de la vasta comunidad —en parte latinófana, en parte grecófana— resultante de aquella expansión. Por lo demás, esta comunidad, si bien tenía su centro en Europa —en la más céntrica península del Mediterráneo europeo— se extendía a África y Asia, bordeando totalmente dicho mar, el *Mare Nostrum*. No se sintió entonces la necesidad de hacer la distinción nominal de Europa y el resto, aun en el caso del Imperio de Occidente, llegada la hora de la división consagrada por Teodosio; para su matriz dominio lingüístico

latino, era de natural continuidad la prolongación norafricana del oeste.

Nada de eso desconoce la existencia de hecho, en los últimos siglos de la antigüedad, antes y después de la aludida división, de una Europa de viviente lengua latina, parte del orbe imperial romano, europeo y extraeuropeo; tan existente ella como una Europa de lengua griega, parte también del mismo orbe (prescindencia hecha aquí de tantas formas idiomáticas y dialectales menores). De modo retroactivo puede ahora aplicársele convencionalmente a aquélla, el nombre de "Europa Latina" (antigua, desde luego). Pero ese nombre no lo recibió entonces, ni ha tenido tampoco un ulterior empleo historiográfico vuelto tradicional.

Igual cosa iba a ocurrir con otra Europa de lengua latina, también en sentido propio, que de alguna manera fue su sucesora histórica: la Europa latina de la cristiandad medieval y primeros siglos de la modernidad, también cristiana, cuando muerto el latín como la lengua popular, pasó a reinar como lengua culta del mundo letrado.

La vigencia cultural de esta nueva Europa latina constituye un fenómeno de características únicas en la historia. Tiene de común con la primera, el compartir el empleo del latín antiguo.

Pero ya en el estricto terreno idiomático comienzan las diferencias, por cierto muy grandes. Del viejo latín, por lo pronto, continúa únicamente

la forma culta, desaparecida la vulgar en la consabida transición que la metamorfoseó en las lenguas neolatinas. Y aquella forma culta misma, con sus inevitables sucesivas variaciones internas que nunca había dejado de tener, continuó en coexistencia con hablas populares de muy diversa índole. Para sus propios cultivadores vino a ser, al lado de la respectiva lengua materna, una segunda lengua aprendida, de uso restringido a medios académicos a partir de estructuras eclesiásticas, siempre con centro en Roma, la Roma ahora de la Iglesia. Sin salir del riguroso marco lingüístico, pues, la condición y la funcionalidad del viejo latín han dejado de ser las mismas; pero han dejado de serlo también desde otros puntos de vista.

En primer lugar, en cuanto a los contenidos conceptuales a que debe aplicarse. Por lo que se refiere a las creencias religiosas, cierto es que el pasaje del paganismo al cristianismo lo experimentó ya en la antigüedad. En esta materia, sin embargo, el ocaso del mundo antiguo apenas constituyó para el latín un rápido prólogo de su dilatada misión hasta los tiempos modernos, de idioma culto de la cristiandad occidental; idioma de la misma, no sólo en la circunscripta área eclesiástico-teológica, sino en todos los dominios de la cultura a ella subordinados, desde la filosofía y la ciencia hasta el derecho y la política.

En segundo lugar, en cuanto a su extensión geográfica, aun con la sola referencia a Europa. La nueva forma latina culta de ésta, no resultó montada sólo sobre lenguas populares neolatinas. Lo estuvo también, con la misma operatividad y el mismo vigor, sobre lenguas populares germanas, incluida la rama anglosajona, sobre lenguas populares eslavas, y hasta sobre una lengua popular no sólo no neolatina sino ni siquiera indoeuropea, como la húngara. Baste recordar, a dos puntas históricas, en el latinista Renacimiento carolingio de cuño germano, el papel del inglés Alcuino en el siglo VIII; y en la revolución científica moderna, del Renacimiento a la Ilustración, la escritura latina del polaco Copérnico en el siglo XVI, del inglés Newton en el XVII, del sueco Linneo en el XVIII. No se podría olvidar, por otra parte, la similar funcionalidad académica del latín en el mundo grecófono medieval de Constantinopla, principal, aunque no exclusivamente, en el campo del derecho, a través de una labor latinista que fue al fin decisiva para todo el Occidente.

Esa segunda Europa idiomática latina —de lengua intelectual viviente a su manera, y larga de un buen milenio— por diferente que en tantos aspectos fuera de la originaria, es decir de la antigua, tuvo con ésta la fundamental comunidad, a la vez que continuidad, del lenguaje: pese a todos sus avatares intrínsecos y extrínsecos, ininterrumpido

y el mismo fue el latín desde su forma arcaica de la primitiva Roma hasta la epigonal y elitesca que agoniza en el barroco. Pudo, pues, haber recibido con el mismo derecho el nombre de "Europa latina". Pero así como no lo recibió la antigua, tampoco lo recibió ella, ni durante su larga existencia real ni en el curso de su reconstrucción historiográfica. No se sintió, tampoco en su caso, la necesidad de llamarla así.

Curiosamente, es a principios del siglo XIX que de manera formal empieza a hablarse de una "Europa latina" (dicho sea dejando a salvo cualquier ocasional manifestación anterior). Tanto más curioso el hecho, cuanto que tal nomenclatura no apuntó al reconocimiento del continuo, expansivo y largamente jerárquico empleo del latín sobre el suelo europeo, durante dos milenios y medio. Obedeció a la necesidad de dar un nombre común a la parte de Europa constituida por los países en que popularmente se venía hablando, desde el fondo de la Edad Media, no precisamente el latín, sino diversas lenguas derivadas de él: las lenguas neolatinas, o románicas, o romances. Necesidad en el primer momento de la filología a la hora de constituirse como ciencia, pero muy pronto con amplias repercusiones fuera de su área.

No corresponde volver aquí a todo lo que en este aspecto representó la obra de Francisco J. M. Raynouard, fundador francés de la filología románica.

Nos remitimos a lo ya establecido en el capítulo anterior. Vimos allí que puesto a darle un nombre común a las lenguas descendientes del latín, las llamó "lenguas de la Europa latina". Reiterado en sus textos este giro desde 1816, llevó aun la denominación "Europa latina" a título de libro en 1821,1836,1838: "latina", por supuesto, no por la latinidad resultante del estricto latín (antiguo, medieval y hasta moderno), sino por la nueva latinidad —o "neolatinidad"— de las lenguas "neolatinas"; término este último que acogió él mismo a cierta altura de su carrera científica. Más allá del campo filológico, es el muy general empleo de la nueva terminología latinista, el que nos interesa puntualizar ahora. Fue en nombre, explícito o implícito, del expresado sentido dado al neologismo "Europa latina", que dicho empleo se generalizó, y de varias maneras operó.

Tampoco corresponde volver aquí a lo que también en el capítulo anterior quedó establecido sobre el alcance nuevo del concepto de latinidad, en correlación con el igualmente nuevo del de romanidad. Circunscripto cada vez más éste al dominio de la filología, es sobre aquél que debemos poner el acento en lo que sigue.

La latinidad en el señalado sentido decimonónico —referida a la realidad lingüística de los idiomas románicos y sus culturas respectivas— preexistente como tal desde un milenio atrás, generó una ideología cultural y política latinista; en otras

palabras, un *latinismo*. Fue así en correspondencia con otros grandes *ismos* étnico-culturales, de proyección también política, que se manifiestan en la escena europea bajo la forma aguda de "panismos": el pangermanismo y el paneslavismo.

En el orbe latino —o neolatino— fue con retraso que se acudió en forma expresa, en algunos restringidos medios, al término "panlatinismo".

En definitiva, careció éste de la significación histórica de aquellos otros "panismos". Pero se hizo presente, sí, desde temprano, un activo latinismo, o ideología latinista. Tal latinismo ideológico resulta ser inseparable del renacimento de la Romania románica; es decir, del que hemos llamado "romanicismo", médula que fue del romanticismo.

2. Origen francés de la ideología latinista

La ideología latinista surgió en Francia como afirmación, o reivindicación, del patronato francés de la que se había empezado a llamar en la misma Francia, la "Europa latina". En la cresta de la onda romántica, la Revolución de Julio y el clima de exaltación nacional creado por ella, resultaron determinantes. Ya en 1831, a la hora en que llegaba a su apogeo en toda Europa la cuestión de las nacionalidades y las razas —primariamente

identificadas unas y otras por las correspondientes lenguas — escribía Michelet de su país:

> Su íntima unión será, no lo dudemos, con los pueblos de lenguas latinas, con Italia y España [...]. Jefe de esta gran familia, devolverá al genio latino algo de la preponderancia material que tuvo en la antigüedad, de la supremacía espiritual que tuvo en la Edad Media.[1]

Sin olvido del estimulante ancestro latino antiguo, se trataba de la unión, conducida por Francia, de los vivientes pueblos que hablaban lenguas derivadas del latín. Contragolpe político-cultural del Renacimiento de la Romania románica.

Pero el verdadero manifiesto del inicial latinismo —francesista a la vez que francés— no vio la luz sino un lustro más tarde. Lo constituyó la "Introducción" que el sansimoniano Michel Chevalier antepuso, en 1836, a su obra *Lettres sur l'Amérique du Nord*, recopilación en dos tomos de las notas que de 1833 a 1835 enviara a un diario de París, en el curso de una misión oficial —inmediata a la de Tocqueville (1831-1832)— en Estados Unidos. Nos limitamos aquí a lo más esencial. En aquella "Introducción", sobrepasando largamente el asun-

[1] J. Michelet, "Introduction à l'Histoire Universelle", en *Histoire et philosophie*, París, 1900, pp. 101 y 102.

to de sus notas de viaje, condensó una general filosofía de la historia, con un programa político-económico-cultural, por desenlace. Programa, por supuesto, ante todo para Francia. A cierta altura, después de decir de ésta: "Constituye la cumbre del grupo latino; es su protectora", seguía así:

> En los acontecimientos que parecen deber apuntar pronto, la parte de Francia puede, pues, volverse grande. Francia es depositaria de los destinos de todas las naciones del grupo latino en los dos continentes. Ella sola puede impedir que esta familia entera de pueblos sea tragada por el doble desborde de los Germanos o Sajones y de los Eslavos. Le corresponde despertarlos del letargo en que están sumidos en los dos hemisferios, de elevarlos al nivel de las otras naciones, y de ponerlos en medida de figurar en el mundo.[2]

Entre 1836 y 1844, la obra de Chevalier conoció cuatro ediciones. En el ámbito de esa difusión, repercutió en particular la ideología latinista de la

[2] Michel Chevalier, *Lettres sur l'Amérique du Nord*, París, 1836, "Introduction", p. XIII. Sobre la personalidad y la obra latinista de Michel Chevalier, nos remitimos a nuestro *Génesis de la idea y el nombre de América Latina*, Caracas, 1980, pp. 31-56; en Apéndice documental incluimos allí una versión española de aquella "Introduction", pp. 155-167. Nos remitimos además a nuestro *Nuestra América Latina*, Montevideo, 1986, pp. 35-39.

"Introducción". Resultaba novedosa en tanto que tal, como cuerpo de doctrina, pero se manifestó en un clima espiritual e intelectual especialmente preparado para recibirla, fruto maduro como ella misma fue, en el fondo, de dicho clima. No es así extraño que ya en 1843 aquella ideología encontrara nueva expresión en una novela, publicada también en París y difundida a su vez entonces, como que conoció una segunda edición francesa en 1847 (y una traducción al inglés en 1848): *Le Hachych,* por Claude-François Lallemand (1790-1854), médico lorenés a la sazón en Montpellier. Publicada inicialmente bajo seudónimo, fue atribuida a Lamartine.[3]

El protagonista de aquella novela, bajo el supuesto efecto de una infusión de *hachych* formula diversas anticipaciones históricas. La central o dominante de ellas, era la unión política, al cabo de un siglo, de Francia, España e Italia, en el carácter de unión "neolatina". Desde Marsella como capital, la gobernaría un llamado "Congreso Ibergalítalo" (de Iberia, Galia e Italia). Transportado imaginariamente, de golpe, a 100 años más tarde

[3] Sobre la personalidad y la obra de Claude François Lallemand, así como sobre la circunstancias de la publicación de su Le Hachych, véase: Roger Barthe, *L'idée latine*, 2ª ed., Toulouse, 1962, pp. 28-39. De la novela de Lallemand hizo el mismo Roger Barthe una 3ª ed., en este siglo, en tres entregas del anuario *Anales de l'idée latine*, París, 1960-1961 y 1962.

(1943), dialoga el sorprendido protagonista con un marsellés:

> —¿Qué entienden ustedes por Neo-Latinos?
> —Llamamos así a todos los que hablan una lengua derivada del latín, como los Iberos, los Italianos y nosotros.[4]
> Desde luego, sería Francia la conductora de la unión.

Cuando el regional Renacimiento occitano de las últimas décadas del siglo XIX, que tuvo por figuras centrales al provenzal Federico Mistral y al catalán Víctor Balaguer, la obra latinista de Lallemand mereció un especial recuerdo a Alfonso Roque-Ferrier, el ya citado fundador en 1870, en Montpellier, de la primera revista de filología románica: la *Revista de las lenguas románicas*. Se trató de un recuerdo significativo. Aquella novela de Lallemand vino a ser el más lejano antecedente que Roque-Ferrier registra de *la idea latina:* con este nombre quería designar al latinismo ideológico de que venimos hablando, vigoroso no sólo en Francia a aquella altura del siglo. Lo hizo en estudio titulado "La idea latina en algunas poesías en español, en lengua de oc y en catalán", que publicó en su revista en 1877.

[4] Véase Barthe, *op. cit*., p. 35.

Pasaba así por alto, por supuesto de manera involuntaria, los antecedentes arriba vistos de Michelet, 1831, y —sobre todo— de M. Chevalier, 1836, aparte de otros posibles. De la misma involuntaria manera, por alto los ha pasado también en nuestro siglo el igualmente occitano Roger Barthe, en su obra *La idea latina,* Toulouse, 1950-1951, donde apoyándose en Roque-Ferrier llama a Lallemand "el precursor de la idea latina".[5]

Pero por alto ha pasado además otras circunstancias. Refiriéndose a Roque-Ferrier, manifiesta en cierto momento: "la expresión misma de *idea latina* que he dado como título a este ensayo, creo bien que él fue el primero en usarla".[6] Lo había sugerido el propio Roque-Ferrier al decir en su mencionado estudio de 1877: "[…] la que he llamado más arriba la idea latina […]."[7] Reiterada dicha opinión de Barthe por otras plumas en años más recientes,[8] parece necesario observar aquí que

[5] *Ibid*., p. 28 y ss., p.159.

[6] *Ibid*., p. 159.

[7] Véase *Revue des langues romanes*, 2ª Serie, Montpellier-París, 1877, t. III, p. 115.

[8] Véase *Bibliographie de l'idée latine en France*, París, 1963, opúsculo que registra 94 títulos; del trabajo de Roque-Ferrier, de 1877, se dice: "es en este artículo que ha sido empleada por primera vez la expresión *idea latina*". Por otra parte, en el volumen colectivo *La Latinité, hier, aujourd-hui, demain*, Avignon, 1978, se expresa en p. 34: "es preciso destacar que la extensión de la comunidad catalano-provenzal a la latinidad entera

la denominación de "idea latina" la hemos encontrado aplicada a la ideología político-cultural latinista, en París, con varios lustros de anterioridad.

Antes de haber hecho personalmente esta comprobación, habíamos escrito en 1984: "Mientras no se aporten otros elementos cabe admitirlo así respecto al término mismo".[9]

A "otros elementos" pudimos acceder en el correr de 1985. Los mencionamos a continuación:

Por lo menos ya en 1860 y 1861, la expresión "idea latina" es utilizada con insistencia militante en la *Revista de las razas latinas*, de París, revista mensual de activa adhesión al régimen del Segundo Imperio. En su cabezal, explicitaba de esta manera la pluralidad de razas mentada en el título; "francesa, argelina, española, italiana, portuguesa, belga, austríaca (por la parte de Italia que ocupaba Austria), rumana, brasileña e hispanoamericana". En julio de 1860, decía allí Urbain Deschartes, bajo el título de "De las razas y su misión":

> No hace todavía medio siglo que la cuestión de las razas se ha planteado en el mundo, y ya alcanza la altura de un problema social […]. La cuestión de

---

fue obra de Roque-Ferrier, quien habría sido el primero en asociar las dos palabras *idea latina*".

[9] En "La idea de latinidad y la idea latina", trabajo recopilado en nuestro *Nuestra América Latina*, Montevideo, 1986, p. 26.

> las razas ha nacido de las guerras de la Revolución y del imperio […]. Y ahora, si se nos pregunta donde está *la idea latina*, la idea cristiana, la idea de raza y de nacionalidad, la mostraremos con orgullo, porque tiene sus raíces en el pasado y Dios le reserva sus glorias en el porvenir […].[10]

De septiembre de 1860 a enero de 1861, escribió a su vez L. M. Tisserand, bajo el título de "Situación de la latinidad":

> La raza latina por excelencia es la Francia […]. En las más brillantes épocas de su historia, ha debido su éxito a *la idea latina* […]. Cuando se sigue las huellas de *la idea latina*, uno se convence de que su marcha no ha cesado de ser progresiva, a pesar de los desgarramientos interiores de que ha sido presa en nuestros días […] nuestro pasivo es el descenso momentáneo de *la idea latina* por la violencia y la traición; nuestro activo, las conquistas morales y materiales que hemos podido realizar, a pesar de la dureza de los tiempos.[11]

Como puede verse, la denominación de "idea latina" aplicada a la ideología político-cultural lati-

[10] *Revue des races latines*, París, julio de 1860, pp. 5, 6, 9. Las cursivas son nuestras.

[11] *Ibid.*, septiembre de 1860, p. 161; diciembre de 1860, p. 545; enero de 1861, p. 139. Las cursivas son nuestras.

nista, se originó, antes que en el marco provenzal del último tercio del siglo, en el de la anterior política imperial de Napoleón III, con su centro en París.

Pero si de aquella denominación militante pasamos a la ideología en sí misma que aspiraba a nombrar, su origen es todavía anterior, conforme a los recordados antecedentes latinistas —en el sentido de la latinidad nueva— de la década de los treinta. Más allá de los enunciados precursores de Michelet —y de otros que puedan registrarse— hemos dicho ya que el verdadero manifiesto inicial del latinismo ideológico, con carácter orgánico, lo constituyó la histórica "Introducción" de M. Chevalier a su obra de 1836 sobre Estados Unidos. Su gravitación fue duradera. Un expreso pasaje de su texto fue transcripto por el citado L. M. Tisserand en febrero de 1861 —25 años más tarde— en uno de sus artículos latinistas de la parisina revista también citada.

La ulterior adopción por el movimiento latinista provenzal de fines de siglo, de la expresión "idea latina", estuvo acompañada por la de "panlatinismo", entendida como equivalente.

Este último término resultó en definitiva de mayor empleo dentro del mismo movimiento occitano. Fue entonces que conoció alguna boga, con notoria posterioridad respecto a la que tuvie-

ron los de pangermanismo y paneslavismo.[12] Sin embargo, había tenido también un antecedente, si bien aislado, en el París de Napoleón III.

Se publicó allí, en 1860, con reedición en 1862, la obra *El Panlatinismo;* anónima la 1ª edición, firmada la 2ª por Prosper Vallerrange, seudónimo de su "Editor" François-Lubin Passard.

Un inmediato folleto de Passard, en el mismo 1860, sugiere que era en dicha obra que por primera vez se empleaba el término "panlatinismo".[13] Pese a la exaltación latinista de aquella hora en Francia, en los inicios de la aventura mexicana de Napoleón III, el término no tuvo éxito entonces. No lo recogió ni siquiera el propio M. Chevalier, consejero del Emperador y activo escritor todavía. El autor llegó a quejarse del silencio que había rodeado al libro mismo.

Otra cosa sería, como quedó dicho, en el restringido marco provenzalista finisecular. Pero en cualquier caso, en ningún momento el llamado

[12] Véase Barthe, *op. cit*., cap. X, p. 145 y ss.

[13] El mencionado folleto, titulado *Le Panlatinisme et le Mémorandum du Gal. Garibaldi comparés,* apareció firmado por su editor Passard. Es curioso que figure en la Biblioteca Nacional de París entrado por Cyprien Robert, como autor; Cyprien Robert, muy citado por Prosper Vallerrange, había publicado en 1852 una obra titulada *Le Monde Slave,* en la que al pasar, había anticipado a propósito del mundo latino, la idea de lo que llamó un *Panromanismo*. Citado por Prosper Vallerrange, *Le Panlatinisme*, París, 1862, p. 24.

"panlatinismo" tuvo que ver con la aparición del latinoamericanismo varios años atrás, y menos con el advenimiento del nombre América Latina, de originario cuño hispanoamericano y español.

3. Origen hispanoamericano y español del nombre América Latina

El primigenio latinismo francés, configurado como ideología en las décadas de los treinta y de los cuarenta, no fue el creador del latinoamericanismo (como mucho menos todavía lo fue el tardío y errático panlatinismo). Pero fue, en cambio su inspirador. Al influjo ambiente de la inicial ideología *latinista* francesa, emergió con caracteres propios el *latinoamericanismo,* que plumas hispanoamericanas y en seguida españolas —antes que las francesas— definieron y entronizaron en la década de los cincuenta; década en que por primera vez se nombró, no en francés sino en español, por hispanoamericanos y por españoles, a *América Latina.*[14]

Este nombre mismo, América Latina, no hubiera podido surgir, sin duda, si previamente —pero no

[14] En otros lugares nos hemos ocupado con algún detalle de la errónea tesis según la cual el nombre compuesto *América Latina* se escribió por primera vez en francés y en la década de los sesenta.

antes del nuevo sentido de "latinidad" en el marco del decimonónico Renacimiento de la Romania románica— no se hubiera empezado a hablar, con más insistencia cada vez, de una "Europa latina". Primero "Europa latina", después "América Latina", en tanto que enunciados neológicos, fueron, desde luego, fruto de la *conciencia romántica*;[15] pero sobre todo, en su seno, de la más circunscripta, a la vez que recóndita, *conciencia románica* (o neolatina, o "latina").

4. De "Europa Latina" a "América Latina", por románicas

A nivel de alta representatividad, el primer relacionamiento de la expresión Europa latina con la América meridional, que hayamos registrado —no excluyente, por supuesto, de otros anteriores— fue hecho por Alejandro de Humboldt. En 1825 escribía en París:

> Hoy la parte continental del Nuevo Mundo se encuentra como repartida entre tres pueblos de origen europeo: uno y el más poderoso es de raza germáni-

[15] De la conciencia romántica fueron también productos paralelos en este terreno, el pangermanismo y el paneslavismo.

ca; los otros pertenecen por su lengua, su literatura y sus costumbres a la Europa latina.[16]

No pasaba a continuación a llamar "América Latina" a los pueblos de origen español y portugués que de aquella manera aludía. Pero si no el nombre, la idea de una América "latina", estaba ya implícita en su pensamiento.

Un decisivo paso adelante lo dio una década más tarde Michel Chevalier, en la arriba recordada "Introducción" a su también recordada obra de 1836. A dicha pieza nos hemos referido en relación con el surgimiento del latinismo en tanto que ideología latinista. Debemos ahora volver a ella en lo que tuvo de primera manifestación literal de una América de condición "latina", prolongación transatlántica de la que plumas como las de Raynouard y Humboldt venían llamando, desde hacía unos lustros, "Europa latina".

Profundizando una de las más características líneas del pensamiento sansimoniano —la de la industrialización del globo— se detiene inicialmente Chevalier en la contraposición entre Europa y Asia; dinámica y expansiva la primera, inmóvil y estancada la segunda. De la penetración de aquélla en ésta era que se trataba, intérprete como se ha-

[16] Alejandro de Humboldt, *Viaje a las regiones equinocciales del Nuevo Continente*, París, 1825, t. IX, capítulo XXVI.

bía vuelto el sansimonismo de la briosa burguesía francesa de la época, llegada a su madurez bajo la Monarquía de Julio y deseosa de no quedar atrás de su hermana mayor inglesa en la carrera tras los grandes mercados potenciales. Como privilegiado puente hacia el Lejano Oriente se le presenta entonces a Chevalier el Nuevo Mundo.

A cierta altura de lo que constituyó su planteamiento básico, expresa:

> Las dos civilizaciones occidental y oriental, recogidas en haces apretados en las dos extremidades del viejo continente y dándose la espalda, estaban separadas por un espacio inmenso antes de que la primera hubiera ido a establecerse en América. Hoy más de la mitad de la distancia está franqueada […]. De este punto de vista, es claro que América, colocada entre las dos civilizaciones, está reservada a altos destinos, y que los progresos realizados por las naciones del Nuevo Mundo importan en el más alto grado al progreso general de la especie.[17]

Al cabo de algunas páginas vuelve a América, ahora en su vínculo étnico-cultural con Europa, en un pasaje del mayor interés para nuestro asunto. Su primera parte fijaba el concepto de "Europa la-

[17] Nos remitimos a la versión española en el Apéndice documental citado en la n. 2 de este capítulo.

tina", en contraste con el de "Europa teutónica" (o germana):

> Nuestra civilización europea procede de un doble origen, de los Romanos y de los pueblos germánicos. Haciendo, por un instante, abstracción de Rusia, que es una recién llegada, y que ya sin embargo iguala a los más poderosos de los antiguos pueblos, se subdivide en dos familias, de las cuales cada una se distingue por su semejanza especial con una de las dos naciones madres que han concurrido a engendrarlas a la una y a la otra. Así, hay la *Europa latina* y la *Europa teutónica*; la primera comprende los pueblos del Mediodía; la segunda, los pueblos continentales del Norte e Inglaterra. Ésta es protestante, la otra es católica. *Una se sirve de idiomas en los que domina el latín, la otra habla lenguas germanas.*[18]

Como puede verse, registraba ante todo la diferenciación religiosa, pero remataba el pasaje aludiendo al factor lingüístico, determinante, en definitiva, de la antinómica nomenclatura "Europa latina", "Europa teutónica".

A continuación inmediata, la traslación de ambas al hemisferio occidental:

[18] *Ibid.*, p. 162. Las cursivas son nuestras.

> Las dos ramas, latina y germana, se han reproducido en el Nuevo Mundo. América del Sur es, como la Europa meridional, *católica y latina*. La América del Norte pertenece a una población *protestante y anglosajona*.[19]

Aunque literalmente mentada como no lo había sido hasta entonces la condición latina del sur del hemisferio, tampoco aparece allí todavía el nombre "América Latina". No se va más allá de la respectiva adjetivación lingüístico-cultural, y ella misma siguiendo a la primaria de carácter religioso. Pero es en función de la latinidad de la "América del Sur", que en aquel texto se postula por primera vez, el "patronato" sobre la misma de Francia, vocada a ello por la que se considera su natural jefatura de la Europa latina. La ideología latinista europea, de sello francés, sin ser gestora del latinoamericanismo en su sentido propio, empieza a apuntar hacia el otro lado del Atlántico.

Escribe más adelante Chevalier:

> En los acontecimientos que parecen deber manifestarse pronto, la parte de Francia puede, pues, volverse grande, Francia es depositaria de los destinos de todas las naciones del grupo latino en los dos continentes […]. Se puede diferir de opinión so-

[19] *Loc. cit*.

> bre el grado de inminencia de las revoluciones de las que el fondo de Asia debe ser el teatro. Soy, sin embargo, de aquellos que las creen poco alejadas. Concebiría también que se quisiese estrechar el círculo de la influencia francesa, y reducirlo a los países meridionales de la Europa occidental, aunque la Francia me parece llamada a ejercer un benévolo y fecundo patronato sobre los pueblos de la América del Sur, que no están todavía en estado de bastarse a sí mismos [...].[20]

La filosofía de la historia contenida en aquella breve "Introducción", con una visión del presente y el porvenir tanto más viviente e incitante que la de la voluminosa de Hegel —de publicación póstuma un año más tarde— merece consideración por separado, que llevaría lejos. Baste decir que de manera cabal se asumía allí, como tal vez en ningún otro texto contemporáneo de su carácter, el gran fenómeno de la moderna Revolución Industrial, con su repercusión en la totalidad del globo.

Por lo que se refiere al particularísimo aspecto que aquí nos viene ocupando, repercutió intensamente en los lustros inmediatos en Francia y fuera de ella.

[20] *Ibíd.*, p. 165.

En cuanto a Francia, aparte de la irradiación resultante de las referidas cuatro ediciones de la obra entre 1836 y 1844, cabe mencionar la expresa invocación hecha por Benjamin Poucel a fines de la década de los cuarenta. Nacido en Marsella en 1807 —un año menor, pues, que Chevalier— y vinculado a actividades económicas en el Río de la Plata, en una estadía ocasional en París publicó allí dos opúsculos de enérgica defensa de la raza latina en América, amenazada por los avances sajones, rivales entre sí pero convergentes, de Estados Unidos e Inglaterra.

En cierto momento, en escrito de 1849, pregunta:

> ¿No es claro, en efecto, que la unión más estrecha debería confundir los intereses franceses y el interés de la América del Sur en un mismo fin, a saber: *Conservar a la raza latina la posesión soberana de esta magnífica parte del continente americano?*

En nota al pie se remitía directamente al consabido texto de Chevalier:[21]

[21] Benjamin Poucel, *Etudes des intérêts réciproques de l'Europe et de l'Amérique. La France et l'Amérique du Sud,* París, 1849, p. 27. En carácter de Memoria leída en la Sociedad de Etnología de París el 22 de febrero de 1850, publicó Poucel un segundo opúsculo titulado: *Des émigrations eutropéennes dans l'Amérique du Sud,* París, 1850, de similar orientación latinista.

Fuera de Francia, el a esa altura famoso texto fue publicado en versión castellana en Madrid, en 1853, encabezando el primer número de la *Revista Española de Ambos Mundos*. Fundada y dirigida esta revista por el uruguayo Alejandro Magariños Cervantes —de temporaria residencia en la península— contó con la colaboración de las más destacadas plumas de España e Hispanoamérica, sirviendo en su momento de activo nexo intelectual entre una y otra área.[22] La traducción y reproducción de la pieza de Chevalier —al cabo de casi dos décadas— así como el significativo sitio que allí se le asignó, evidencia, por un lado, la resonancia que había tenido y conservaba, por otro, la intensificación de la misma en el mundo hispánico en los años que siguieron.

Por lo pronto, en la tercera entrega de la revista, correspondiente también a 1853, se dio cabida a un extenso trabajo del dominicano naturalizado español, Francisco Muñoz del Monte, que merece especial referencia. Se tituló "España y las repúblicas hispanoamericanas". Por lo que sabemos, es el primer escrito original en lengua española, en el que se hacen amplios desarrollos histórico-doctrinarios sobre la latinidad de la América destinada a llamarse Latina. No la llama todavía así el propio

[22] La colección comprende cuatro gruesos volúmenes publicados de 1853 a 1855.

autor. Pero todo el texto, de principio al fin, constituye un insistente alegato en defensa de la raza latina en América, amenazada de absorción por la raza sajona. Su fundamentación es coincidente con las recordadas de Chevalier y Poucel, pero entendiéndose que no es ya Francia, sino España, la potencia europea a la que incumbe amparar a dicha latinidad americana. Sobre el mismo pensamiento volvería Muñoz del Monte en los años siguientes, en la revista *La América*, secundado en ella y en otros órganos por plumas españolas, entre las que sobresalieron las de Emilio Castelar y Francisco Pi y Margall.[23]

Cuando se llega al segundo lustro de la década de los cincuenta, la conciencia de la latinidad de la América meridional se ha afianzado ya tanto, que al fin da rápido paso de la idea a la nomenclatura. Más temprano que tarde, el hecho tenía que producirse por la natural duplicación en América del fenómeno europeo. Pero actuó entonces como precipitante el aventurerismo filibustero de Walker en la América Central. La alarma fue muy grande tanto en la América hispana como en España misma, por la colonia de Cuba, no menos amenazada.

[23] La revista *La América,* de larga duración y gran difusión en los países hispanoamericanos, con numerosos colaboradores de uno y otro lado del Atlántico, fue el órgano destacado del latinoamericanismo español peninsular del siglo XIX.

El gran peligro lo constituía la expansión agresiva de la raza sajona; consigna común se vuelve la defensa de la raza latina.

En 1856, en un extenso poema titulado "Las dos Américas", el colombiano José María Torres Caicedo estampa:

> La raza de la América latina
> al frente tiene la sajona raza.

Desde entonces, hasta su muerte en 1889, fue el campeón por excelencia del nombre "América Latina", con amplia bibliografía personal en cuyo centro corresponde colocar el volumen *Unión Latinoamericana,* París, 1865.

Recordando su empleo de aquel nombre desde la década de los cincuenta, escribía en 1875:

> Hay América anglosajona, dinamarquesa, holandesa, etc.; la hay española, francesa, portuguesa, y a este grupo, ¿qué *denominación* científica aplicarle sino el de latina? […]. Hoy vemos que nuestra práctica se ha generalizado; tanto mejor.[24]

[24] José María Torres Caicedo, *Mis ideas y mis principios*, París, 1875, t. I, p. 151. Las cursivas son nuestras. Sobre la personalidad y la obra de Torres Caicedo, nos remitimos a nuestros dos títulos mencionados en la n. 2 del presente capítulo.

Lo que empezó por un adjetivo lo había convertido pronto en elemento de una *denominación*, de un nombre (aunque él y otros, manteniendo todavía la minúscula).

La generalización a que Torres Caicedo se refería en aquella fecha, al finalizar el tercer cuarto del siglo, pasaba, junto a tantas manifestaciones bibliográficas y hemerográficas a uno y otro lado del Atlántico, por nombres como los de Emilio Castelar y Francisco Pi y Margall en España, los de Francisco Bilbao, Justo Arosemena, Juan Montalvo, Eugenio María de Hostos en América. En el último cuarto, de Martí a Rodó el reconocimiento se volvería incontrastable.

5. Lo románico extraeuropeo y América Latina

Ha podido verse que la idea de *románico* —o de *lo románico*— en su decimonónica acepción moderna, a punto de partida en el "romanicismo" que condujo al romanticismo, tiene un originario fundamento filológico.

Cabe decir lo mismo de la gemela idea de *neolatino* —o de *lo neolatino*— rápidamente convertida en diferentes dominios en la idea de *latino* —o de *lo latino*— en acepción también moderna de la categoría de *latinidad:* latinidad resultante de la di-

versificada proyección cultural de las lenguas neolatinas o románicas.

Ha podido verse asimismo que tal fue el origen de la adjetivación Europa latina, seguida de cerca por la de América latina; adjetivación esta última de inmediato metamorfoseada en el nombre compuesto "América Latina". Europa latina, por un lado, América latina, por otro, en el implícito sentido a primer grado, tanto para aquélla como para ésta, de "románicas"; y sólo a segundo grado, de "latinas" en referencia a la latinidad vieja, por el histórico ancestro del latín antiguo propio de todas las lenguas neolatinas o románicas.

El primer registro expreso en el campo de la filología románica, de la expansión neolatina posrenacentista más allá de Europa, *con el empleo del término Romania*, hasta donde alcanzan nuestras comprobaciones, lo hizo G. Paris en su recordado artículo de 1872. En esa fecha, si ya era lejano el hecho del Descubrimiento y conquista de América, eran recientes los avances franceses y españoles del siglo XIX en África.

Decía entonces: "En el Nuevo Mundo la Romania se ha anexado inmensos territorios; ha comenzado a volver a tomar posesión de una parte del Norte de África".[25]

[25] Gaston Paris, "Romani, Romania", en revista *Romania*, núm. 1, París, 1872, p. 19.

Ya antes de finalizar la década siguiente, el más destacado sucesor de F. Diez, W. Meyer-Lübke, en su *Gramática de las lenguas románicas,* de primera edición alemana en 1889, se extendía de esta manera:

> Diez no ha tenido para nada en cuenta el desarrollo que ha alcanzado el románico fuera de Europa: el español en África, en las Indias, en América del Sur y en América Central; el portugués en las islas de Cabo Verde, en las Indias y en América Central [sic]; el francés en Argelia y en Canadá. Debemos, sobre este punto, en lo que es posible juzgar hasta aquí, distinguir dos grados diferentes: el románico en boca de los colonos y el que hablan los indígenas, apropiado a su sistema lingüístico y penetrado por él de muchas maneras, es decir, el *criollo (créole)*.[26]

Más se extendió en su *Introducción a la lingüística románica,* de primera edición alemana en 1910, y tercera muy modificada en 1920.

Después de establecer el concepto de lenguas románicas y su formación en Europa, decía:

> No obstante ocupar las lenguas románicas de Europa el primer lugar en la investigación científica a causa de su antigüedad, de su importancia literaria,

[26] W. Meyer-Lübke, *Grammaire des langues romanes*, París, 1890, t. I, p. 8.

de su más fácil acceso y de su mayor empleo, no estaría justificado prescindir de la evolución del *francés,* del *español* y del *portugués* en las colonias. Para el español hay que tener en cuenta Méjico, [las Antillas españolas], las pequeñas naciones de Centro América, [Colombia, Venezuela, Ecuador, Bolivia], Perú, Chile, [Uruguay, Paraguay], Argentina [y las Islas Filipinas]; y el Brasil para el portugués.[27]

Continuaba Meyer-Lübke:

Otra cosa muy distinta son los *dialectos criollos.* Se encuentra *negro-francés* en la isla Mauricio, en la Luisiana, Haití, Martinica, Cayena y en las islas de la Reunión; *annamito-francés,* en la Cochinchina; *malayo-español,* en las Filipinas; *negro-español* en Santo Domingo y la Trinidad; *negro-portugués*, en Cabo Verde y en la Senegambia; *malayo-portugués*, en Batavia y en Tugu; *indo-portugués,* en Cochin, Din y Mangalore.[28]

En el nombre "Santo Domingo", el inmediato traductor al español, Américo Castro, hace una llamada al pie para aclarar:

[27] W. Meyer-Lübke, *Introducción a la lingüística románica*, notas y adiciones de Américo Castro, Madrid, 1926, p. 39. Los nombres de países puestos entre corchetes, fueron agregados por Américo Castro.

[28] *Ibid.*, p. 41.

Esto no es exacto. La República de Santo Domingo habla un español tan bueno como el de España. Con razón rectifica este error, y explica su origen, P. Henríquez Ureña, en *Revista de Filología Española*, 1921, p. 363.[29]

En 1930, decía el romanista francés Edouard Bourciez, en sus *Elementos de lingüística románica*:

Fuera de Europa, el portugués es hablado sobre la costa de Guinea y la de Mozambique, sobre algunos puntos de la India y de las islas de la Sonda, en fin, en la mayor parte del Brasil. El español ha permanecido la lengua de todos los otros países de la América del Sur, de la América Central, de las Grandes Antillas y de México.

Y más adelante:

Fuera de Europa, el francés es hablado por tres o cuatro millones de individuos, repartidos en África del Norte y las otras colonias que dependen de la metrópoli. Además, los canadienses que han per-

[29] En la cronobibliografía de Henríquez Ureña incluida en *Obra crítica*, FCE, 1981, p. 774, se remite su rectificación a Meyer-Lübke a fechas anteriores, en otros lugares: "La lengua de Santo Domingo", en *Revistas y Libros*, Madrid, 1919 y *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 1920.

manecido, de lengua francesa forman un grupo de un millón y medio de hombres.[30]

Con el tratado de Carlo Tagliavini, *Orígenes de las lenguas neolatinas*, de primera edición italiana en 1949 —con frecuencia mencionado en estas páginas— el gran tema de las nuevas formas de la Romania en la modernidad, fue, no ya reconocido o registrado, sino objeto de una circunstanciada sistematización científica. Aparece y reaparece el asunto a través de análisis pormenorizados, en diversas partes de la obra. Nos atendremos aquí a algunas de sus consideraciones más generales. Hemos aludido antes al apartado puesto bajo el título, tan influyente luego, de "Romania perdida y Romania nueva".

Uno de sus párrafos iniciales expresa: "La ciencia moderna ha elegido el nombre de Romania para designar el complejo del mundo neolatino, donde se hablan lenguas romances que son directa prolongación del latín".

Por reiterativa que a esta altura resulte tal conceptualización, importa tener bien presente siempre, que cuando hoy se habla de Romania sin más aclaración —y no sólo en la moderna ciencia filológica, comprendida la lingüística— se trata, en

[30] Edouard Bourciez, *Eléments de linguistique romane*, 4ª ed., París, 1946, pp. 398 y 638.

principio, de la Romania románica, la de las lenguas neolatinas.

Importa también, una vez más, la oportuna puntualización de Tagliavini: "Pero esta Romania de los filólogos no corresponde sino en parte a la Romania de los siglos IV-V d. C".

Es decir, la antigua Romania del latín. Era a continuación que establecía las nociones de "Romania perdida" y "Romania nueva".

Respecto a esta última particulariza en cierto momento:

> […] *la Romania nueva* puede aportar a la filología romance contribuciones notabilísimas. No sólo las lenguas neolatinas importadas a los nuevos territorios […] forman naturalmente un objeto de la filología romance, al parejo de las literaturas formadas en los nuevos países: el estudio de las particularidades lingüísticas del español de América central y meridional, del judeoespañol de los Balcanes, del portugués de Brasil, del francés de Canadá, etc., aporta notables contribuciones a la dialectología española, portuguesa y francesa, a la historia del léxico y de la gramática, y puede, cuando menos en parte, hacernos observar asimismo fenómenos parecidos a los que se verificaron cuando el latín vulgar se fraccionó en la variedades romances.[31]

[31] Tagliavini, *op. cit.*, pp. 243-247.

Por lo que respecta a Hispanoamérica, recortada en el ámbito de América Latina, esas observaciones de Tagliavini evocan de inmediato el llamativo título de un trabajo poco anterior, publicado en 1944 por el filólogo español Juan Corominas, de actuación entonces en Mendoza (R.A,): *Indianorrománica* (subtítulo: "Estudios de lexicología hispanoamericana"). Discutible o no su tesis, restringida a la historia del léxico, constituye una muestra de los señalados fenómenos de cambio lingüístico susceptibles de observación y análisis en la Romania nueva.

Explicaba el autor al comienzo:

> Doy a continuación varios estudios sobre el origen, hasta ahora completamente desconocido, de palabras peculiares del castellano de América, que, a pesar de lo que esta limitación geográfica pudiera sugerir, resultan ser de procedencia europea, romance. Cada una de ellas será demostración elocuente de una verdad instructiva: que en el castellano del Nuevo Mundo lo específicamente americano, y la aportación nacional de cada país, no consiste tanto en la corriente de vocablos indígenas que en ellos se han mezclado al castellano común, en proporción variable pero nunca tal que cambiara la fisonomía del idioma, sino en la vida nueva que las palabras del castellano de todos han llevado en el nuevo ambiente continental, vida a veces tan original y llena de

contenido local e histórico que hace difícil reconocer su abolengo europeo y que por encima del arranque etimológico les impone un sello de americanismo inconfundible.[32]

Después de Tagliavini, la Romania nueva —se la llame o no así— se vuelve cada vez más importante, al mismo tiempo que inevitable, en la literatura filológica románica. América Latina vino a ser su más representativa expresión.[33]

[32] Juan Corominas, "Indianorrománica, Estudios de lexicología hispanoamericana", en *Revista de Filología hispánica*, Buenos Aires/Nueva York, t. VI, 1944, p. 1.

[33] Baste mencionar algunos difundidos hitos, en orden cronológico:

- Del húngaro B. E. Vidos, *Manual de lingüística románica*, 1956. De la 1ª ed. holandesa, tuvo la 1ª ed. española en 1973, 2ª en 1977. Sobre América Latina véase en especial, en 2ª ed. española, pp. 173-174, 193-194, 204-205, 260, 391.
- Del rumano Iogru Iordan, *Lingüística románica*, 1962. Reelaboración parcial y notas de Manuel Alvar, en edición española, Madrid, 1967; referencias especiales a la labor hispanoamericanista de Max Leopold Wagner, pp. 116-117, n. 196.
- Del alemán Heinrich Lausberg, *Lingüística románica*, 1ª ed. alemana en 1963; 3ª ed. española, 1976, pp. 69 y 70.
- De los rumanos Iorgu Iordan y María Manoliu, *Manual de lingüística románica*, 1965. Reelaboración y no-

Romania extraeuropea existió ya cuando la primera Romania —la latina en sentido propio, de fines del Imperio Romano— extendida por el Norte de África y el Asia Menor. Inevitablemente contuvo en su ámbito, en variado juego de relaciones e influencia recíprocas, lenguas y culturas que le eran extrañas. La parte extraeuropea de la actual Romania —latina ahora en el sentido de románica— se extiende por todos los continen-

---

tas de Manuel Alvar en ed. española, Madrid, 1972; en especial, t. I, pp. 106-118.

- Del italiano Lorenzo Renzi, *Introducción a la filología románica*, 1976; ed. española, Madrid, 1982, en especial, p. 212 y ss.
- Del francés Charles Camproux, *Las lenguas románicas*, 1979, en especial, p. 110 y ss.

En lo que antecede apenas hemos querido apuntar la progresiva consolidación del sitio asignado a la América Latina —como parte privilegiada de la Romania nueva— en algunos de los estudios generales de la romanística. De más decir que paralelamente han avanzado los estudios particulares, en la propia América Latina, de cada uno de sus diversos sectores románicos, con participación de investigadores europeos tanto como latinoamericanos; pero los estudios romanísticos y generales, en ella misma, no sin lógica histórica, han venido muy a la zaga. Véase para mediados de este siglo, el completo y documentado informe de Eugenio Coseriu, referido al estricto campo lingüístico: "Panorama de la lingüística iberoamericana (1940-1965)", en *Tradición y novedad en la ciencia del lenguaje*, Madrid, 1977, pp. 264-364.

tes, América, África, Asia, Oceanía.[34] Con mayor razón que en el caso antiguo, ha convivido y debe convivir con lenguas y culturas tan diferentes de ella como entre sí. En ningún lugar, sin embargo, el relacionamiento resulta más complejo que en la América Latina, el área continua mayor de la Romania nueva. No sólo por el número de lenguas y culturas autóctonas que incluye, sino, sobre todo, por el alto grado de desarrollo, con verdadero refinamiento a veces, de algunas pocas de ellas, como la nahua, quechua, aymara, guaraní.

En parte por los préstamos lingüísticos en una y otra dirección, en parte por los fenómenos de interpenetración cultural, es a este capítulo de la romanista al que mejor le cuadra, ensanchando su limitada acepción, el arriba visto término acuñado por Corominas: "Indianorrománica". Pero en cualquier caso, circunscripto a convencionales aplicaciones lingüísticas y filológicas, en el marco continental de *América Latina*, sector el más importante de los incorporados a la *Romania* histórica en la época moderna.

[34] Nos remitimos a la nota 6 del capítulo IV de la presente obra.